



IDENTIDAD NEGRA EN TIEMPOS DE CHILENIZACIÓN

MEMORIAS DE ABUELOS
Y ABUELAS AFRODESCENDIENTES
DE ARICA Y EL VALLE DE AZAPA



IDENTIDAD NEGRA EN TIEMPOS DE CHILENIZACIÓN

Memorias de abuelos y abuelas afrodescendientes
de Arica y el valle de Azapa

Javiera Alarcón Ossa
Isabel Araya Morales
Nicole Chávez González

Agradecemos a todos los abuelos y abuelas afrodescendientes que participaron de esta investigación, tejiendo con sus recuerdos el camino hacia la memoria colectiva de sus comunidades negras. En la lucha por el reconocimiento y la historia oculta de su pueblo, este libro es por y para ellos.

Damos las gracias a sus familias, especialmente a la de don Calistro Baluarte, quien falleció durante el proceso, sin embargo sus hijas quisieron incorporar su relato en honor a la memoria.

Igualmente a nuestras familias, amigos y amigas, a Jorge Sáez por el trabajo fotográfico y finalmente al Consejo de la Cultura por financiar este proyecto.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
RELATOS DE LOS ABUELOS Y ABUELAS AFRODESCENDIENTES	11
CONCLUSIONES	99
BIBLIOGRAFÍA	105

INTRODUCCIÓN

La trata transatlántica de esclavos en la Colonia generó la mayor migración forzada de poblaciones africanas y el despojo de sus tierras. Para tiempos del virreinato del Perú, su llegada a América del Sur tuvo estrecha relación con el auge minero en Potosí y africanos esclavizados desembarcaron desde el siglo XVI en Arica para trabajar tanto en las minas como en la agricultura de los valles de Azapa y Lluta, en plantaciones de caña de azúcar, algodón y luego olivo. Durante los siglos posteriores sus poblaciones continuaron habitando dichos territorios, siendo parte esencial de la construcción histórica de este espacio.

Actualmente el 4,7% (INE, 2013) de la población de la XV Región de Arica y Parinacota reivindican ser parte de la diáspora africana. Sin embargo su presencia, al igual que su legado, ha sido ignorada por la sociedad chilena, persistiendo en el imaginario nacional la concepción de un país sin negros. Lo anterior responde al desconocimiento e invisibilización de una comunidad que no solo resistió los embates coloniales y el sistema de esclavitud, sino también a la conformación del Estado de Chile y la implantación de una nueva identidad nacional.

Desde el siglo XIX, bajo la lógica de crear un discurso de unión nacional y consolidar el Estado moderno, lo “negro” y sus particularidades quedan fuera de la “comunidad chilena”: una homogeneización cultural producto de un largo proceso ideológico que niega cualquier carácter plural y diverso al interior de este largo territorio.

El presente libro documenta los relatos de abuelos y abuelas afrodescendientes acerca de los hechos ocurridos a principios del siglo XX con la “chilenización”, período donde Chile ocultó la presencia de descendientes africanos, significando para ellos múltiples muertes, exilios y hostigamientos por su nacionalidad y color de piel. Dichos acontecimientos han sido silenciados en la historia oficial, no así en la memoria colectiva del pueblo afro, quienes aún recuerdan este proceso mediante el traspaso intergeneracional de saberes y vivencias.

Contexto histórico

A fines del siglo XIX el salitre trabajado por obreros explotados genera cuantiosas utilidades en la zona norte, siendo las provincias de Antofagasta y Tarapacá espacios de interés geopolítico para la economía capitalista. Al irrumpir en las fronteras del desierto de Atacama y en sus recursos, se desata la Guerra del Pacífico (1879-1883) entre Chile, Perú y Bolivia, que culminó con el Tratado de Ancón y la reconfiguración de los territorios.

Con este acuerdo, Chile anexa de forma permanente Antofagasta y Tarapacá, mientras que Arica y Tacna son incorporados por una década. Lo anterior a la espera de un plebiscito que consultaría a los mismos habitantes locales acerca del Estado al que deseaban pertenecer, definiendo con ello los límites simbólicos y territoriales de los países en cuestión. En pos del triunfo de su dominio, Chile desarrolló una particular política estatal llamada “chilenización”, “determinación” o período

“plebiscitario”, cuyo fin se orientó a imponer una nueva identidad nacional a los pobladores de la zona hasta entonces peruanos. Con el fin de conseguir el ideal de un Estado y una nación, la implantación buscó y persiguió igualar a la población minimizando o erradicando las diferencias culturales internas.

Durante aproximadamente cuatro décadas el Estado de Chile se orientó a perseguir, extirpar y castigar cualquier símbolo asociado a lo peruano entre la población local, sometiéndola al régimen chileno. Las políticas administrativas fueron directas y violentas, complementadas con un discurso que legitimó la nueva ocupación. El cierre de escuelas públicas, expulsión de sacerdotes y maestros, prohibición de celebraciones de fiestas patrias e himnos nacionales, imposición del servicio militar, dirección de intendencias y el desarrollo de propaganda, fueron algunos de los primeros mecanismos de control. En los años posteriores este proceso se intensificó con una directa persecución, acorralamiento y asesinatos de la población peruana. Con imposiciones decretadas desde el Estado y la élite instalada en el poder político, como resultado el ambiente se volvió violento, complejo y contradictorio.

La composición étnica del territorio, en su mayoría indígena y negra, fue concebida por Chile como una amenaza en contra de su autoridad, enfocando sus acciones no solo en imponer un nuevo sentimiento de nacionalismo entre los habitantes locales, sino también en reemplazarla. Se intensifica así la llegada de personas del sur para generar mayor conexión con lo “chileno”, eliminar la presencia negra y, por tanto, “blanquear” a sus habitantes por medio de sus rasgos físicos y culturales.

Las nuevas migraciones trajeron consigo una importante cantidad de repatriados con problemas judiciales, quienes a cambio de reducir sus condenas se instalaron en la zona. De estos grupos surge la conformación de las “ligas patrióticas”; organizaciones civiles orientadas a “desperuaniar” la zona, tanto en la ciudad como en el valle. Hasta 1929 –fecha en que se firma el Tratado de Lima para anexar Tacna a Perú y Arica a Chile– ocurre la etapa de más hostigamiento hacia los peruanos. Con una cruz de alquitrán marcaron las casas de aquellos que no deseaban convertirse en chilenos o renegaban del orden establecido, un símbolo que condenó a las familias a vivir bajo sistemáticos abusos. Para el caso de los afrodescendientes la marca no se encontraba solo en sus casas sino que en su propia piel, inscribiéndose “lo negro” como cicatriz en un cuerpo social.

Bajo este clima, muchos negros abandonaron Arica y Azapa, generándose un éxodo de su comunidad hacia zonas cercanas como el valle de Sama, Tacna, Locumba, Ilo o puerto del Callao en Lima, Perú. Muchos de ellos retornaron luego de la fase más cruenta pero sus tierras no fueron devueltas pues no estaban validadas por el nuevo sistema administrativo. Quienes se quedaron debieron nacionalizarse chilenos para no vivir bajo constantes hostigamientos. Simultáneamente se favorecieron las inmigraciones europeas, llegando gran cantidad de yugoslavos, griegos, italianos, entre otros a la zona, a quienes el Estado no solo concedió terrenos sino también apoyo económico para sus necesidades agrícolas.

Por medio de distintos aparatos ideológicos, este contexto fomentó un nacionalismo y xenofobia exacerbada en la sociedad local. En

consecuencia, las particularidades de las comunidades negras-peruanas fueron quebrantadas y homologadas a una única sociedad chilena emparentada a una ideología racista que se extendió por el territorio.

Toda esta etapa trajo consigo la invisibilización y negación de su identidad, camuflándose dentro de una nueva identidad blanca con costumbres ajenas, renovados símbolos patrios, otro sistema político-jurídico y un complejo aparataje burocrático-militar. Su manera de vivir fue forzada a ser parte de otro Estado, uno chileno, limitado y soberano, no obstante la comunidad afro resistió y las familias que permanecieron o regresaron al territorio, además continuaron practicando y manteniendo su cultura.

En el 2000 se marca un hito en la historia afrodescendiente, pues en el marco de la *Conferencia Preparatoria de las Américas Contra el Racismo, la Discriminación Racial y la Xenofobia* desarrollada en Santiago de Chile, personas del norte expresan públicamente su pertenencia a la diáspora africana, difundiendo una crítica al Estado y sociedad chilena que los ha negado durante siglos. Desde entonces se desarrolla y potencia un gran movimiento de corte étnico con múltiples organizaciones locales, que orientan sus demandas hacia la visibilización de su comunidad y el reconocimiento de sus derechos particulares. Este encuentro fue resumido por los dirigentes con la célebre frase: *Entramos negros y salimos afrodescendientes*, donde “lo afro” se torna el pilar nominativo de esta comunidad y un concepto político-jurídico que se inserta en la esfera pública e internacional para negociar con los Estados. Transformándose en un soporte para

la reivindicación y resistencia, la afrodescendencia implica en los sujetos el reconocimiento al pasado africano despojado por la esclavitud, así también como los procesos históricos desiguales que han vivido en otro continente.

El camino hacia la memoria

El presente libro documenta 15 relatos de vida de abuelos y abuelas afro respecto de la chilениzación; memorias biográficas que, mediante los más antiguos, se presentan como una manera de mirar al pasado una historia silenciada.

Los abuelos, como portadores de múltiples saberes, son los principales sujetos que conservan la historia entre sus recuerdos y contribuyen a la integración de las generaciones por medio de sus relatos. El traspaso de su memoria a nivel oral se entiende entonces como un acto de cohesión grupal, de resiliencia frente al olvido y de construcción de una identidad colectiva. Además permite reconocer la historicidad de la comunidad rescatando sus recuerdos. La historia que construyen los pueblos sobre sí mismos se transforma en una herramienta esencial en la (re) construcción de identidades: es el pasado actuando sobre el presente para la construcción de un “nosotros”, por medio de la memoria.

Si bien los abuelos son por excelencia portadores de la cultura oral de sus pueblos, existe un contexto de visiones estereotipadas respecto de la vejez que los oculta y margina aún más. Pese al importante papel en la transmisión de conocimientos a futuras generaciones, socialmente la población adulta mayor es subestimada y excluida. Mediante esta investigación develamos la

existencia de sujetos empoderados de sus vivencias, portadores de sabiduría y autónomos en su pensar.

Si bien algunos participantes no vivieron esta etapa en primera persona, constatamos el traspaso de información, pues relataban la historia de sus madres, padres, tíos o abuelos. En definitiva, sostenemos que al investigar acerca del patrimonio de las comunidades, el trabajo con abuelos es imprescindible, siendo ellos quienes poseen el legado de la memoria colectiva.

El proceso de investigación

El trabajo de campo fue realizado tanto en Arica, valle de Azapa y Acha como en Tacna, Perú, logrando adentrarnos en las distintas historias por medio del método “relatos de vida”.

Los relatos biográficos son capaces de situarnos en las trayectorias de vida de los participantes, a su vez que manifestarnos cómo estas dan cuenta y transcurren en un determinado contexto histórico. Como opción metodológica ellos nos permiten realizar una articulación entre lo subjetivo y lo social y, por tanto, bajo esta lógica, en el presente libro son los mismos abuelos quienes con sus narraciones reconstruyeron un

pasado alusivo a la chilenización, nuestro rol como investigadoras fue darles una estructura. Posteriormente cada uno de los relatos fue leído y validado por su protagonista, así como también apoyado en el registro fotográfico. Con este quisimos destacar la importancia de la memoria oral, incluyendo en las fotografías los retratos de los antepasados junto con el narrador principal.

Creemos firmemente que el conocimiento es construido por todos y todas, de ahí que destaquemos el compromiso colaborativo y participativo entre participantes e investigadoras, que primó a lo largo de todo el proceso. Este posicionamiento ético que le da un valor fundamental a la voz de los implicados: a sus historias, memorias y narraciones.

Finalmente mencionar que en este libro confluyen temas acerca de la chilenización y sus consecuencias, el posterior proceso de autoidentificación afrodescendiente, su rol dentro del movimiento social y la generación de espacios que aporten a la visibilización de sus comunidades. Como una forma de resistir al olvido, destacamos entonces la importancia de preservar los relatos de abuelos/as afrodescendientes, siendo estos el fundamento de su cultura, memoria e identidad.

RELATOS DE LOS ABUELOS Y ABUELAS AFRODESCENDIENTES

Rosa sosteniendo la
fotografía de su madre,
Angelina Bravo.



Rosa Angelina Alfaro Bravo

Nací el 3 de mayo de 1935, pero mi mamá me presentó el 20 de julio del mismo año en el registro civil.

Mi papá se llamaba Pascual Alfaro Bravo, él murió joven en un accidente y me dejó de bebé. Mi mamá se llama Angelina Bravo Bravo, ella está viva y va a cumplir 99 años. Mi línea afrodescendiente viene de la vía materna, específicamente de mi abuela Rosa Nacarino Bravo. Toda esa parte de mi familia se vino a vivir al valle de Azapa, mi mamá junto con sus hermanos fueron nacidos y criados aquí.

En cambio la familia de mi papá eran del norte del Perú, por eso tenía varios familiares en ese país, el último murió el año antepasado. Mis padres eran peruanos y tuvieron 10 hijos –hay dos ya fallecidos–, soy la única Alfaro, el resto son de apellido Karl. Yo soy la mayor de todos los hermanos, quienes fuimos criados por mi padrastro.

Yo tengo tres hijos, Sergio, Hernán y Antonio, ellos ya están en pareja y cada uno tiene una niña y un niño. Hace casi 20 años solicité un terreno a Bienes Nacionales en Acha y aquí construí mi hogar junto con mi esposo, con el que hace poquito cumplimos las bodas de oro.

La vida en el valle de Azapa

De mi infancia recuerdo que mi abuelita tenía varios burros en los que acarreaba piedras para empedrar las calles de Arica. Fui muy apegada a ella, toda la gente del pueblo –de la que ya

no queda casi nadie– me expresaba: *Su abuelita era tan buena, nosotros no teníamos para comer y cuando pasábamos por ahí nos decía: niños, hijos, pasen a tomar un plato de caldo*, ella siempre tenía una olla de fierro grande con comida y los invitaba a almorzar, era muy humana.

Además era partera, ¡a quién no le jaló las patitas! Yo me acuerdo que me indicaba: *Hija, prende el carbón*, porque con eso calmaba a la embarazada y de paso se calentaban las patitas, de ahí le sobaba la panza y la guagua saltaba. A veces iban los carabineros a buscar a mi abuelita, porque en alguna parte había una señora que iba a tener guagua, así que la llevaban en el caballo y después la venían a dejar.

Mi abuela tenía muchos animales: chanchos, conejos, cabras, perros, etc. Viví numerosos años con ella, después me fui con mi mamá y mi padrastro a su rancho en el que también criaban animalitos, me acuerdo que como a los 14 años llevábamos con mis hermanos a los corderos a pastear. Nosotros vivíamos en el valle de Azapa, estuvimos un tiempo en “Pago de Gómez” y después otros años en un sector que se llama “Alto Ramírez”.

El internado en Arica

Yo estudiaba en el colegio del valle, ahí hice primero, segundo y tercero, todo junto con varios compañeros de diferentes edades. Pero a veces no podía ir porque mi mamá me decía *tienes que dejar a tus hermanos bañados, limpiecitos y cocinados*, así que me levantaba a oscuras, hacía todo eso y en seguida partía caminando a pies descalzos a la escuela, llegando allá me los ponía, eso lo hacía para no gastarlos y porque caminaba

mejor, ya que estaba acostumbrada a caminar a “pata pelá”.

Después mi mamá me trajo a Arica y me llevó a un internado de monjas, tal como la habían llevado a ella durante su infancia, la historia se repetía. Mi madre les dijo a las monjas que ella me dejaba allí con la condición de que me enseñaran a coser o a bordar, que me instruyeran en un oficio, pero pasaron los años y no me enseñaron nada. Yo me puse rebelde porque ellas me ocupaban como empleada, tenía que barrer, limpiar baños, hacer todo. Hasta que un día llegó la comisión de la provinciala de Italia, y como nunca he sido tonta, pedí audiencia para hablar con ellos, les expliqué todo, así que las llamaron, algunas salían llorando. A los pocos días llegó mi mamá, yo llevaba como tres años ahí y por fin me pude ir. Lo bueno es que aprendí italiano porque las monjas hablaban ese idioma, y como pasé tanto tiempo en ese lugar, después de unos meses ya les entendía todo.

Al poco tiempo de salir del internado me fui a emplear a un matrimonio de italianos y como sabía hablar su lengua les empecé a enseñar el castellano. Estuve unos tres años trabajando para ellos, hasta que tuvieron su segunda guagüita y se fueron a Italia, ¡y qué no hicieron para llevarme! si no hubiese tenido a mi mamá, yo me hubiera ido. Pero estaba ella, y a pesar de que fue bastante mala conmigo, como dicen: *quién más te aporrea, más la quieres*.

El real problema de mi vida fue que no estudié como correspondía, no terminé el colegio. Yo aprendí así no más, mi mamá me enseñó mis primeras letras con un silabario y para sacar cuentas juntaba las cifras y las sumaba de a poco, pero

logré igual tener dinero, mis cheques y usarlos y salir adelante.

En mi juventud, cuando ya había tenido a mis hijos, adquirí un terreno en cerro Sombrero, viví mucho tiempo ahí y finalmente lo vendí. Estuve un tiempo trabajando en Iquique, cuando empezó el negocio de la ZOFRI. Luego hice mi casa en Arica, aquí yo era comerciante de huevos, gallinas, lentejas y porotos que traía del campo de Ovalle junto con otras cosas de Tacna y los vendía en la feria. Hasta ese momento me acompañaron mi abuela y mi mamá que se vinieron a la ciudad, en este tiempo fue cuando falleció mi abuela en manos de mi madre, fue muy triste.

Autorreconocimiento

Mi proceso de reconocimiento como afrodescendiente fue cuando ya era mayor. Eso de que éramos negros, yo nunca lo supe cuando era niña, porque nadie me hablaba de eso. Yo me enteré de que era afro cuando mi hijo mayor empezó a ir a las reuniones, como el año 2000, ahí él me fue contando del proceso y todo lo que estaba pasando. Mi hijo está muy involucrado en el movimiento, para mí, Sergio es un precursor de todo lo que está ocurriendo con los afros.

Así fui escuchando historias de los esclavos que llegaron a estos lugares. Me dijeron que las negras esclavas recogían algodón en las cosechas y otras cortaban caña para hacer el azúcar, la miel, etc. En esos años trabajaban las mujeres más que los hombres.

Actualmente no participo en ninguna organización afro, solo estuve inscrita para que me

vinieran a hacer el Censo, en eso participé. Pero sí me reconozco como afrodescendiente, creo en todas las historias porque son mis raíces. Somos descendientes aunque ya la raza está revuelta.

La persecución

De aquel período no tengo muchos recuerdos porque yo era chiquitita, pero mi madre me contaba que los descendientes peruanos tenían que huir, entonces ella, su hermano Cirilo y mi abuela los embarcaron en un barco que fue a encallar a Iquique, porque se estaba hundiendo. Por otra parte, mi tía Berta, hermana de mi madre, fue a parar al Callao. Ella se quedó allá hasta su muerte, se casó con un marino peruano así que hizo su vida en ese lugar, tuvo varios hijos por eso yo tengo primos allí. Yo no sé de quién serían esos barcos, supongo que eran peruanos. Por lo que me contaron, a ellos se los llevaban para que no los tomaran presos, por eso los “exportaban”.

Mi familia vivía en el valle de Azapa, mi abuelita no tenía propiedad con título porque ella arrendaba pedazos en las parcelas. Había un dueño al que le cuidaban el terreno, la casa y cosechaban frutas y verduras. Sin embargo, al tener que escapar perdieron todos sus terrenos, todo. Aquí quedó un tío a cargo pero le expropiaron el lugar y los animales, después él prácticamente abandonó el espacio porque también tenía miedo y debía esconderse.

Se cuenta que en esos años marcaban las casas, yo creo que era para señalar si en esos hogares vivían peruanos, aquellos que así las tenían eran sacados y expulsados. Nunca supe de muertes pero sí de varios que los despatriaban al Perú. Los

lugareños comenzaron a arrancarse por los cerros hasta llegar a Tacna. Hubo varios que después volvieron –cuando el conflicto estaba más calmado– y algunos lograron recuperar sus parcelas pero otros no. Fue un tiempo de muchas tristezas.

No sé mucho de historia y yo conocía este tema como “la persecución”, donde las personas tenían que esconderse y que venían grupos armados que querían echarlos del país por ser peruanos. La verdad es que en este tiempo se peleaban y quizás a algunos los mataban, pero más se arrancaron para allá. Y también sé que llegaron incontables sureños chilenos que antes no vivían acá.

La familia se separó y se mantuvo mucho tiempo distanciada. Mi abuelita vivió unos cuatro años en Iquique con mi mamá, incluso a ella la tuvo que meter a un internado de monjas porque no tenía un hogar para cuidarla, estaban muy mal allá. Dice que para cocinar iban a sacar cruces del cementerio para hacer fuego, eran pobres porque no pudieron llevarse nada, arrancaron con lo que tenían puesto. Ni siquiera se pudieron ir todos juntos porque cuando se los llevaron, mi abuela estaba solo con mi mamá y mi tío, faltaba mi otro tío Celestino que se tuvo que quedar en el valle solito, él llegó a la casa y no encontró a nadie, debió ser horrible. Y por otra parte, mi otra tía se fue para el Callao. Ellos sacaban a los que estaba adentro para salvarlos, pero igual era todo muy rápido.

A pesar de que a mi mamá la trataban bien en el internado, ella se quiso ir porque extrañaba a su madre pero cuando volvió, mi abuelita tenía de regalón a mi tío menor, así que mi mamá debía lavar y hacer todo, entonces ahí ella sufrió porque

igual era chica, tendría unos 12 años. Después volvieron con mi abuela al campo y en ese tiempo existía un almacén chino grande, así que en eso tuvieron que trabajar. Yo creo que ya había terminado la persecución cuando retornaron.

De mi tía no se sabía nada, se perdió toda comunicación desde que la obligaron a irse. Fueron muchos años de incertidumbre, tú creías que estaban muertos, que habías perdido a tu familia. Años después, cuando yo era joven y trabajaba, se me ocurrió intentar ubicarla así que envíe una carta y tiempo después obtuve respuesta, de ahí ella volvió por primera vez y empezaron los viajes y las visitas mutuas. Cuando nos juntamos, todos llorábamos debido a los años transcurridos. Yo no conocía a mi tía pero siempre supe de su existencia. Ella decía que extrañaba mucho a su madre y hermana, se preguntaba el porqué tuvieron que separarse de tan chiquititas, era muy triste. Mi abuela y mi mamá estaban afectadas pero desde ahí retomaron el contacto. La última vez que mi tía vino fue un día antes de morir, como que vino a despedirse y murió en su Perú.

También me acuerdo que me contaban que en ese tiempo de conflicto, muchos iban a Tacna y a escondidas traían el diario, y al revés lo llevaban, así podían traer y llevar noticias de las familias que estaban separadas. No sé si llevaban mensajes dentro o en las mismas noticias pero así podían saber acerca de sus parientes. Es que se distanciaron obligatoriamente las familias, unas estaban en Arica, en Tacna, también en el Callao, Lima, Sama y otros lugares.

Después, todo este sufrimiento se fue mitigando porque los peruanos se empezaron a nacionalizar

como chilenos y porque se empezaron a casar entre todos, ahí no podían saber quién era peruano o no, de esa manera se fueron conformando las familias y matrimonios antiguos en Arica; descendientes de peruanos y chilenos.

Plebiscito

El plebiscito fue lo de la firma de los chilenos y peruanos, para que se decidiera si Arica y Tacna iban a ser parte de Chile, pero nunca se hizo. En el valle no se sabía mucho de esos procesos como más formales, lo que sí entiendo es que finalmente decidieron entre los dos países, y que Chile se quedó con Arica y Perú con Tacna.

Virgen de las Peñas

Yo iba para cumplir una manda durante un tiempo, después no fui más porque las piernas ya no me acompañan. Todos los años llegaba hasta el paradero, me sacaba los zapatos y me iba a pie, para pagar la manda y te prometo que nunca me lastimé, es algo mágico.

La historia de la Virgen de las Peñas no la recuerdo muy bien, pero sé que en Bolivia había una parte en que se celebraba, era un barrio pobre y la conmemoraban como podían. Después se la llevaron a una población de ricos y dicen que ahí desapareció la virgen, se incendió la capilla y apareció acá en la quebrada de Livilcar. Dicen que cuando reconocieron que era la virgen, la quisieron sacar y todos los días temblaba, entonces se dieron cuenta que era por eso y la tuvieron que dejar en su nuevo lugar. También se dice que de allá se escapó en forma de paloma y se convirtió en roca. Los peruanos la veneraban y

la siguen celebrando incluso después de perder estas tierras, muchos continúan actualmente viniendo para acá.

Reflexiones finales

Para terminar, quisiera decir que yo no conocía este período bajo el nombre de “chilenización”,

sino que como “persecución” contra los peruanos, y durante ese tiempo mi familia sufrió bastante.

Yo no lo viví en primera persona, pero sí me contaron mis ancestros los hechos que habían ocurrido, y espero que no se vuelvan a repetir. Este relato forma parte de mi vida y de mi historia familiar.



Daysi con el retrato de
su madre, Nora Ubaldina
Maldonado.

Daysi del Carmen Arias Maldonado

Nací el 22 de diciembre de 1938 en Arica, me crié en la ciudad y viví varios años en “La Chimba”.

Mi madre se llamaba Nora Ubaldina Maldonado Tapia y mi papá era Justiniano Máximo Arias Flores, ambos eran afrodescendientes. Nosotros éramos cuatro hermanos, yo soy la única mujer, está mi hermano Manuel, Budenni, Eleno y Alfredo, todos somos Arias Maldonado. Mi hermano mayor ya murió, él era “motudito” pero con ojos claros.

Mi abuela paterna era azapeña, se llamaba Estefanía Flores. Recuerdo que vendía verduras que traía del valle y que se iba en un burrito hasta Arica, porque así lo hacían antes. Ella era negrita, bien negrita. Tuve varios familiares que vivieron allí, después como ya eran muchos en la chacra se vinieron a la ciudad. Yo nací en Maipú, entre Baquedano y Patricio Lynch, y luego formamos nuestro hogar en “La Chimba”.

De mi infancia recuerdo varias cosas, pero sobre todo que me exigían que estudiara, porque mis padres no sabían leer ni escribir, por eso fui al colegio acá en Arica y me acuerdo que ahí siempre nos daban aceite de bacalao para alimentarnos. Hice todos los cursos y me recibí de confeccionadora, hacía ropita de guagua y después estudié para ser modista, pero ya no coso porque ya ni veo; tuve que “colgar los guantes” debido a mi edad. De ahí me tiré a repostera, que es lo que hago hasta ahora para seguir viviendo.

La vida en la Chimba

Yo soy de La Chimba pero ahora no vivo en ese lugar porque a nosotros nos expropiaron. Antiguamente ese sector estaba donde actualmente se encuentra el casino, por la calle Velásquez, pero después nos trajeron obligados a todos para acá; al sector de Cienfuegos. Por aquí viven casi todos los que habitábamos en aquel lugar, pero ya quedan pocos.

La Chimba era hermosa, era como un pedazo de Azapa al lado del mar, había vertientes, agua de pozo, existían varias chacras en las que se plantaban diferentes cosechas y criaban animalitos. Una de las diferencias con el valle es que en este lugar se pescaba mucho. También tenían burritos y recuerdo que en ellos llevaban las redes para la playa, con unos palos para la pesca.

En ese tiempo mi papá era ferroviario del tren que iba de Arica a La Paz, así que no teníamos tan mala situación económica. Me acuerdo que no le gustaba que yo anduviera descalza, pero como todos los niñitos en La Chimba andaban así, yo no me ponía los zapatos porque me podían molestar. Siempre me pillaba mi papi y me retaba. Él se esforzaba mucho por comprarnos nuestras cosas como mis zapatos y mi camita que tenía para mí solita. Yo creo que nosotros tuvimos la suerte de que mi padre tenía ese empleo y aunque nunca pasamos hambre igualmente fue bien dura la vida allá.

Vi harta pobreza en La Chimba, existían familias que no tenían la gracia de tener una cama para cada persona sino que dormían hasta tres en la misma. Mi mamá era bien solidaria y

como yo tenía mi cama, una niña iba a dormir conmigo. Ella también trabajaba, allá todos tenían que hacerlo para poder comer y subsistir, siempre debíamos aportar. Gracias a todo esto, éramos gente de buen vivir aunque súper esforzados.

Nosotros no teníamos terreno, solo arrendábamos allá, tampoco poseíamos animales ni cultivos. Recuerdo que a mis primos les gustaba ir a pescar, a mí me encantaba ir a meterme para allá pero no podía hacerlo porque a las mujeres no las dejaban. A mí me hubiera gustado pero no estaba permitido porque eran machistas, era considerada una tarea de hombres.

Recuerdo que pescaban con unas balsas bien artesanales hechas por ellos mismos, ¡siempre traían tanto pescado!, todos comíamos rico, había tremendos lenguados, corvinas y albacoras, diferentes pescados. Los hombres los pescaban y las mujeres tenían que cocinarlos. Siempre nos regalaban, incluso mi mamá hacía aceite de pescado y cocinaba con eso, era tan rico porque era todo natural, no como ahora. También poseían pollos y gallinas, porque eran como chacras con casas de totora y varias personas cultivaban, algunos tenían cebollas, higo y otras verduras. Allí no teníamos olivos ni pacay, pero comíamos de esos frutos que nos traían del valle.

Así se fue poblando hasta la “Chinchorro”, donde se termina el río y ahí había cantidades de berros porque estaban las vertientes. A mí me dio mucha pena cuando después dieron esas tierras para el casino: se cerraron todas esas vertientes, murieron los peces y los berros, mataron esa tierra que era bien fértil y todo por poner un casino, por la

modernización. Yo creo que la gente no pensó en el daño que haría.

También me acuerdo que las mujeres lavaban sus ropas en esas vertientes, la *aguaita* le decían al lugar donde iban, después ponían a secarlas en las rocas. Mi madre siempre iba en las mañanas, ese era un espacio de mujeres.

Después que arrebataron esos terrenos en el año 1956, llegamos a vivir a Cienfuegos y nos dieron un pedazo de tierra en la que levantamos la casa en la que vivo actualmente con una autoconstrucción.

Autorreconocimiento

Mi ascendencia viene del lado paterno y materno, por eso siempre he estado orgullosa de ser negra y la verdad es que nunca he sentido discriminación, a donde voy digo que soy afro, en todos los clubes que participo me presento de esa manera. A mí me llama la atención que hay varios aimaras y no dicen nada, yo siempre digna porque son mis raíces y no tengo por qué negarlas.

Mi abuelita y mi mamita nos hablaban de que nosotros éramos negros, yo de chica lo supe por dos razones: por mi color y mi pelo. Asimismo se lo he inculcado a toda mi familia, a mis cuatro hijos y nietos, aunque casi todos son blancos, pero siempre les digo: *ustedes son afros, no se olviden de eso*. Nosotros somos negros, todos mis apellidos así lo demuestran: Tapia, Maldonado y Flores. Yo les trato de contar todo a mis nietos porque son las futuras generaciones y no deben olvidar. Me da mucha risa que tengo una bisnieta que dice que es negra ¡aunque es blanca pero blanca!

En mi familia celebramos varias tradiciones afrodescendientes como la “Pascua de los Negros”. Actualmente coopero con la organización “Oro Negro”, pero no me involucro mucho, la verdad es que no participo activamente.

Chilenización

Yo no me acuerdo del plebiscito porque todavía no nacía, pero mi mamá me relataba lo que sucedió. En esa época mi abuelito Manuel Maldonado tenía que elegir entre Chile o Perú y él escogió Perú, porque había nacido acá y era peruano, no quería perder sus raíces y tener que formar parte de otro país del que no sabía nada. Cuando mi abuelo hizo esa elección, mi abuela Rosa no quería marcharse, así que se quedó acá en Chile junto con sus tres hijos, y mi abuelo se fue solo.

Por lo que me contaron existen muchas historias de este tipo, porque varias familias pasaron por lo mismo, se tuvieron que ir de aquí y el núcleo familiar se desarmó, incluso para siempre. Nosotros no supimos nunca más de mi abuelo, no tenemos idea a dónde se fue, si es que llegó, solo estaban al tanto de que fue al Perú pero de ahí perdieron el contacto. Yo creo que él era afro también.

La historia fue de esa manera, mi abuelo se fue y mi abuela quedó con sus tres hijos: dos mujeres y un hombre, mi tío Manuel Maldonado y mi tía Celia Tapia. Mi mamá tenía apellido Maldonado Tapia, su hermano era Maldonado y la otra solo Tapia, yo no sé por qué sería eso pero me imagino que se inscribían así antes, era como todo a la rápida y desprolijo. Mi mamita me contaba que se quedaron solitos y que ella tuvo que trabajar mucho para poder comer, además ayudaba a mi abuela para cuidar a sus hermanos.

Lo terrible fue que mi abuela se murió unos pocos años después y quedaron sin padres, bien chicos. Había una señora que no era familiar pero se hizo cargo de ellos y los acogió, le decían la tía Elvira. A pesar de que los cuidó mi mamá me contaba que igual los explotaba porque ella tenía que trabajar como si fuera su empleada doméstica, como esclava. Por eso ella siempre nos inculcaba que teníamos que ser alguien en la vida, que estudiáramos y nos superemos.

Por mi otra parte familiar, mi abuelita paterna tenía una tía que se llamaba Claudia que también se fue al Perú, pero no sé mucho de esa historia. Pero sí he escuchado que hacían cruces en las casas, pero en realidad no lo sé porque no lo viví. La gente expresaba que los sacaban de aquí en barcos, incluso que a algunos los mataban unos grupos de gente mala que le llamaban las “ligas patrióticas”.

Yo creo que todo dependía de quién estuviera relatando la historia porque si era peruano lo relataba a su pinta, si era chileno también hacía lo mismo, por ejemplo: el peruano denunciaba que le ponían una marca en su hogar, que los mataban y violaban a sus mujeres. En cambio, un chileno decía lo contrario, que eran los peruanos los que los mataban a ellos. Al final cada uno cuenta las cosas como les favorece. Después esto ya estaba todo revuelto, entre peruanos y chilenos, negros y blancos. Ahora estamos todos mezclados.

La pérdida de la memoria

Yo no vi nada, solo escuché cuentos, así que prefiero no estar inventando. Mi mamá me contó solo esas cosas pero no hablábamos mucho del tema

por todo lo que pasó en la familia, ella sufrió mucho. Es una lástima que perdí esos relatos, la memoria de mis abuelos y de mi gente. A veces igual creo que si hay cosas que duelen es mejor olvidarlas, pero también es importante recuperar la historia.

La verdad es que de ese tiempo no me contaron mucho más ni quise saber del tema porque fue una época triste, sobre todo por lo que pasó con mi abuelo. A mí hasta hoy me da pena todo lo que vivió mi familia.

Colegio

Me acuerdo que en el colegio nos enseñaban sobre la Guerra del Pacífico y nos indicaban que Arturo Prat había sido un héroe, que tenía un barco gigante, nunca nos hablaron de las cosas malas que pasaron por acá. Pero en Perú los crían diciéndoles lo que Chile les hizo durante ese período, lo que genera rabia y rencor.

Yo sé que todo esto antes era peruano, que los ejércitos chilenos llegaron incluso hasta Lima y después retrocedieron y se quedaron con Tacna y Arica, finalmente cuando no se hizo el plebiscito entregaron la primera ciudad y Arica quedó como parte de Chile. Pero creo que salieron perdiendo porque en Tacna hay muchas frutas, verduras y la gente cuida mucho sus cosas, acá no. En Arica todo se basa más en el dinero.

Virgen de las Peñas

Se cuenta que la historia de la virgen es del tiempo cuando esto era de Perú. Aunque la historia se remonta de antes, hay muchas canciones

que hablan de Carangas que es de una parte de Bolivia, dicen que es originaria del interior de ese país. Pero la virgen es de todos, independiente de la nacionalidad.

La historia dice que ella se apareció como una paloma, un arriero la vio que se posó en una roca el ave y ahí quedó inmortalizada. Yo voy todos los años aunque últimamente ando en caballo porque ya no me dan las piernas, es muy lejos. También tengo una virgen acá en mi casa que es antigua, del tiempo de mi abuelita, siempre he sido y soy una devota.

Algunos dicen que esta fiesta se dejó de celebrar durante el período de chilenización y la prohibieron por un tiempo, porque los chilenos no querían que se juntaran los peruanos, pero yo no lo viví. Lo que sí sé es que el baile de “Los Morenos” es africano, ya que bailan con matracas que representan las cadenas que usaban los esclavos, es el sonido de sus pasos encadenados.

Actualmente pertenezco a una compañía religiosa que se llama Manuela Marconi, nosotros vamos a Livilcar para venerar a la virgen. En esta organización bailaba mi esposo y ahora mis hijos, nietos y bisnietas. Ahí todos saben que somos en su mayoría negros, la “negrada” nos dicen. Esta compañía está desde 1936, era de una inmensa familia y este año cumplimos 80 años. Nosotros vamos a la fiesta grande que es la primera semana de octubre.

Reflexiones finales

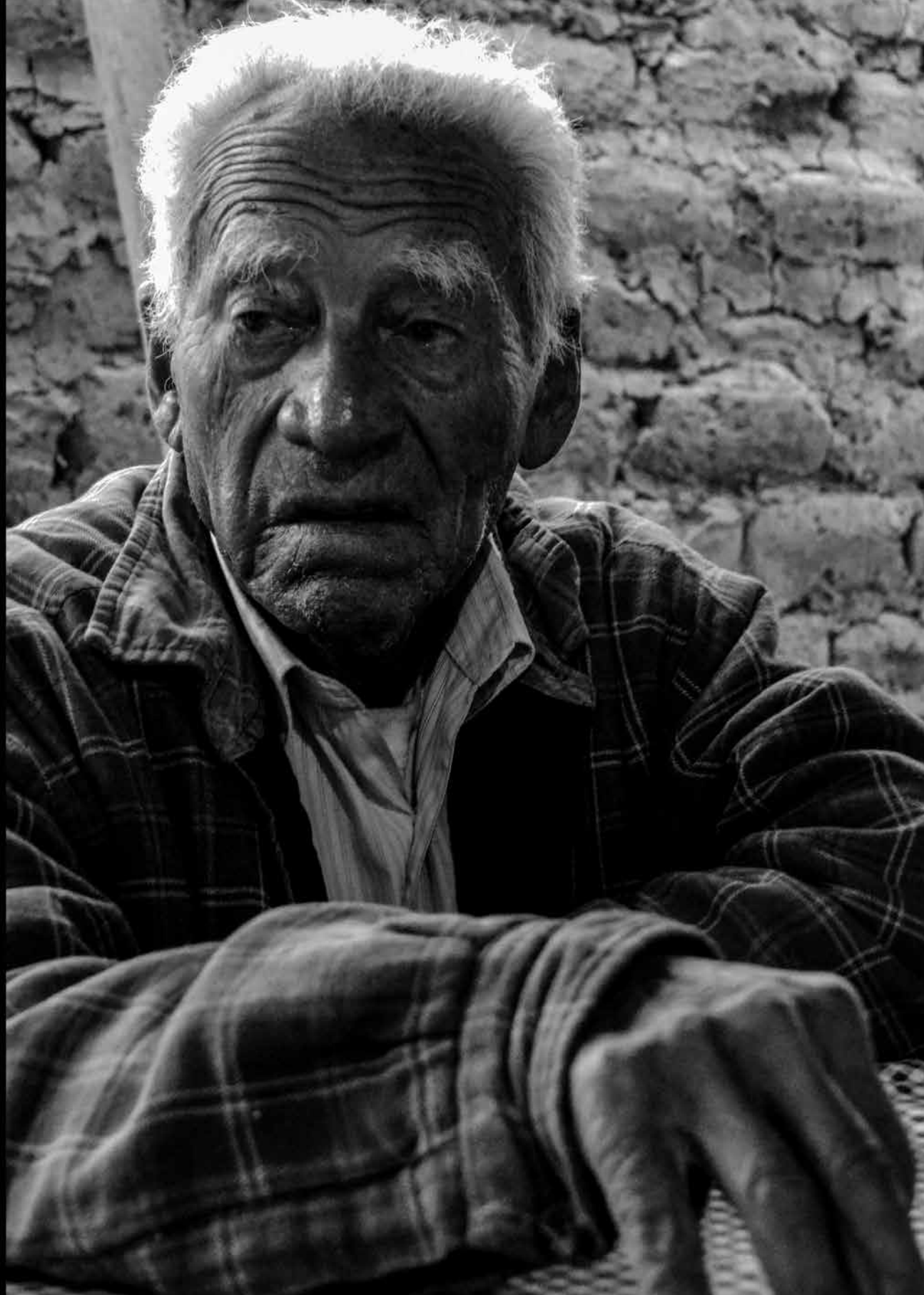
Es importante recordar estas cosas porque debe haber una reparación de la historia, sobre todo a

la comunidad afrodescendiente. Yo lamento haber perdido sus relatos pero ya no tengo a quién preguntarle, nunca me interioricé y pasaron tantas cosas que ahora no tengo esa memoria. Espero que las nuevas generaciones aprendan y estén más atentos a las historias de sus abuelos.

Lo cierto es que mi mamá sufrió bastante con esto porque su padre tuvo que irse por ser peruano y su mamá se quedó acá sola con sus hijos, y al tiempo ella muere, así que se queda sin padres. Entonces eso fue consecuencia de lo que pasó aquí, de que Chile se quedara con Arica porque si esto hubiera seguido como Perú, quizás mi abuelo

nunca se hubiera ido, ¿Quién sabe?, puede ser. Lo cierto es que las guerras son terribles pero tengo fe que algún día llegará la paz.

Los afros sufrieron mucho en ese tiempo porque casi todos los peruanos que había en esta zona eran negros y ese dolor viene desde la esclavitud. Pero igual creo que nuestra raza es fuerte porque han resistido tanto, ellos tuvieron que llegar acá, ser explotados porque eran esclavos. Yo estoy orgullosa de los negros por eso me identifico como tal, especialmente por lo que vi de mi mamita y su vida, ¿cómo no estar orgullosa de mis raíces?



Calistro, abuelo
del valle de Azapa
(14-10-1919/15-03-2015).

Calistro Baluarte Oviedo

Nací el 14 de octubre de 1919 en el valle de Azapa, soy azapeño pero he vivido más tiempo en Tacna, donde habito actualmente. Tengo doble nacionalidad: chilena y peruana.

Mi padre era peruano y se llamaba Rufino Baluarte Soto, su madre era Buenaventura Soto. Mi mamá era Ana María Oviedo, todos del valle. Yo no tuve la oportunidad de conocer a mis abuelos porque fallecieron antes de que naciera. Mi madre era morena y mi padre también, así que tengo doble línea afrodescendiente. Yo soy el tercer hijo de ocho hermanos.

Mucho tiempo después me casé en Arica con María Luisa Mamani, ella era chilena pero al casarnos nos vinimos a vivir a Tacna, a la casa que había dejado mi padre acá. Yo tenía 32 años y ella 17, y tuvimos cinco hijos. Ellos se criaron en Tacna pero siempre estuvieron entre ambas culturas, pasaban las vacaciones en Chile y estudiaban acá en el Perú. Desde hace mucho tiempo me dedico a la producción de vinos caseros y dulces para el consumo familiar. Tenemos uvas, las sacamos de las parras y las ponemos al sol durante ocho días, después las pisamos y hacemos el vino, también hago fermento de otras frutas.

El antiguo valle de Azapa

Me acuerdo que allá teníamos animales y también sembrábamos caña, repollo, choclo, zapallos, camote y aceitunas, éramos propietarios de olivos, hacíamos melcoche, chancaca y lo mandábamos a diferentes lugares. Y todo lo que nosotros no

teníamos lo traía la gente del altiplano, como el orégano, el chuño, entre otras cosas. Mi mamá era panadera y hacía cosas dulces. En ese tiempo había poquitas haciendas, estaban los Baluarte, Belaunde, Landorfo y Mozo, pero la más grande era la de los Baluarte. Nuestras casas eran de adobe y totora.

A mí me bautizaron en San Miguel de Azapa, mi familia era muy creyente, tenía que rezar todos los días el padrenuestro y el avemaría, varias veces y por largo rato, sino mi papá me retaba y no me permitía comer.

El pueblo era muy diferente a como es ahora. La gente se movilizaba en burros y mulas, aquellos que tenían más dinero lo hacían en carretas y caballos. Lo que siempre hubo en el pueblo fue morenos, algunos con corbata y sin zapatos porque teníamos los pies muy grandes y no encontrábamos talla para nosotros. También recuerdo que cuando bajaba el río, duraba tres meses y era toda una celebración porque ayudaba a nuestras cosechas, incluso traía camarones y mi madre siempre los cocinaba.

Existían leyendas, de los sauces y de un fraile sin cabeza que salía de una piedra, yo una vez lo vi y fue uno de mis grandes miedos de la vida. También había muchas brujas que se convertían en pájaros. Una bruja se enojó con mi papá porque él le robaba agua y ella se convertía en picaflor, hasta que un día esa ave se transformó en humana y apareció la gringa –así le decían– desnuda. Mi papá recitaba una oración y así ellas se convertían en lo que eran originalmente, también se ponían tijeras debajo del asiento donde se sentaban sin que se dieran cuenta y si

no se podían parar, significaba que eran brujas. Esto puede ser por alguna santería negra, pero en realidad no lo sé.

Autorreconocimiento

Los morenos que viven en Azapa son descendientes de esclavos, por lo que he escuchado. Pero en mi época eso no se hablaba, ni nos cuestionábamos nuestro color de piel porque todos éramos así. A mí me contaron que al Perú llegaron los esclavos y que por eso en este lugar hay tantos morenos. Yo me acuerdo que había varias familias descendientes, por ejemplo estaban los Cegarra y los Ríos que también eran negros, color *Coca-Cola*, decíamos nosotros. Ellos bailaban mucho la zamacueca y tocaban unos cajones grandes de madera.

Después con el tiempo yo supe que era descendiente de esclavos y no me da vergüenza decirlo, aunque prefiero decirme negro o moreno que afrodescendiente, esa palabra es más reciente.

Chilenización

En la época en que se produjo el problema con Chile –debido a la Guerra del Pacífico– yo tenía siete años y recuerdo que junto con mi familia tuvimos que irnos en el *Ucayali*. Un Barco que fue a recoger a todos los peruanos que nos encontrábamos en Azapa, Arica y también de la zona de Tarapacá, así que ahí nos fuimos en el último viaje que hizo ese barco. Tuve la gracia de que nos embarcamos todos juntos; mi papá, mi mamá y mis hermanos, que en este tiempo éramos tres, Ireño, Lupo y yo. Llegamos hasta Lima y ahí tuvimos que rehacer nuestras vidas durante varios meses.

Los hermanos de mi papá también tuvieron que escapar, mi tío Jesús y mi tía María, pero se fueron para el Callao. Todos tuvimos que abandonar lo que teníamos, dejamos nuestras propiedades, en definitiva, nuestras vidas. Cuando le preguntaron a mi papá: *¿Usted es peruano o chileno?* Y él respondió peruano, supimos que debíamos irnos en el barco y escapar.

Después de estar en Lima nos fuimos hasta Tacna, eso fue en el período que el Estado chileno entregó esa ciudad. Allí nos quedamos otro tiempo más y después de dos años pudimos volver a Azapa, donde nacieron mis otros hermanos: Tomasa, Jesús, Eulogia y Lino. El resto de mis familiares que tuvieron que huir también pudieron regresar cuando se firmó el “Tratado de Lima” en 1929. Al llegar a nuestro hogar, tratamos de recuperar una parte de los territorios de mi papá, pero la mayoría de los terrenos los perdimos, porque fueron cedidos a chilenos y otros ocupados. Mi padre dejó a un señor cuidando nuestro espacio, pero cuando regresamos este caballero no nos devolvió todo. El terreno de mi papá tenía dos partes, una de 70 hectáreas de tiempo de lluvias, en las que se cosechaba temporalmente y otra de 30 hectáreas de agua que eran cultivadas permanentemente. En total eran 100 hectáreas las que tenía mi viejo y cuando volvimos no nos entregaron todas, yo no sé si el señor las vendió o si se las expropiaron, pero mi padre solo recuperó 30 hectáreas.

Tiempo después volvimos a salir de Azapa, porque tuvimos un problema con un carabinero que me había golpeado y mi papá lo enfrentó, así que nos volvieron a expulsar, eso fue cuando tenía como 12 o 13 años y empecé a estudiar en el colegio en

Tacna. Mis padres no tenían mala situación económica y pudieron alquilar un terreno en el centro de la ciudad y después compraron la parcela donde yo habito actualmente. Posteriormente volvimos y estábamos entre los dos lugares.

El *Ucayali*

El *Ucayali* era un barco que paraba en cuanto puerto pudiera antes de entrar al Callao. Ese trayecto fue inolvidable porque no sabíamos el futuro que nos deparaba, dónde nos estableceríamos ni por cuánto tiempo. Yo algo me acuerdo del viaje que hicimos.

En el valle de Azapa nos trataban muy mal, nosotros teníamos animales, frutas y verduras, y el jefe de mi papá nos decía *queremos un corde-ro, queremos aceitunas*, y nosotros teníamos que dárselos porque si no nos maltrataban y nos amenazaban con decir que éramos peruanos, así fue durante 3 años. Entonces mi papá junto con mi tío Jesús planearon el escape, él era chofer de una carreta y nos llevó hasta el barco y de ahí nos fuimos todos, pudimos llevar nuestros abrigos y lo que nos alcanzaba en nuestras manos. No íbamos solos sino que junto con muchos más morenos de Azapa; los Salinas, Oviedo, Romero, Cáceres, entre otros. A nosotros nos sacaron porque no teníamos más alternativas, fuimos exiliados sino nos mataban.

Cuando estábamos a punto de embarcarnos vi algo que me marcó. Había una mujer que todos los chilenos llamaban *la currucundengue* y le botaron el pecho ¡le cortaron el seno a la señora!, juro que no invento. Yo soy católico, no puedo mentir y eso fue horrible.

Virgen de las Peñas

Durante mi juventud me dediqué al baile religioso, de los morenos, caporales y gitanos. Estuve en la “Virgen de las Peñas”, me iba a mula para allá, he bailado casi 80 años para ella. Ahora ya no voy pero cuando me acompañaba el físico, era sagrado. Hoy mis hijos han continuado la tradición, incluso tienen un baile de caporales que se llama las “Hijas de María” y formaron la asociación “8 de Diciembre” que es parte de la familia Baluarte, antes se llamaba “Manuel Baluarte”. En la fiesta chica, en septiembre, participábamos más los del valle y va casi toda mi familia. Para la fiesta grande vienen incluso desde Ilo y Moquegua, porque era una costumbre peruana y la siguieron celebrando incluso después de perder este territorio. Hasta hoy siguen yendo numerosos peruanos a la quebrada de Livilcar.

También hay otra fiesta parecida: el “Señor de Locumba”. Se celebra acá en Tacna y vienen morenos de Chile a esta veneración. De ahí viene el “baile de los morenos”, se dice que a los negros los formaban porque los hacían rezar y se sentían aburridos de estar parados y tiesos, entonces le pusieron su compás y de ahí nació ese baile. Eso es lo que sé de la historia. También dicen que se usan matracas por el sonido de las cadenas de los esclavos.

Club de fútbol

En 1937, junto con mi hermano Irenio y el Lupito formamos un club de fútbol que fue el primero que se hizo acá en Tacna, al que llamamos “El Club Victoria”. Nosotros alquilamos un local y después lo compramos. Yo tenía unos 17

años y eso me hacía muy feliz, porque yo salí seleccionado, jugaba para el equipo y fuimos campeones tres años seguidos. Yo recuerdo que éramos varios morenos y que esto nos hacía olvidar situaciones de tristeza, era como una terapia para nosotros.

Otras celebraciones

La ceremonia de la Cruz de Mayo es típica de los morenos, pero antes de la chilenización era distinta, porque no existían las bandas. Eso llegó cuando entraron al servicio militar, ahí lo aprendieron. Nosotros venerábamos a la cruz y todo lo que se cultivaba en nuestro terreno era para la fiesta. Hacíamos misa y también celebrábamos

con música, con el cajón, hacíamos cantos y alabanzas.

Igualmente bailé mucho tiempo en las ramadas, en la “Fiesta de la primavera” de San Miguel, que se empezó a hacer justo en el período de chilenización, ahí siempre se hacían competencias y se escuchaba mucha zamacueca.

Reflexiones finales

Esta época fue triste, nosotros la vivimos. Es una lástima que las ciudades hayan quedado divididas por naciones, pues las costumbres son bastantes parecidas, quedamos separados por países, por sus intereses y nosotros salimos perdiendo.

Juanita y el retrato de su
madre, Agustina Bravo.



Juana Alcira Bravo Baluarte

Nací el 10 de abril de 1936 en Arica pero me crié en el km 13 del valle de Azapa. Tengo los dos apellidos de mi mamá.

Mi mamá nació en 1902 y se llamaba Agustina Bravo Baluarte, su papá –Mariano Bravo Tapia– no era moreno, era negro, entonces ella era bien negrita. Mi abuela materna era blanca, Juana Felisa Baluarte Soto y mi bisabuela era Juana Buenaventura Soto de Baluarte. El hermano de mi mamá siempre me ha dicho que yo era igual a mi abuela, solo que ella era blanca y yo soy negra, esa era la diferencia, me decía *mira tu pelo así de crespo parece escoba, así era mi mamá*.

Mi papá era de familia española: Salinas Villagrán. Nunca se preocupó de reconocernos y pese a que hacía muchas cosas malas mi mamá vivió enamorada de mi padre. Él era amigo de todas las autoridades y los traía a comer después de sus fiestas a nuestra casa de barro que ya se caía. A las dos de la mañana llegaba y hacía que mi mamá se levantara a preparar alverjado, mi hermana mayor le ayudaba a cortar leña, prender el fuego, calentar el agua y matar la gallina, mientras él se divertía afuera con sus amigos. Trataba a mi mamá como su empleada.

Su papá era peruano, Augusto Salinas Villagrán, casado con Esther Oviedo, que era negra y profesora, llegaron al valle en esos tiempos que esto era Perú. Nosotros éramos muy pobres y trabajábamos sacando aceitunas en su parcela. Él se preocupó un poco más de ayudarnos, pues como

tenía ganado nos daba un balde de leche diario y el pastor nos hacía queso semanalmente.

Mi hermano mayor se llamaba Ricardo, quien nació en 1919, después viene Elba, de 1926; Margarita de 1931, Julia Estela y yo. Todos ellos nacieron en Azapa con partera, menos yo que por ser mellizos tuvieron que traer a mi madre al hospital. Mi hermano murió al nacer, se llamaba Exequiel porque nacimos en el día de ese santo.

Colegio

Mi mamá crió sola a cinco hijos porque mi papá nos abandonó. En la casa nos tenía derechitas, si nos portábamos mal nos pegaba, a mí sobre todo porque le contestaba. Trabajaba todo el día, entonces mi hermana mayor Elba se hacía cargo de nosotros y de mandarnos al colegio, que había que caminar mucho para llegar. Hice hasta cuarto año básico pues para seguir estudiando había que irse a Arica y como no teníamos ni plata para comer, menos había oportunidad de venir a la ciudad. En mi clase había morenos, indígenas, chinos y dos o tres blancos, en ese tiempo comenzó a llegar gente italiana y de otros lados, todos rubios. Teníamos una sola buena profesora de primero a cuarto que nos explicaba muy bien las cosas. Nos pasaba “Historia de Chile” y los límites del país: al este con la cordillera de los Andes, al oeste con el océano Pacífico, al sur con la unión de los océanos y al norte con la línea de Concordia que nos separaba del Perú.

En el colegio peleaba mucho porque no le aguantaba nada a nadie, si me atacaban me paraba y peleaba. Había un niño rubio que me hacía burla entonces nos agarrábamos a puñete. Otra vez una

niña me dijo “macabeo” que es un payaso que está en los circos, me dio tanta rabia que le pegué y la tiré al canal, el agua se la llevaba y ni corrí, fueron otras compañeras las que la sacaron. Me hacía respetar con los demás porque como mi mamá trabajaba nosotros prácticamente vivíamos solas. Nunca tuvimos un juguete para la Navidad, no teníamos idea lo que eran esas fiestas, pero yo tenía una madrina que me quería mucho y en una de esas me llevó un regalo: un paquete de churros y un muñeco de trapo con carita de cartón, muy bonito, nunca me voy a olvidar.

La vida en el valle

En la parcela se cultivaban aceituna y mi mamá ayudaba a “raimar” a mi abuelo los olivos, como tenían sus ramas hacia al suelo nosotros sacábamos lo que alcanzábamos. La “raima” era muy bonita antes porque todos compartían durante el trabajo, los trabajadores se tiraban tallas de una escalera a otra y cuando se terminaba se hacía el manteo, que era un asado.

Mi mamá vendía aceitunas una vez al año y juntaba su platita con una cosecha. Pero las aceitunas no eran del que las sacaba, si no del dueño, que era mi abuelo, entonces a mi mamá el día sábado le pagaba todo lo que había hecho en la semana.

En la chacra plantaba habas, choclos, verduras y peras, lo mismo con los pacay que existían en el tiempo de los negros. Junto con otras mujeres bajaban en burro a vender verduras a Arica, dejaban los animales en Maipú con Gallo y de ahí se iban al mercado central con sus cosas a la espalda. Después hubo un camión y como eran sus pasajeras cuando se ponían a tomar cerveza tenía

que esperarlas y llegaba tarde. También me recuerdo de La Chimba, detrás del regimiento, donde muchos vivían en unos ranchitos. Íbamos para allá a comprar berros para revender en el mercado. Ella fue muy luchadora, no le quedó nada grande.

La llegada de los negros

Mi mamá nos conversaba de cómo llegaron los negros, lo que su abuelita le había contado a ella, si esto viene de generación en generación. Mi bisabuela, Buenaventura Soto de Baluarte, llegó con mucha plata y compró la hacienda Baluarte, su esposo fue Anacleto Baluarte, ambos blancos. En la hacienda la mayoría eran morenos, sus hijas se fueron casando con ellos y de ahí salen los negros en nuestra familia.

Ella le contaba a mi mamá cómo trajeron a los esclavos para plantar algodón y caña de azúcar. El olivo llegó después, no son natos de aquí de Chile pero quien trabajaba eran los africanos. La gente que vivía por ahí se casaba con ellos y ahí descendió la raza afrodescendiente.

Dice mi mamá que sufrieron mucho porque su abuelita le contaba que los españoles eran muy malos, cuando nos contaba ella misma lloraba. Si los negros no hacían lo que les decían les daban chocolate caliente y tenían que tomárselo hirviendo, también les marcaban el cuerpo. Las niñas eran muy buenas mozas, con buen físico y eran abusadas por los hombres, sobre todo por los jefes blancos. No podían decir nada, a todas las violaban y menos iban a reconocer a los hijos que tenían, pues para los blancos era una diversión tener relaciones con ellas. Yo creo que esa fue la raza que más sufrió.

Mi bisabuela también decía que había muchos africanos en el km 15 y 17, que la gente que los tenían trabajando la mayoría eran italianos o españoles. Les daban trabajo de sol a sol, desde la mañana hasta que se hacía tarde y vivían como en unos corrales, como los animales seguramente.

Ellos sembraron muchos choclos y habas, eso es lo que más comían. El maíz lo hacían tostado, en diferentes comidas, era la predilecta además del “mondongo” que ahora nosotros le decimos “picante de guatita”. No sé cómo lo conseguían pero yo creo que era lo más barato o bien los españoles no lo comían y lo botaban. El ají fue negro porque se lo echaban a todo incluso a las papas, y de la caña de azúcar sacaban el guarapo, que es un licor fuerte. Decía mi mamá que se tomaba un *bandangan* después de comer, como un traguito, esa era la palabra negra.

Yo descendo de la raza de afros pero no eran muy habilidosos. Por ejemplo nosotras las mujeres podríamos haber hilado el algodón u otras cosas, pero era solo trabajar la tierra, no como los indígenas que inventaron cosas, los afrodescendientes no fueron así. Eso sí eran buenas para cocinar, para trabajar, excelentes para eso, mi mamá y mi abuela fueron muy trabajadoras.

Siempre escuché decir que había que “mejorar la raza”, que no había que casarse entre negros. *Tienen que buscar un hombre blanco para cruzar la raza*, decía mi mamá, pero ella se buscó un blanco y no le dio nada, no le compró ni un par de zapatos, si solo tenía uno. Nos decía: *no sean tontas, cásense con un blanco y les van a salir pintados los niños, no se casen con un negro porque les van a salir negros*. Mi abuela se casó

con un negro, salieron todos negros, entonces ella por eso no quería que nosotros hiciéramos lo mismo. Yo creo que era mal mirado ser moreno. Antes a un negro acá en Chile lo miraban de pies a cabeza, en Santiago muchas veces me preguntaron de dónde era porque pensaban que era extranjera.

Las preguntas que hacían era por el color de piel, yo creo que mala suerte si la gente no quiere pero yo nací acá, soy negra y chilena. Ver un negro en Santiago era raro, pero aquí no, pues siempre ha habido mucha gente negra acá y en Lluta, lo que era raro era ver gente rubia.

Plebiscito

Mi abuela materna nació acá cuando esto era Perú, después se fue a otra ciudad y se vino de nuevo. Aquí estuvo hasta ese tiempo del plebiscito, esa era la palabra en boca de todos, yo nunca escuché hablar de chilenización.

Según ella, a la gente les marcaban las casas, quizás sería para que salieran y se fueran, pero uno no sabía porque la gente antigua nacía y moría callada, no decían nada, recién ahora uno pregunta qué ocurría. Ella murió joven, en 1927, después que se fue.

Muchos huyeron porque pensaban que los iban a matar. La mayoría eran peruanos que los obligaban a ser chilenos y ellos no querían. Mi abuela le hablaba a mi mamá que por eso se fue, decía que a todos los que se quedaban los iban a obligar a cambiar de nacionalidad. Se fue mucha gente peruana que no querían ser chilenos. Yo creo que quienes tienen que haberse ido a lo mejor fueron

los Llerena y los Corvacho, porque son gente antigua que vivía acá de ese tiempo.

El viaje a Locumba

Mi abuela se fue sola a Locumba con sus hijos. Mi mamá nunca conversó del marido de mi abuela, por eso pienso que aunque tenía dos o tres hijos con él, no estaba casada. Me contaba que con sus hermanos y su mamá se fueron a pie, cargaron todo lo que pudieron en el burro y se fueron caminando al norte. Ella se fue con un puro hijo, mi hermano mayor Ricardo, y volvió con tres: Elba y Margarita. A mi hermano se lo llevaron pequeño porque él nació en 1919, tenía como 5 años cuando se fueron, pero Elba nació en 1926 en Perú, por eso pienso que se fueron en 1923 o 1924, antes del plebiscito que nunca se realizó. Ella nunca me habló de fechas pero siempre me dijo que sufrieron mucho, porque allá no había comida ni trabajo, si acá no había en Perú era peor.

En el camino mis tíos decían a su mamita que ya no podían caminar más a pie, porque se fueron del valle de Azapa a Tacna, que son como 60 km y luego a Locumba, ahí no sé en qué se fueron, si no había movilización, solo había caballos, burros y carretas. Yo creo que se fueron en alguna carretera o bien siguieron a pie, no sé si habrían descansado allá. Dice mi mamá que echaron su ollita, la tetera, azúcar, arroz y fideos, todo llevaban para cocinar en el camino.

Mi abuela decía que ponían unas piedras y con lo que encontraban hacían fueguito, había llevado hasta palos, unas tiras de leña que le llamaban “rajas”, de un determinado corte y tamaño,

los llevaron por si no encontraban nada en el camino. Cargaron el burrito con eso y todos a pie. Dice mi mamá que le daba pena mi abuela, que le decían *súbase no más mamá un rato en el burro*, pero iba muy cargado, llevaba frazaditas también, lo que pudieron no más para taparse en el camino, pienso que tendría dinero para comprarse sus cosas, sino ¿cómo se iban así? Yo solo me la imagino a mi abuela siendo la mamá de todos esos críos. Esto era un tema muy sensible para mi mamá, se ponía a llorar cuando contaba y siempre decía que fue una época de mucho dolor.

Finalmente, se fueron al valle de Locumba, mi mamá tenía conocidos porque antes todos eran familia. Allá tenía una prima de su edad con la que se querían mucho: la tía Cenovia, y fue la madre de ella quien las recibió. Yo conocí a la tía Cenovia, pero no a la señora que las ayudó. Mi madre tuvo que buscar empleo en Locumba como cocinera para un regimiento donde le pagaban unas “chauchas” pero siempre se traía comida para sus tres hijos, que tenía en esa época.

Después, a los años mi mamá se vino a Arica en 1931. Su mamá se quedó allí en su parcela inmensa, siguió siendo peruana y nunca más volvió. Pienso que fue los primeros meses de aquel año cuando regresaron porque mi madre me hablaba de que asistió a la fiesta de las cruces en mayo, y mi hermana Margarita nació en septiembre de ese año en el valle de Azapa, entonces ya estaban de vuelta acá.

Una vez fuimos a Locumba y mi mamá nos llevó a la casa de esa tía. Estoy hablando de 60 años atrás pero recuerdo que era una casa grande

de puras cañas de bambú, con una sola pieza. Nuestra casa también era de caña con barro, pero más chiquita y limpia. Cuando fuimos, mi hermana mayor y yo mirábamos la casa y nos preguntamos dónde iríamos a dormir, pensamos que en el suelo porque éramos varios. Recuerdo que llegó mucha gente: familiares para la fiesta del Señor de Locumba.

Mi abuela nunca más quiso volver. Ya cuando ella falleció los hijos se vinieron, mis tíos y mi mamá hicieron su vida acá porque nacieron en este lugar. Mi abuela murió en Locumba, pero vino un familiar que dijo *no la vamos a enterrar acá* y se la llevaron a Ilo. Yo no sé si ella era de allá, a lo mejor, Ilo era un pueblo que tenía una calle hacia al mar, una plaza y puros ranchos de caña. Tiempo después fuimos al cementerio con mi mamá y buscamos a mi abuela, ella quería ponerla en un nicho pero yo no fui cuando la cambió, fue mi hermana mayor que ya está fallecida.

Reflexiones finales

A mí me da pena, mucha pena y dolor, porque uno ve cómo sufrieron y padecieron, no solamente mi mamá sino que toda la familia. Nosotras

también porque éramos solas, yo sufrí mucho porque mi papá nos abandonó, muchas veces no tuvimos para comer y mi madre tuvo que hacerlo todo ella sola, además que teníamos un hermano enfermo, estoy muy orgullosa de mi mamá y tengo rabia contra mi padre. Siempre hemos sufrido pero salimos adelante.

Esto debe ser por el contexto y porque somos negros, a mí me han discriminado por mi color de piel y creen que soy migrante, pero yo me hago respetar y si me dicen que soy negra, es porque lo soy, soy descendiente de africanos. A mí no me parece mal serlo, no me molesta ni reniego, no es una ofensa porque soy negra con mucho orgullo.

Creo que hablar de estas cosas es mostrar un reconocimiento de todo lo que hemos pasado, una historia que no hay que negarla sino que más bien hay que contarla, sobre todo para que no vuelva a pasar, para que las futuras generaciones no vivan estas cosas. Es cierto que la vida de uno ha sido sacrificada y a veces da pena contarla, pero es necesario para que otras personas conozcan estas realidades. Y también las autoridades que deberían pensar en nosotros y reconocer nuestras vidas de esfuerzo.

Arturo sosteniendo la
fotografía de su abuelo,
Serafín Arturo Carrasco.



Arturo Carrasco Cortés

Nací el 7 de marzo de 1942 en las salitreras, cuando tenía un año mis padres bajaron a Iquique y ahí vivimos, incluso estudié en el colegio allá pero siempre para las vacaciones nos veníamos a Arica. Mi padre se llamaba Humberto Carrasco Gárate y mi madre Celinda Cortés Cortés. Somos 9 hermanos, yo soy el tercero de mayor a menor.

Mi línea afrodescendiente viene por mi padre y soy quechua por vía materna. Mis padres eran chilenos, él nació en Arica –cuando esto ya era de Chile– y mi madre en La Serena. Mi abuelo era negro, se llamaba Serafín Arturo Carrasco, creo que nació en 1888 en Arequipa, de ahí se vino y aquí se crió. Yo era muy apegado a él, me enseñó muchas cosas.

Tengo 10 hijos, que me han dado varios nietos. Actualmente vivo en Arica, en la calle Esmeralda que es bastante conocida por alojar a afrochilenos. Incluso aquí hay una plaza que es conocida como la *aguada de los negros* porque antiguamente muchos que traían sus productos de Azapa en burro, iban a vender a la recova de abastos y dejaban allí amarrados a sus animales para que tomaran agua. En 1950 mi abuelo obtuvo un terreno acá y es el hogar que he formado.

Criaderos de negros

Mi bisabuela, Dominga Carrasco, era de un criadero de negros del valle de Lluta que pertenecía a Luis Carrasco. Por lo menos yo tengo registrado cuatro criaderos; el de Sánchez, Yáñez, Sabalburu y Carrasco, pero deben haber existido más. Mi apellido proviene de ahí, entonces cuando busqué

mi árbol genealógico, muere en las noches de los tiempos, porque no se sabe qué negros estuvieron con qué negros, al final somos todos mestizos.

Los criaderos eran terribles, la única tarea de las mujeres en ese lugar era procrear. A aquellas que eran fértiles las metían en un cuarto junto a un negro semental, fornido y enorme porque querían una raza grande. Estaban encerrados y los negros obligados, debían tener relaciones con diferentes esclavas y tiempo después se veían puros negritos chicos. El dueño del criadero agarraba a todos esos niños, los llevaba a la iglesia San Gerónimo de Poconchile y en ese lugar los inscribía bajo su nombre y apellido. Este fue un período muy triste y mi familia lo vivió.

Antes los negros eran mercancías, era un negocio tenerlos. Las negras sufrieron mucho porque además eran mucamas, lavanderas, planchadoras, enfermeras, parteras, nodrizas, etc. El patrón abusaba de ellas y si tenían niños, esos hijos quedaban como su propiedad porque todavía no existía la “libertad de vientres”. Por otra parte, los negros también trabajaban arduamente en las minas, campos, cabotajes, tareas más duras en cuanto a la fuerza física. La esclavitud fue un hecho histórico terrible que no debe ser olvidado.

En la “Cédula Real del Derecho Indiano” del año 1500 y en el “Derecho Romano” el negro era una cosa, no era un animal ni una persona. Entonces toda la gente que salía de los criaderos de negros, eran pequeños futuros esclavos.

Autorreconocimiento

Yo toda mi vida supe que era negro. Mi padre y mi abuelo siempre me hablaron del tema, no

renegaban su pasado histórico de ascendencia negra y esclava. Mi abuelo tenía un dicho de que uno tenía que quererse y creerse negro, junto con otras frases de ese estilo, y mi padre también pensaba así.

Sin embargo, siempre nos discriminaron. A mí en el colegio me llamaban: *el negro, curiche, el zambo* y cosas de este tipo. Esto no me pasaba solamente a mí sino que a varios negros. Un día llegué llorando a mi casa, y mi abuelo me decía: *no se enoje, ¿eres rubio, eres blanco, eres verde? ¿No eres negro? no llores, asume y siéntase orgulloso cuando le dicen negro porque somos negros y somos una raza especial. Si tú no te respetas como negro nadie lo hará por ti*, desde ahí, me hice respetar.

Según lo que he leído, los negros venían principalmente del “Cinturón Bantú”, donde hay dos dialectos que se llaman “Ki-Bantú” y “U-mbantú”, que son de los países de Guinea, Nigeria, Angola, Zambia, Congo, Kenia, Etiopía, Sudán, entre otros. Nosotros somos descendientes de ellos. Yo me reconozco orgullosamente como afrodescendiente.

La primera organización en la que participé fue en “Oro Negro”. Aunque comencé a investigar de mucho antes del 2000-2001, años en que comenzó el movimiento político. Actualmente soy presidente de la agrupación “Club adulto mayor afrodescendiente Julia Corvacho Ugarte”, le pusimos ese nombre en honor a una abuela negra del valle que transmitió sus costumbres y mantuvo la cultura, considerada la matriarca de Azapa. También soy presidente de la “Confraternidad”, que se creó hace unos ocho años. Y por último, soy “Tesoro de Humanos Vivos”, por decreto

supremo del gobierno. Eso significa que estoy considerado como una persona que transmite sus costumbres y su cultura a hijos, nietos y niños de la comunidad.

Guerra del Pacífico

Más que Guerra del Pacífico yo la llamaría la Guerra del guano y del salitre. En primer lugar, esto se trata de las oligarquías, tanto la peruana como la chilena. En ese tiempo existía un convenio de Chile con Bolivia para que Chile pudiera explotar el salitre en zonas bolivianas, principalmente en Antofagasta. El 85% de las salitreras funcionaban por capitales chilenos. Por otra parte, el Perú explotaba el guano y era su entrada máxima por la venta de ese producto a Europa y otras partes. Ellos lo sacaban de toda la zona que después perdieron, de Iquique, la isla Alacrán de Arica y la costa peruana hasta el río Loa y un poco más allá. El salitre le estaba haciendo competencia al guano.

Después, Perú hizo un acuerdo y una alianza con Bolivia y les suben los impuestos del salitre a los chilenos. Ahí parte la guerra, ese es el motivo del porqué se da la mal llamada Guerra del Pacífico de 1879. Chile bloquea Antofagasta donde desembarcan y después se la toman, en definitiva lo que hacían era dejar grupos aislados bolivianos. Aquí atacan a Campo de la alianza en Tacna y así queda encerrado Arica, entonces entraron por la mar y así fueron luchando. En Perú esperan los refuerzos de Arequipa que nunca llegaron, por esa razón perdieron. Finalmente lo que logra Chile es quedarse con el salitre, el guano y con mucho más territorio. Llegaron hasta Lima, incluso un tiempo la ciudad estuvo administrada por los chilenos.

Chilenización

En 1883 se hace el Tratado de Ancón, en el que Tarapacá queda para Chile y Arica y Tacna permanecen en disputa hasta la realización de un plebiscito de esa fecha a diez años, pero nunca se llevó a cabo. Fue un proceso delicado y que trajo varias consecuencias a los peruanos que en su mayoría eran afrodescendientes. El plebiscito no se realizó porque había un mediador norteamericano y él lo único que pedía era que Chile devolviera todos los territorios al Perú, pero nuestro país no estaba dispuesto a aceptar eso. También este árbitro denunció los malos tratos que Chile estaba teniendo con la población de la zona, lo que el país negaba. Al final, él tuvo que renunciar y nombraron a otro, pero el arbitraje no sirvió de nada y el acuerdo fue directamente entre los dos países. Esto quedó registrado en el Tratado de Lima el 3 de julio de 1929, en el que Tacna quedó para Perú y Arica para Chile.

Yo no viví este proceso en primera persona pero mi papá y abuelo me contaron lo que ocurrió. Lo cierto es que acá en la zona hubo una chilenización donde botaron a los peruanos.

Para lograr que este territorio fuera más chileno, trajeron reos de la cárcel de Santiago y de Valparaíso, trasladaron a esta zona a los más malandras para que fueran trabajadores. Fueron ellos junto con otros quienes crearon la “liga de la patria”. Ellos salían a caballo, recorrían todo y pescaban a los negros. Buscaban al peruano, pero ¿quién era peruano en esta zona? ¡Todos los negros!, la situación era de que uno se iba o lo mataban. Se dice que cuando te marcaban la casa con una cruz, tú sabías que tenías que arrancar al

otro día, algunos se iban a Tacna pero regresaban por el desierto y llegaban de vuelta al valle.

Las “ligas patrióticas” subían a Azapa a buscar a los negros para traerlos y expulsarlos, pero a muchos no los traían sino que los mataban allí mismo. El Estado chileno los financiaba con el objetivo de chilenizar, porque se suponía que en cualquier momento se haría el plebiscito y debían ganarlo, y si había más peruanos obviamente iban a votar por Perú. Dentro de los relatos escuché que existía un señor, que por cada negro que mataba iba haciendo unas marcas en su casa. Hubo varios que cambiaron su nacionalidad y se declararon chilenos para no tener que abandonar sus hogares y huir sin destino certero. Pero si no hacían eso, uno de verdad tenía que irse porque era mucho peor quedarse acá.

También cuando eran las redadas, los familiares se escondían en los pozos de agua, en acequias o se hacían socavones como cuevas. Esto me hace recordar que dentro de la historia se relata que existían dos negras prostitutas que atendían a los marinos, militares y navegantes chilenos. Ellas se dedicaban a dar aviso, porque escuchaban lo que comentaban esas personas acerca de las patrullas, ellas sabían eso y le avisaban al resto cuando iban a subir, eran como redes de ayuda. Gracias a ello, muchos pudieron esconderse y salvarse.

Igualmente me contaron que hubo varios grupos de peruanos que se los llevaban en barcos y algunos que llegaban allá, eran rechazados y discriminados. En el Perú les decían, *no, estos son chilenos*, así que al final a las afueras de Lima les hicieron una población para ellos. Por esto, se regresaron y cuando volvían tenían que hacerse

chilenos para poder estar con sus familias y regresar a su núcleo.

Tengo conocidos que se fueron a Sama, Locumba, Callao, etc., algunos no volvieron nunca más. También tengo un familiar que está en Locumba, es un caballero que hace de caporal para la fiesta de allá, él era familiar de mi abuelo y tuvo que escapar en esa época. La chilenización separó a las familias. Una de mis tías de la familia Llerena, se fue tiempo después a visitar a unos hermanos que habían partido por la chilenización, y como el viaje es largo de casi un día y medio, apenas bajó del bus se desmayó, le dio un ataque y murió.

Lo más fuerte que le ocurrió a mi familia fue que a mi abuelo lo pescaron en las salitreras y se lo llevaron preso a la cárcel de Iquique. Ahí lo tuvieron durante un año, por lo menos no lo mataron. Todo esto fue porque él era peruano.

Él estaba trabajando en las salitreras y tenía la característica de ser un negro grande, fortachón. Lo que pasó fue que en este período llegaron sureños a trabajar en las salitreras, les llamaban “enganches”. Y no se podía pelear en la calle en esa época pero dieron una ordenanza de que al celebrar el 18 de septiembre sí se podía pelear, era una libertad de acciones y no te llevaban preso. A mi abuelo lo desafiaron a combate, los chilenos no lo querían porque era peruano, negro y además capataz en el trabajo. Y en las peleas tenía una fila de hombres con los que debía combatir, creo que en alguna de esas riñas lo tomaron detenido. Después de estar privado de libertad, no pudo volver a las salitreras y se vino a Arica. Él nunca contó lo que vivió en

la cárcel, pero sí enfatizaba en que lo detuvieron por ser peruano. Finalmente se hizo chileno, porque más que chileno él era ariqueño y de acá no lo sacaron más.

También recuerdo que me contaba que su mala suerte continuó estando aquí en Arica. En la calle 21 de Mayo vivía una familia peruana que se fue porque no soportaban más todo esto y ellos le dejaron la casa para que la cuidara. Desgraciadamente a alguien le contó que estaba a cargo de ese lugar y tiempo después llegaron unas personas con título de propiedad. Mi abuelo no tenía plata para un abogado y tuvo que entregar la casa, en definitiva, se la quitaron.

Otros modos de nacionalizar

A mí no me enseñaron acerca de este proceso en el colegio, yo aprendí todo solito. La historia de los negros siempre ha sido invisibilizada.

Existían varias maneras de chilenizar. Una era cuando se entraba al sistema de educación y también se hacía mediante el ordenamiento administrativo de la ciudad. En el colegio les enseñaban a los niños de la cultura chilena, el himno nacional, etc. Aquí existían numerosos niños pobres entonces vino la masonería de Valparaíso a enseñar y formaron la “liga de los estudiantes”.

Otras formas eran por el servicio militar, de policía y de carabineros. Al igual que todos los servicios públicos. Además los chilenos tenían que demostrar que su administración era mejor en cuanto al desarrollo de la ciudad sino se generaría un mayor descontento social. También hicieron en ese tiempo la “Fiesta de la Primavera”, donde se

elegía una reina, había comparsas y murgas, bailaban mucho la zamacueca.

La “Virgen de las Peñas” también era peruano y todavía muchos vienen para esta celebración. Incluso durante el tiempo de chilenización se prohibió hacer la fiesta porque se reunían los peruanos y eso era malo para los chilenos, ya que podían hacer una rebeldía. Pero después se volvió a celebrar.

Reflexiones finales

Yo me siento orgullo de ser afro, me doy cuenta que ser negro es otra cosa, no estamos ahí no más quejándonos, estamos trabajando. Nosotros hemos sufrido desde que llegamos y también en períodos como la chilenización, por lo que merecemos una reparación histórica y que el Estado nos visibilice, queremos reconocimiento y el Censo, y esto debería hacerse por medio del convenio 169 de la OIT.

Para la comunidad afro la chilenización fue un período de angustias porque el negro sufrió por ser peruano, algunos enfrentaron el hecho de quedarse acá, tener que huir o morir. Nosotros tuvimos la gracia de no sufrir tanto como familia pero igual nos afectó. Es muy importante el relato del abuelo, más todavía si es de corazón y es de boca en boca, no hay engaño. La cultura negra es así, casi todas las enseñanzas las recibimos por transmisión oral.

Nosotros no vinimos a buscar nuevas rutas ni para nuestro beneficio, hay que dejar en claro que al negro se le trajo esclavizado y encadenado, fuimos mano de obra gratis, golpeado y muerto. Uno de mis grandes sueños sería ir a África, porque aquí en Arica tenemos la “puerta sin retorno” donde entraron los negros y después no regresaron a su tierra natal. Entonces en África estaría la otra puerta, por la que ellos salían y ya no volvían más. Espero poder cruzarla para volver a mis raíces.

Luis y una foto de su
juventud jugando a la pelota
con otros negros del valle.



Luis Castillo Maldonado

Nací el 21 de junio de 1944 en el valle de Azapa, en el sector de Pago de Gómez. Yo soy conocido como “Charamusca”, ese es mi sobrenombre, chara es negro y musca significa mosca, ambas palabras en aimara. Cuando era joven yo jugaba a la pelota, era el arquero y cada vez que tenía que atajar un gol, un amigo decía que saltaba como mosca. Todos me conocen así en el valle, lugar en el que nací, en el que siempre he vivido y que es donde van a quedar mis huesos.

Mi padre era Francisco Javier Castillo Barraza, mestizo con sangre italiana y araucana, era blanco e indígena. Él nació en Coquimbo, en la provincia de Combarbalá, pero como era militar lo trasladaron al regimiento de Tacna –cuando era de Chile– y después al regimiento de Arica y de ahí no se fue más. Mi madre se llamaba Claudina Maldonado Sánchez, mujer afrodescendiente, ella era una morena neta de Azapa, era negrita, más negra que yo. Nace el año 1916 y muere el 27 de diciembre del 2010. Mis padres tuvieron 12 hijos.

Mi abuelo materno era Juan Manuel Maldonado, él tenía nacionalidad peruana. Y mi abuela era María Sánchez Oviedo, ella era alta –tendría más o menos 1,80 m– y delgada. Yo la comparo con las fotos que salen en las revistas o documentales de los africanos, son iguales a ella, con los brazos largos ¡era negra, negra! Me acuerdo que siempre andaba con un *tocuyo*, que es un paño envuelto en la cabeza y con un faldón largo hasta los pies.

Mis padres se conocieron por una apuesta que hizo mi mamá. Cuando ella bajaba a Arica a vender

las verduras de la chacra junto con sus amigas, veían pasar a mi viejo y él era un hombre agrandado, bien vestido y varonil, así que entre todas las negras se lo apostaron. Hasta que llegó un día sábado en que mi mamá y sus amigas fueron a un negocio que se llamaba la “Quinta Chile” donde la juventud se reunía a bailar, y ahí se toparon mis padres. Mi mamá y las otras negras trataban de llamar la atención de mi viejo, entonces mi mamá dijo *yo me lo voy agarrar*. Finalmente logró hacerlo, mi papá se fijó en ella y así nació la historia de mis padres.

Recuerdos de infancia

Los tiempos han cambiado, mi infancia fue muy distinta a lo que se vive ahora. Mi mamá cocinaba al mediodía y en la noche, no como ahora, que se toman una tacita de té, un pan y listo. Mi madre apenas llegaba, sacaba lo que traía y se ponía a pelar el pescado, ¡y vamos friendo!, todo a leña, y lo acompañábamos con arroz o ensalada de lechuga. Lo que me llamaba la atención es que nada nos hacía mal, yo creo que eso se debe a que antes la comida era sana. Nosotros teníamos nuestros animalitos, los criábamos y eran sanitos. También me acuerdo que después de la cena mi papá decía *ya, péguense unos saltos por ahí, que vaya a hacer pipí el perro y enseguida se van acostar*. En esa época era todo oscuro, para alumbrarnos usábamos “chonchón”, una lámpara artesanal que prendía con una mecha y parafina, no se conocía la vela, entonces era mejor irse a acostar porque no teníamos nada más que hacer. Al otro día, a las seis de la mañana estábamos despiertos. Andábamos a “patita pelá” porque no tenían dinero los viejos, recién a los catorce años me coloqué por primera vez zapatos.

Yo fui a la escuela de Pago de Gómez N° 9, se ubicaba donde ahora está el agua potable de Altiplano, por el km 6, andábamos a pie pelado y con los pantaloncitos parchados en las rodillas, éramos felices. Yo siempre me sacaba el primer puesto porque era bueno para dibujar. En ese tiempo partíamos en la mañana con tiritón de frío, íbamos con los cuadernos debajo del brazo, antes nosotros en el brazo no más y para que no transpirara le poníamos otro papel más grueso, con eso agarraba. En esa escuela había de todo pero había más negritos morenos de Azapa, también peruanos pero por la chilenización muchos de ellos se tuvieron que ir.

Siempre viví por el sector de Pago de Gómez, en la parcela de los Mozó, nosotros nacimos en esas tierras. Allí mi papá trabajó como unos 50 años y después continué yo, salí de ese lugar en 1986, estuve casi toda mi vida allí. Mi papá era ordenanza, quien cuidaba de sus caballos. Recuerdo que cuando tenía como 15 años empecé a maniobrar el tractor para arar de un señor de apellido Carboni. Desde ahí no me bajé más, pues trabajé también para el señor Víctor Ordoñez quien tenía un tractor arrendado perteneciente a la CORA –Corporación de la Reforma Agraria–. Trabajamos mucho y nos trataban como esclavos, por eso tengo la cintura jodida, eran jornadas largas de diez horas, agrandábamos terrenos para el cultivo, me pagaban apenas 8 pesos la hora, ¡súper poco! Allí no había casas, y si es que había eran de pura caña, entonces donde me pescaba la noche ahí me ponía a dormir yo, con una frazada y un pantalón que llevaba, nada más. Finalmente el frío ya me cabreó, me fui para Azapa y me quedé trabajando donde los Mozó en la plantación de

claveles. Pasado el tiempo me vine a trabajar más arriba y estuve a cargo de otra parcela. Allí me quedé siete años, después me despidieron y de nuevo partí a trabajar donde los Mozó.

Finalmente tuve la gracia de poder encontrar un terreno propio que es en el que vivo actualmente. Aquí vivo con mi esposa María y tenemos tres hijos, lo que me hace muy feliz.

Autorreconocimiento

A nosotros por ser negros nos decían que éramos peruanos. De hecho, actualmente, a veces viene gente del sur y me dice *oiga, usted es peruano, ¿Por qué?*, le digo yo: *¿por mi color?*, y ahí me dicen *no, le pregunto no más*. Yo no soy peruano, pero sí soy negro.

Soy miembro activo y uno de los más antiguos de Lumbanga. Ahí fui aprendiendo y me interioricé en el tema de los negros esclavos que llegaron a este lugar. Me gusta participar en esa organización porque siempre hacemos paseos, incluso tuve la oportunidad de conocer lugares que jamás pensé que iría, como cuando fuimos a conocer la comunidad afro de Bolivia. Somos una organización bastante cercana, todos mis hijos participan en ella, a quienes les he inculcado el respeto a su cultura, a sus ancestros y que esto lo sigan difundiendo.

Mi papá me conversaba que éramos de raza africana pero nunca me lo confirmó. Después cuando ya fui más grande y empecé a participar en la agrupación, ya cambió la cosa. Ahí pude entender muchas cosas que antes no se hablaban tanto.

Chilenización

La historia que voy a relatar son los recuerdos que contaba mi madre de su familia. Una de las historias más fuertes que nos ocurrió como familia fue que mi abuelo Juan Manuel Maldonado tuvo que viajar a Perú con sus cuatro hijas, entre ellas mi mamá, María, Juana y Regina. Se fueron a caballo por la frontera, por los cerros, para no ser capturados, debieron huir debido a una orden que dieron los chilenos de que tenían que salir todos los peruanos de Arica. Todo esto fue en el tiempo que se iba a realizar el plebiscito.

Llegaron hasta el puerto del Callao, la verdad es que no sé cuánto tiempo estuvieron allí, nunca me hablaron mucho de lo que vivieron en ese lugar pero me imagino que no debió ser muy bonito. Por otra parte, mi abuela se queda en Azapa porque se encontraba inmovilizada, ella estaba cieguita así que una tía llamada Maximiliana Oviedo se hizo cargo de ella. Lo triste es que la familia se dividió y eso fue fuerte para nuestro núcleo central.

Mi madre nos conversaba que antes andaban los *pacos* chilenos con sus carabinas persiguiendo a los peruanos. Ellos se metían a las casas a sacar a la gente, todos se escondían debajo de las camas y se acurrucaban con mucho miedo. Los *pacos* en sus caballos recorrían todo el valle con sus faroles, la gente arrancaba asustada y muchos se escondían rogando que no los encontraran. Pero después cuando se dio la orden que ya nadie más se podía ir, tuvieron que acostumbrarse a ese miedo que los chilenos los trataran mal, no tenían muchas opciones.

Mi mamá nos contaba que a los chilenos que venían del sur a vivir acá les decían los “vende patria”, pero no era nada así la cosa porque ellos igual estaban obligados.

Mucha gente se tuvo que ir de acá y dejaron los terrenos botados. Cuando Arica cambió de Perú a Chile, se hizo una ley donde se le prohibía tener bienes a los extranjeros, por ejemplo a los peruanos y bolivianos, porque era un lugar fronterizo. Entonces los más poderosos se empezaron a tomar los terrenos que no estaban inscritos en Bienes Nacionales de Chile. Ellos llegaban e inscribían como si fueran de su propiedad, sin importar quiénes eran los reales dueños. En esa época fueron los Mozó, una familia chilena quienes se adueñaron de casi todo Azapa.

En esos años también prohibían todo lo que fuera una manifestación de las tradiciones de Perú, ya sean reuniones, bailes y todas las cosas que se hacían antes en los carnavales. De hechos en específico no me acuerdo, pero sé que hubo mucha prohibición de cosas netamente peruanas. Todo eso se tuvo que transformar en cosas que hicieran alusión a Chile, no al Perú. Se celebraban solo las fiestas patrias chilenas, en las que se cantaba el himno de la guerra y con el tiempo se creó el himno de Arica.

Por otro lado, mi abuelo no pudo devolverse porque en el tiempo del plebiscito no los dejaban entrar. Él regresa cuando las cosas ya se habían calmado y se da autorización que todos los peruanos podían volver, la que se hace porque muchos querían venir a ver a sus familias, las casas que habían dejado, sus chacras, animales, etc. Esto ocurrió cuando Tacna ya no era de Chile.

El plebiscito era cuando se dividieron las tierras entre los dos países, fueron ellos mismos quienes decidieron, jamás participaron los pobladores de acá. Me contaban que en 1924 hicieron el trazo y recién en 1929 entregaron Tacna, y Chile se quedó con Arica.

Mi mamá llegó hasta el puerto del Callao, pero luego tuvo que regresar porque en ese país también estaban devolviendo a todos los chilenos. En el tiempo del plebiscito, el Perú dijo *todos los chilenos tienen que irse* y acá Chile dijo *todos los peruanos van a tener que irse*. Ella vuelve a Chile con 12 años, regresó para la época del plebiscito en barco, pero volvió sola junto con tres hermanas. Mi abuelo junto con la tía mayor llamada María, se quedaron en el Callao, porque ella trabajaba en la embajada de Inglaterra y su jefe que era el cónsul no quiso que se viniera y la nacionalizó como peruana. Cuando llegó mi madre, la recibió en el valle una tía de apellido Chamorro, ella se volvió a reencontrar con su mamá pero no se quedó viviendo a su lado. Luego la tía Maximiliana Oviedo la recibe y mi mamita se quedó a vivir con ella hasta grande. Mi mamá nunca me habló de cuando estuvo en el Callao, solo sé que ella se hizo cargo de una hermana y ya después se volvieron, pero allí no sufrieron tanto porque en ese lado atacaban más a los hombres que a las mujeres.

Consecuencias

Mi mamá contaba que el valle cambió mucho, muchas familias no regresaron y perdieron sus parcelas por dejarlas encargadas y se las agarraban los poderosos, como anteriormente le contaba. Las familias que sí volvieron fueron los

Bravos, los Corvacho, los Jumire y los Carrasco. Bueno, a mi familia también le quitaron tierras, porque llegó otro más pudiente e inscribió la parcela allá a su nombre y cuando llegó mi abuelo le dijeron: *chao, no tienes nada aquí*.

Pero ¿a quién vas a reclamar?, los peruanos no tenían derecho acá. Mucho tiempo después se ha reconocido que los peruanos pueden volver a tener las tierras, esto fue parte del proceso de la Reforma Agraria, que establecía que todo peruano podía inscribir la parcela al nombre que tenía antiguamente. Esto sucede el año 1955-1958 aproximadamente, me acuerdo porque yo era joven y escuchaba la radio con mi papá donde hablaban de la reforma y del CORA (corporación de la reforma agraria).

Virgen de las Peñas

Yo soy devoto de la Virgen de las Peñas. La historia cuenta que un negro mientras estaba pasteando, le tiraron una piedra en la espalda y cuando se da vuelta ve a una paloma volar, la que se posa arriba de la roca, y él no podía entender qué ocurría. Al otro día le pasa lo mismo, se sentaba en la misma posición, le tiraban una piedra en la espalda y la paloma volvió a volar y a posarse sobre la misma roca. El negro fue a mirar qué pasaba ahí y cuando se acerca dice que estaba tallada la figura de la Virgen.

Entonces, él después conversó con un cura y lo llevó a caballo para allí y cuando llegaron, el cura vio y pudo comprobar que era verdad. Desde ahí dicen que la Virgen es la protectora de los negros, eso es lo que a mí me conversaron, lo que me dijeron los viejos de antes. Entonces, ahí el cura la

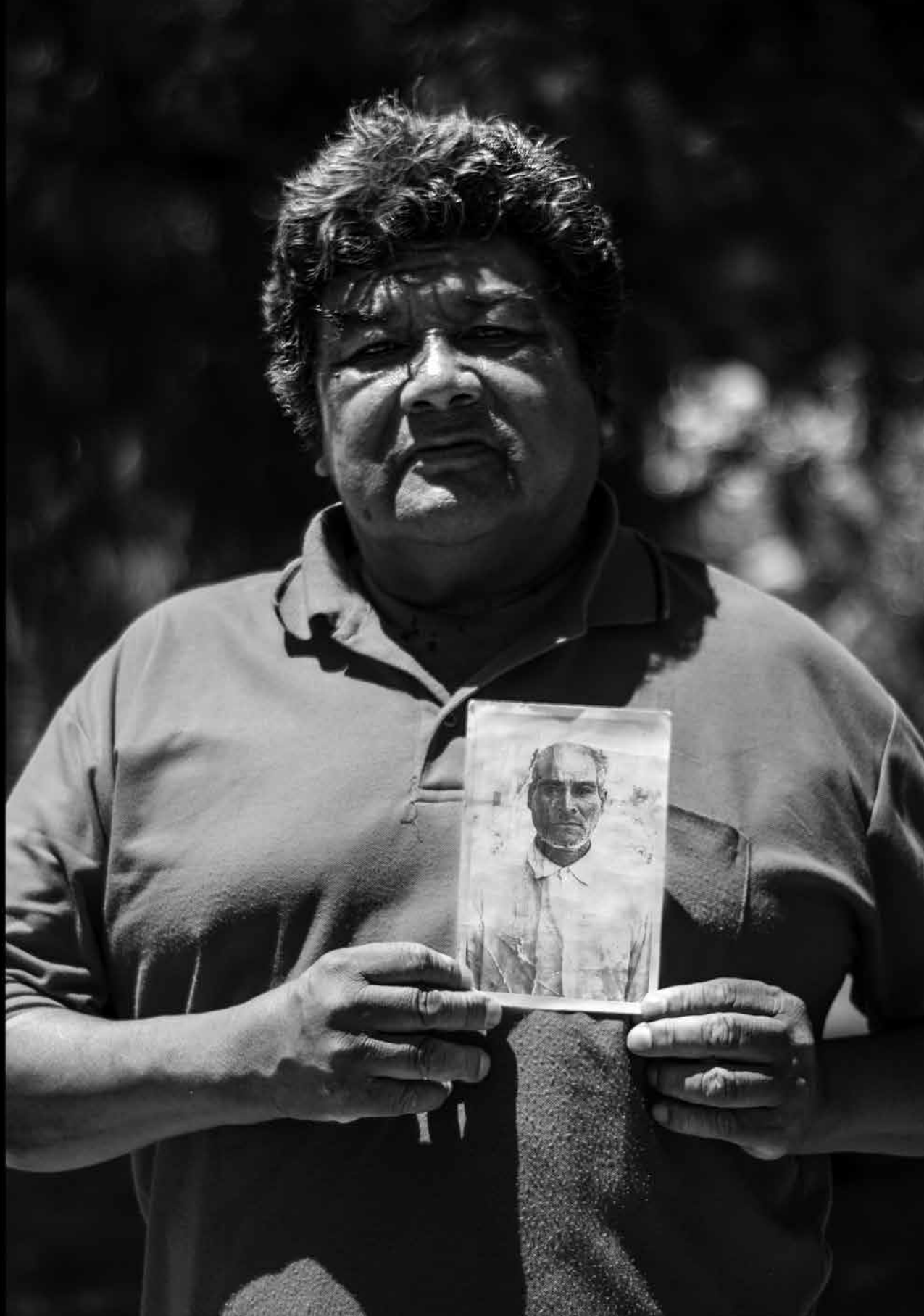
bendijo, esto fue en octubre y se arma la tradición de la fiesta grande. Después hacen que coincida la celebración con el día de la virgen del Rosario, el 8 de diciembre, esta es la fiesta chica.

Para la fiesta grande vienen más peruanos, ellos tienen mucho comercio en esa fecha, y para la fiesta chica viene más campesinado. La gente que se quedó viviendo en Tacna ya no viene por la distancia, aunque algunos continúan asistiendo. Ellos van ahora a la iglesia de Sama donde tienen una réplica de la Virgen de las Peñas. Allá en Sama son puros negros, y los negros somos devotos, así que ellos armaron esa réplica en ese nuevo lugar para poder venerar su fe.

Palabras finales

Yo de la historia no sé mucho pero siento que es como que la estuviera mirando, me imagino el proceso. A pesar de que no sé datos concretos históricos, sí he leído un poco y he visto diferentes reportajes donde muestran cómo llegaron los esclavos a estas zonas tan lejanas a sus tierras. Llegaron con los españoles y me causa admiración de fuerza, pero sí me da mucha tristeza de que el gobierno no nos tome en cuenta. Nosotros fuimos forzados a venir, independiente de los países a los que llegamos, aquí fuimos esclavizados, encadenados y nadie nos reconoce.

Alejandro y la foto
de su tío "Agapito".



Alejandro Simón Chambes Salas

Nací el 5 de enero de 1952, vengo de una familia afrodescendiente. Me dicen “Cachiche” porque era muy bueno para comer y según mi mamá me parecía a un caballero que trabaja en los cañaverales que le decían así.

Mi bisabuelo era José María Estoraica Rosas, nació en Azapa en tiempos del Perú, era peruano y Jesusa Albarracín fue su esposa. Antes era común el apellido Albarracín, incluso en el valle estaba el sector de los “Albarracines”, pues su familia vivía ahí. Ambos eran muy negritos y tuvieron 4 hijos: mi abuela Valentina, Juan, José María “Agapito” y Antonia Estoraica. En esos tiempos no había fronteras y Valentina se casó con Agustín Salas de Moquegua, tuvieron seis hijos y sobrevivió solo mi mamá, Epifanía Salas Estoraica, quien aún fue peruana por nacer en 1929, justo en el plebiscito. Ella se casó con mi papá de origen aimara, Federico Chambes Nina, del valle de Codpa. De ahí viene la generación de los que aún estamos vivos, las razas se mezclaron si yo ya soy mestizo.

Estoraica no es un apellido africano sino que los esclavos adoptaron el del patrón. Viene de “Estoraze”, pero era más fácil llamarte Estoraica. Ya nadie tiene ese apellido, está en extinción, mis tíos hombres no tuvieron descendencia y murieron solteros, además mucha gente de la familia se fue escapando a Sama o Lima en Perú por lo del plebiscito.

Nuestra familia trabajaba como medieros o arrendatarios, mi mamá nació de hecho en una hacienda que era peruana: “Hacienda Grande”.

En ese tiempo había mucha mano de obra, el 90% eran negros. Mi abuelo se dedicó a vender leña, hacía carbón y la llevaban al puerto, pues en esa época los barcos andaban a vapor y era el combustible. También se dedicaba a la agricultura de zapallos, camotes y caña de azúcar.

En Azapa las familias más pudientes tenían trapiche, molienda de caña y cultivos que se regaban con puras vertientes. Ahora no existe ni una por la sobreexplotación en la ciudad pero había hasta en Arica, cerca del casino, ahí estaban Las Chimbas donde se cosechaban puras verduras. Yo me acuerdo que mi mamá me llevaba a pasear a la ciudad y el agua llegaba debajo del Morro, las embarcaciones tenían que ir en lancha para transportar la mercadería.

Cuando niño fui pastor de chivo, los más ricos tenían cultivos pero la mayoría se dedicaba a la ganadería. Mi mamá hacía queso para vender y mi papá producía y tomaba “Pintatani”, un vino artesanal de Codpa. No me quejo que pasé hambre porque si faltaba carne había un chivo o una gallina. También fui labrador de caracoles a trato, me pagaban por vuelta que daban para el riego tendido, me gane la vida así.

Brujería

Antiguamente la gente nacía, vivía y moría en torno a la brujería, estaba muy arraigada en el pueblo afrodescendiente. Si una familia peleaba con otra, para vengarse recurrían a los brujos que hacían hechizos. Mi tío Apago decía que las brujas se convertían en animales, en ese tiempo eran muy nombradas, era un oficio como el de las parteras.

A mi mamá le contaron que su padre Agustín Salas era muy apuesto y mujeriego, gustaba de todas las negras y en venganza le hacían mal. En la hacienda donde vivía existía una acequia comunera que cada cierto tiempo había que limpiar, entonces los negros se juntaron durante el día y encontraron muñecos con alfileres clavados, dijeron que era brujería. Mi abuela también murió de eso, según mi mamá la estaba peinando cuando una lechuza le empezó a bailar en la cabeza, le pegó unos palos hasta que no dio más y empezó a vomitar sangre, así falleció.

Mi mamá se crió con su abuelito José María hasta los 14 años, fueron tiempos difíciles. Como parte del machismo a los hombres no les gustaba que las mujeres aprendieran en la escuela. Mi mamá quería leer y escribir pero mi abuelo le decía que era para mandarles cartas a los novios. Se arrancaba igual para la escuela donde una profesora le enseñaba, así aprendió a leer. Además le regalaba zapatos y ropita pues tenía una hija de la misma edad y mi mamá andaba a “patita pelada”. Ella nunca tuvo un apoyo, nadie le habló de sexo y a los 14 años se embarazó de mi papá.

También una vez una señora le regaló unos pescados a mi mamá, ella los cocinó y al rato había gusanos que entraban y salían del pescado. *¡Bota eso, que no sabes que esa vieja es bruja!*, le dijo mi papá, pero como mi mamá comió un poco se enfermó. Tuvo que irse a ver con un brujo a Sama que se fue de acá. Llegaron donde un negro alto que le hizo una curación: le pasó un huevo por el cuerpo mientras rezaba, luego lo quebró y salió negro. Era una limpieza y mi mamá se sintió mejor. La gente no iba antes a los hospitales, si los brujos eran los consultorios, curaban a base de

hierbas como también había otros que trabajaban con maldad.

A mi papá también le hicieron brujería. Murió a los 40 años en el hospital pero no le encontraron nada. No quería morirse, lloraba porque estaba dejando seis hijos. Al morir le cantó una canción a mi mamá, un vals peruano que se llama “Engañada”. Durante el entierro hubo una fiesta con animales para que la gente pudiese comer. A los ocho días de velar, se quemó su ropa, era una tradición de todos cuando moría alguien en Azapa pero se ha ido perdiendo. Mi mamá quedó viuda con seis muchachos.

Chilenización

Mi bisabuelo nació en 1869 y para la “Guerra del Pacífico” tenía nueve años. En ese tiempo el ejército de Chile estaba acampando en las Machas mientras el Morro estaba lleno de soldados peruanos. Yo hago chistes de que el comandante le decía a sus soldados: *Usted no van a ir a comerse los chivitos de los negritos, déjenlos tranquilos*, pero eso fue mentira, él me contaba que el ejército chileno se comía los animales de la gente, se violaban a las viejas, niñas y hasta niños. Arica era el triángulo de operaciones porque la población criaba sus animalitos y el ejército hambriento se los comía. Esto era un motín de guerra así que los negros arrancaron, algunos se fueron a Sama y no regresaron por el terror a los chilenos, por eso hay tanto negro allí. Siempre se les dijo “los chilenos”, como los pascuenses dicen los “continentales” o los mapuches “huincas”. Mis bisabuelos se ponían a llorar con este tema, ellos le contaban a sus hijos y a su vez ellos me contaron a mí, si esto no sale en la historia de Chile, eso de

los derechos humanos no existía ni se hablaba en esos tiempos.

Mucha gente se fue para Perú y el valle quedó muy abandonado, quienes más se quedaron fueron los Corvacho y Estoraica. Mi familia arrancó para la sierra, mi bisabuelo tenía dos carabinas que usaban para cazar guanacos y allí estuvieron sobreviviendo hasta el término de la guerra. No sé a qué parte exactamente se fueron pero me han contado que estuvieron como cinco años, luego regresaron a Azapa, aún quedaban algunos parientes aquí. Empezaron a integrarse a este programa de la “chilenización” pero aún había persecución, esto era como un muro de Berlín: Arica seguía siendo peruano y Tacna de Chile.

Mi tío Agapo me contó que su papá le relataba cómo fue esa época, venían casa por casa con carabineros y les preguntaban: *¿Usted quiere ser peruano o chileno?*, si uno decía “peruano” tenían que irte o te sacaban a la fuerza, por eso marcaban las casas.

Mi bisabuelo optó por ser chileno, el Estado de Chile le dijo que si se quedaba le iban a dar la nacionalidad pero lo engañaron, nunca se la dieron y murió como peruano. Lo hizo porque pensaba que le iban a dar tierras, pero no fue así, no le quedó otra que trabajar y después compró a un primo de su señora: Ciriaco Albarracín. Ese caballero tuvo miedo entonces le vendió y se fue. Había un terrorismo de Estado donde a los negros los trataban como perros entonces los que se querían ir vendían barato las tierras.

En ese tiempo el Estado formó la cooperativa “Caja Juan Noé” para entregar tierras que

eran peruanas. Yo pienso que podrían haberle dado parcela a mi bisabuelo pero les dieron a todos menos a los peruanos: a gente del ejército, jubilados del ferrocarril, algunos de Iquique pero que no eran agricultores. Ahí comenzaron a llegar croatas o italianos como Gardivic y Lombardi. Muchos se aprovecharon de que los negros no leían ni escribían, que no tenían papeles ni sabían que al tener una parcela había que inscribir o pagar contribuciones, entonces estos señores solicitaron al fisco las tierras y ahí se quedaron. Los Gardivic eran comerciantes exitosos en Arica y los negros cambiaban terrenos por un saco de arroz o de azúcar, les decían: *pon el dedo acá en las escrituras* y los fueron engañando. Los europeos les quitaron todas sus terrenos a los negros, la historia verdadera es así.

Yo creo que eso pasó por la ignorancia y racismo porque solamente los blancos tenían derecho a estudiar, un negro no. Mis tíos contaban que en Arica los discriminaban, no podían entrar a un colegio porque no era para negros, entonces mejor se quedaban trabajando en la chacra, en el cañaveral y en la molienda.

Fueron muy mal mirados los negros, si por eso siempre escuché decir que *había que mejorar la raza*, pero ¿quién iba a casarse con un negro? Había mucho racismo. Una negra tenía la opción de casarse con un chino o un boliviano. Los chinos llegaron en tiempos del Perú, para la guerra del 79 quedaron libres. Unos se fueron a Iquique, algunos a Antofagasta y otros a Azapa, si de esa generación son los que quedan por acá. Las malas lenguas dicen que yo mismo tengo un cruzamiento con chino.

Lo de la dictadura fue lo mismo que antes, tampoco nadie hablaba de derechos humanos.

Servicio Militar

A mis tíos Agapo y Juan se los llevaron encadenados a hacer el servicio militar. En esos tiempos los carabineros tenían unos trajes con una leva larga como los soldados de Bernardo O'Higgins, entonces cuando venían a buscar contingentes, los negros gritaban *¡viene la leva!* y se escondían en los cañaverales para que no los pillaran.

Mi tío Juanito me contó que él se fue a meter a la casa de una polola que tenía y cuando llegaron los pacos los encontraron encamados. Se lo llevaron engrillado, con una cadena y una pelota de fierro amarrado del pie al retén que había en las Maytas. Cuando el bisabuelo fue a buscarlo ya lo tenían arriba del barco –junto con otro montón de negros– rumbo a Copiapó y eso que el regimiento más cercano estaba en Tacna. Como mi tío trabajaba en la chacra, una vez allá lo mandaron de estafeta donde un capitán que tenía huerto, los otros fueron soldados de combate y se los trajeron cumpliendo el año.

Mis tíos eran peruanos pero luego del servicio militar fueron chilenos. Después vinieron de nuevo a reclutarlos como reservistas porque ocurrió la revuelta que hubo en la pampa, lo de la gente que murió en la “Escuela Santa María” de Iquique. La matanza ya había pasado pero los llevaron a apaciguar al movimiento obrero minero, los embarcaron en un barco a vapor y tiraron para las salitreras. Mis tíos contaban que estuvieron como un año esperando en una oficina salitrera en Sapiga, ahí debían patrullar. Después

se quedaron trabajando en la oficina, al año se vinieron de vuelta a pie, echaron como cuatro días y solo llevaron unas botellas de agua y sopapillas. Trabajaron en un vallecito que se llama Kiuña y de ahí se vinieron para los trapiches y cañaverales.

Colegio

Mis tíos no sabían leer porque nadie se interesaba en enseñarles. Fue en tiempos de la chilenización cuando el Estado se comenzó a preocupar de mandar a los niños al colegio, en realidad obligarlos, hasta en mi época porque si yo no iba la profesora me mandaba a buscar con carabineros a la casa, venían a caballo así que nosotros teníamos miedo de no ir.

Yo iba a la Escuela-15 en San Miguel, esa sí que es antigua, era una pieza no más. Recuerdo que nos pasaban historia de Chile, como obligándolo a uno a aprender cosas. La señorita Aidé, nuestra profesora que era del sur, nos enseñaba canciones chilenas: tonadas, cuecas, poesías. Me acuerdo que nos hacían recitar canciones del país, por ejemplo para el 21 de mayo, el 7 de junio, el 18 de septiembre. Ahora no vemos eso, antes había más “chilenidad”. Ya después, cuando esto se fue pasando, igual no más empezaron a cantar huaynos.

Identidad olvidada

Yo me acuerdo que antes el negro era muy denigrado. Si el patrón mataba un animal la carne era para él y al negro le daban las vísceras, guata, hígado, asadura, cabeza y le regalaban el cuero que servía como colchón, yo dormía así. Recuerdo

que mi mamá también nos hacía colchones de chalapo, juntaba las hojas de maíz y llenaba un saco, le cosía la boca y eso era donde dormían los negros, el patrón no más dormía en uno de algodón.

Una vez estaban arreglando el agua potable en San Miguel y frente a la iglesia encontraron varios cuerpos de negros enterrados pero cuando llegó la máquina arrasó con todo. Eran cuerpos que estaban desde tiempos de los esclavos, yo vi uno que era grande, otro estaba envuelto en una frazada y se le veían sus piecitos negritos. Había otro con las manos atadas, tiene que haber hecho algo, quizás andaba robando, ¡Qué triste!

Yo he tratado de buscar pero como que los afrodescendientes no tenemos identidad. Somos descendientes de africanos pero no somos como los aimaras o los mapuches que ellos sí saben cuáles son sus raíces, a nosotros nos hicieron olvidar. La verdad es que a veces yo me siento acá como un intruso, pues nos trajeron y si nos quedamos acá haciendo patria el Estado tendría que haberse hecho cargo de nosotros, de todas nuestras generaciones, pero nadie lo hizo. Por eso todas las agrupaciones están luchando para que nos reconozcan como etnia.

Desafortunadamente esto de los afros vino a interesarnos ahora, cuando ya todos han partido, si las últimas generaciones somos nosotros.



Sulema sosteniendo un
retrato de sus padres,
David Corvacho y Manuela
Améstica.

Sulema Corvacho Améstica

Nací el 24 de octubre de 1928. Me casé con Mario Morales Rojas, ariqueño, y tuvimos 10 hijos: Eliana, Orielle, Verónica, Mario, Alejandro, Jaime, Hugo, Ximena, Oscar Alberto y Oscar Armando.

Mi papá se llama David Corvacho Ugarte, afrodescendiente, no recuerdo qué año nace pero muere en 1940, cuando yo tenía 12 años, era un hombre tranquilo que le gustaba compartir con la gente y conversar. Mi padre nos contaba que él era negro pero acentuaba que era africano, recuerdo que relataba que venían de Lluta y que decía que los negros llegaron a ese lugar amarrados, con los pies encadenados.

Mi madre es Manuela Améstica Salas, ella contaba que era “media china”, incluso tenía los rasgos asiáticos, muere en 1944. Mi mamá tenía 14 años cuando se emparejó con mi padre, era menor de edad, entonces para estar juntos mi papá se la robó.

Mis padres son de Azapa, vivían en el sector conocido como “El Gallito”, ahí mi papá arrendaba una chacra y trabajaba la tierra. Ellos tuvieron 14 hijos, Eugenia, David, Francisco, Teresa, Andrés, Jorge, Armando, Víctor, Rosa, Jorginia, Luisa, Zulema, Santos y Ángel. Yo soy la número 11. Nosotros vivimos en Azapa hasta que mi padre falleció, luego yo me fui de ahí en búsqueda de trabajo.

Fui a la escuela de Pago Gómez, ahí las profesoras eran buenas, pero había una que cuando no le llevaba la tarea pescaba una yusta, que

eran esas varas que se ocupan con los caballos, y nos pegaba, eso pasaba cuando los chiquillos no hacían caso o se ponían a jugar. Los papás daban su consentimiento y le decían a la profesora que les pegaran a sus hijos si se portaban mal. Recuerdo que las profesoras nos querían mucho, iban a la casa a conversar con mis papás, eran las señoritas Yolanda y Violeta Becerra, ambas trabajaban en Azapa y nos enseñaban las canciones nacionales. Yo me arrancaba del colegio porque no me gustaba jugar con los niños. También, cuando no quería estar ahí la profesora me mandaba a cocinar, pero no era un castigo sino que los que nos portábamos bien podíamos estar allí.

Como mis papás fallecieron jóvenes, mis hermanos tuvieron que salir a trabajar. Yo empecé lavando los platos, las ollas y cocinando por aquí y por allá. Trabajé donde una señora como su empleada, yo era muy pequeña y no sabía cocinar, tendría como 15 años. Un día la señora me dijo: *Sulema, hace un estofado* y le dije *señora perdone, cómo se hace un estofado, yo no sé cocinar nada*, entonces la señora me dijo: *la carne se echa picadita, con la cebolla, la zanahoria...* Ella me ayudó en todo, luego se sorprendía de que yo había llegado sin cocinar nada y poco a poco fui aprendiendo.

Yo recuerdo que mi papá dejaba cocinando a mi mamá o a mis hermanas mayores, mientras los menores teníamos que ayudar a trabajar en la chacra, mi padre hacía los hoyos y nosotros le echábamos las semillas de maíz. Trabajamos todos juntos, los días sábados cuando no había clases, los hermanos trabajaban fuerte y duro. Cuando las verduras ya estaban grandes y maduras, mi papá nos levantaba a la una o dos de

la mañana para entregarlas a los camiones, era muy sacrificada la vida en Azapa, sobre todo en el campo.

Autorreconocimiento

Mi papá nos contaba que él provenía de los africanos que llegaron a Arica con cadenas, no sé de qué parte venían, pero los asentaron en Lluta y ahí se fueron todos los negros a Azapa.

Yo después me fui enterando más de esa historia cuando empecé a participar en el movimiento por los derechos en las organizaciones “Oro Negro” y “Tumba Carnaval”. Estuve participando en las comparsas, bailando 11 años en total, toda mi familia ha participado de esas agrupaciones acá en Arica. Nosotros, por la organización, hemos viajado mucho para que la gente sepa de dónde venimos, hasta he conocido el sur, Valparaíso y Santiago. Nosotros los negros llevamos el baile en la sangre, cuando escucho los tambores me encanta, uno se mueve de forma inmediata.

Chilenización

Yo sé muy poco de la historia de mi padre porque a él no le gustaba hablar, ni contar cosas de su época. Él mencionaba que en Tacna había mucha gente chilena que después pasó a ser peruana, decía que ese tiempo fue como estar en la guerra. Mi papá estuvo en la guerra cuando estaban los “cholos”, que eran los peruanos, ellos querían agarrarse esta tierra. Era una guerra entre los chilenos y los cholos, incluso los chilenos llegaron hasta Lima pero les dijeron *hasta aquí no más*, mi papá se iba de aquí a pelear a Tacna, porque él quería más tierra.

Mi papá nunca quiso irse a vivir a Perú, él tenía todo en Azapa, su chacra, por eso a él no le importaba que fuesen de Chile. Alguno de sus hermanos se decidió por partir a Perú. También uno de mis hermanos, Santos, se fue a Ilo, él quería irse para allá porque teníamos familia, entonces una sobrina de mi papá lo invitó, le gustó y se quedó.

Lo que recuerdo es que mi papá solo estuvo en Tacna, cuando las cosas estuvieron complicadas, pero a él no le gustaba vivir allá, en Azapa él tenía a su mujer y sus tierras con hartos animales. Entonces cuando se decía que tenían que votar para elegir si ser peruano o chileno prefería quedarse con Chile, siempre supo que Arica no se entregaría a Perú y aunque viniera alguien a obligarlo él no se iba a ir.

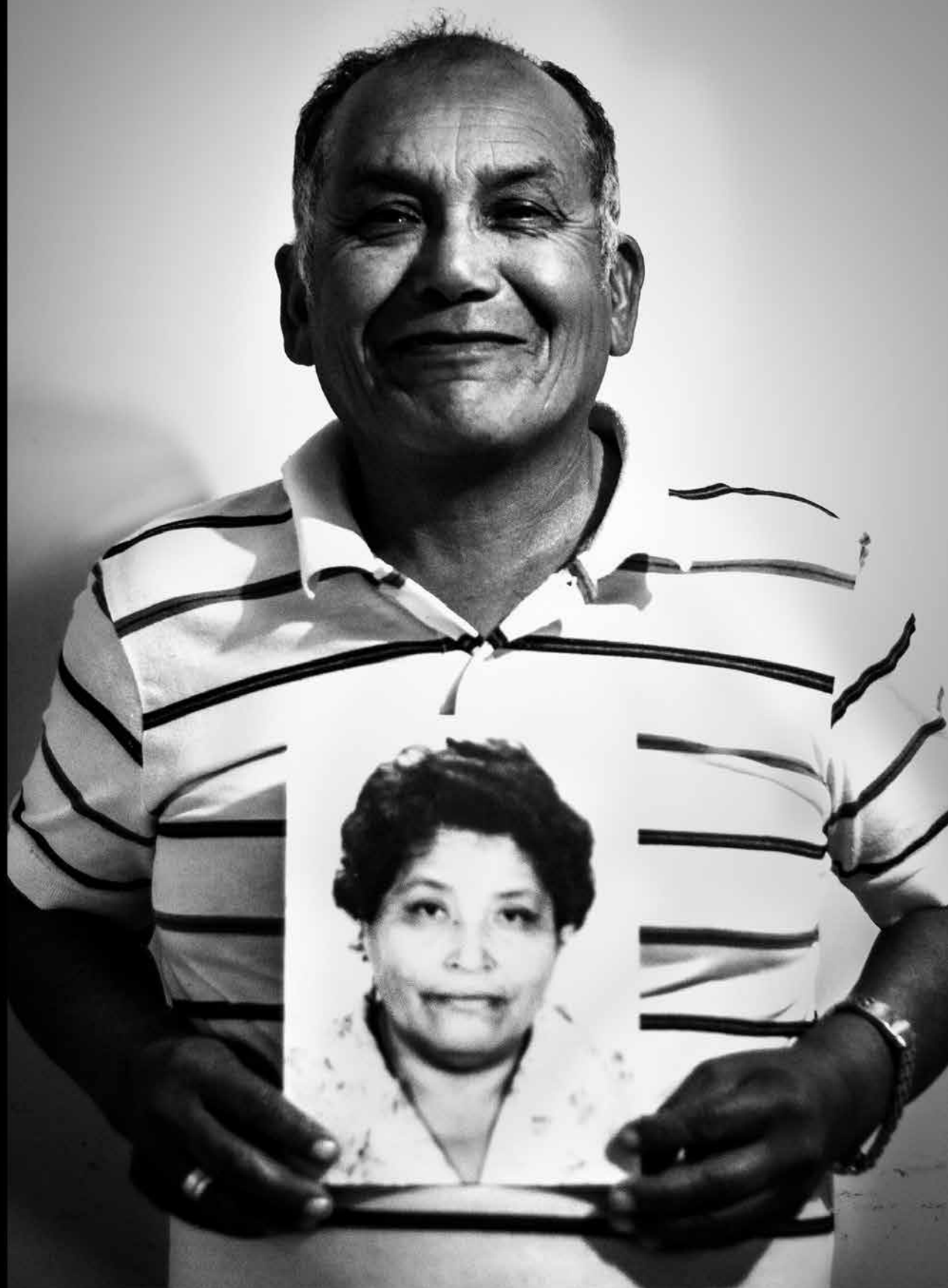
Al terminar la guerra en Tacna se vinieron todos los negros y se instalaron, encontraron sus casas y terrenos en Azapa, pero pasó que algunos perdieron sus tierras por haberlos dejado botados. También hubo mucha gente chilena que no quiso irse de Tacna cuando lo devolvieron al Perú, así que decidieron ser peruanos.

Cuando mi padre se robó a mi mamá se dice que los policías lo andaban buscando porque la familia de mi madre quería que ella partiera a Perú, era una relación prohibida, mi abuelita no lo quería. Ellos se escondieron, cuentan que muchas veces tuvieron que ocultarse en unos cántaros o barriles, cuando pasaba la policía se metían dentro y pasaban horas en silencio. Finalmente esto se terminó cuando mi mamá quedó embarazada, ahí la familia ya no pudo hacer nada para impedir que ellos siguieran juntos.

Reflexiones finales

Antes no se hablaba de los afrodescendientes y tampoco había bailes para presentarnos, no se nos invitaba diciendo *vamos hacer un baile, necesitamos a gente negra*, pero ahora se busca a la gente afro. Antes decían puras cosas malas de los negros, por eso yo creo que está bien que actualmente se nos considere y que se vayan

viendo nuestras raíces. Los bailes son un avance para que todos seamos iguales, por ejemplo si veo a un indígena y yo estoy en una comparsa, lo veo ¡y lo tengo que sacar a bailar!, él tiene que moverse igual como se está moviendo el negrito, entonces pasa que usted ya se metió con los negros por medio de la música y del baile, es una integración.



Nelson y la foto de su madre, Juana Butrón.

Nelson Corvacho Butrón

Nací el 16 enero 1953 en Azapa, en el sector del Albarracín. Soy hijo de Víctor Corvacho Moreno y Juana Butrón Corvacho, ambos eran afrodescendientes nacidos en Azapa. Mis papás eran primos, cuando se juntaron se fueron a Lluta porque la familia no estaba de acuerdo, pero cuando volvieron ya estaban emparejados.

Mis abuelos maternos son Julia Corvacho Ugarte y Felipe Butrón Bustamante del pueblo de Timar. Mi abuelo paterno es Mariano Corvacho Ugarte, moreno de Azapa y mi abuela Elyazar Moreno Arauco nacida en Tacna, Perú. Mariano es el hermano mayor de Julia Corvacho, ellos son hijos de Juana Ugarte con Manuel Corvacho, mis bisabuelos. Mi abuelo Mariano nació en Lluta. En un documento que tengo dice: *Marino Corvacho Ugarte, nace en Lluta, Perú*, y al tiempo la familia se va a Azapa.

Criaderos de negros

Los esclavistas dejaron a los negros en Lluta, a algunos se los llevaban a Chíncha, ya que en Arica se vendía lo mejor, por eso el negro peruano es más alto y maceteado, los chicos quedaban acá no más, no los vendían, no era negocio.

En Lluta existieron los criaderos de negros, ahí ponían a un semental con una mujer y los obligaban a procrear, los mejores se vendían igual como los hacen con los animales.

Las familias no relataban estas cosas porque a los antiguos no les gustaba que se casaran entre

negros, yo lo escuché muchas veces de mi abuelos. Decían *hay que aclarar la raza*, porque no querían que uno sufriera la discriminación que habían vivido, ellos lo pasaban muy mal con eso. Pero aunque haya mezclas los genes están igual, ellos podían casarse con un blanco pero les salían los rasgos negros.

En Lluta ellos sufrieron la esclavitud, fue terrible, fueron golpeados y los vendieron. Ahora nosotros estamos bien, pero no hay que olvidar que se perdió mucho, sobre todo la parte cultural y de las costumbres principalmente porque no contaban su historia. En Perú eso se mantuvo.

Autorreconocimiento

Mucho antes de que partiera el movimiento yo me reconocía completamente como afrodescendiente. Esto viene desde mis abuelos, pero ellos no sabían de dónde venían, su historia era corta, lo más antiguo que llegué investigando fue a mis bisabuelos. Entonces, ellos no tenían noción de su lugar de origen, habían perdido los apellidos y no quedaban rastros de su historia.

En los bailes de morenos siempre se visten de blanco, eso era porque los negros no tenían ropa, entonces como en esos tiempos llegaba la harina en saquillos, la ocupaban para hacer pantalones y camisas.

Hay que aclarar que el único que se asentó en Azapa fue el negro porque soportaba el calor, la malaria o “la terciana”, como le decía mi papá porque estaban con frío. Nosotros recién entre 1950 y 1960 veíamos al aimara que se vino a trabajar a Azapa, venían de pastor a cuidar animales

y después aprendieron la agricultura del valle. Cuando empezó el tema de las etnias, ellos ya estaban en Azapa, entonces ahí se reconocieron como aimaras.

Recuerdos de Azapa

El valle de Azapa es muy distinto de lo que fue en el pasado. Antiguamente las mujeres vendían lo que se sacaba de las chacras, bajaban de Azapa hacia Arica. Las frutas que llevaban era la guayaba, ciruela, pacay, caña de azúcar, zapallo, choclo y camote, a puro burrito no más, desde el kilómetro 8 donde se asentaban los Corvacho. Ahora ya no se cultivan esas verduras, el olivo está terminando, es un valle que cambia, ahora está el tomate y la semilla transgénica.

Hasta San Miguel llegaba el pueblo, los Baluarte estaban en la parte alta de Azapa porque los negros se asentaban en las vertientes, en los sectores donde está el gallito, el socavón y la media luna. De las vertientes ellos sacaban agua para el regadío y sus plantaciones, por ejemplo los primeros negros tenían plantaciones de algodón. Por lo que yo sé, la producción se acabó porque salió el sintético y ahí se cambia el rubro del valle a la caña de azúcar. Eso lo contaba mi papá, que trabajaba día y noche en los cañaverales y en las moliendas, de ahí sale el guarapo, un licor a base de caña de azúcar.

Mi mamá estudió en el colegio las Maytas, y mi tía Siria en el de Pago Gómez, el que tenía sus medios se iba solo a pie. Eran puros negros los que estaban en los colegios, eran muy pocos los aimaras. El aimara estaba en la precordillera y cordillera, solamente bajaban a hacer comercio,

lo hacían con sus llamos. Venían a la costa a entregar el orégano, la lana, traían la leña y la yareta, después ellos compraban sus cosas y se llevaban la mercadería por quintales. Mi abuelo a veces los atendía porque venían de Putre y se quedaban uno o dos días. La gente aimara cuando llegaron acá no quería hablar su lengua, porque así no notaban que eran indígenas y no eran discriminados. Ahora no, eso es distinto, en los mismos colegios les enseñan, perdieron esa timidez.

La parte afro recién se está dando a conocer, cuando nosotros empezamos en la organización “Oro Negro” con los bailes, los viejos ya bailaban de antes, no es que los rescatáramos sino que se muestran de manera masiva con el ritmo de ahora, por eso hacen coreografías como si sacaran la aceituna pero eso es creado, son ritmos para presentar en actividades. En el “ño carnavalón” se canta una canción tradicional que dice *¡Tumba carnaval! ¡Carnaval de Lluta!*, esa melodía la recitaba mi abuela Julia. A raíz de esto uno saca la conclusión de que los primeros negros estaban asentados en los criaderos de Lluta porque el tumba carnaval nace ahí y no como dicen ahora en la canción *carnaval de Azapa*, *¡tumba carnaval!* Antiguamente esto se celebraba con puros tambores improvisados, los cajones aceituñeros y tarros mantequeros más las guitarras, en las parcelas se armaba el bailoteo que consistía en tumbar las caderas, se bailaba en círculo.

Chilenización

Todo lo que voy a contar pasó en la época de chilenización, cuando estaban haciendo tomas de terreno las tropas chilenas en toda la región de Arica.

Se habla mucho de las historias que dicen que acá estaban las “ligas patrióticas”, estos grupos se conformaban por civiles que defendían el dominio de Chile en Arica, aunque dicen que en Tacna también se formaron. Ellos marcaban las casas con una cruz para amenazar a las familias peruanas y obligarlas a retirarse de la zona, eso fue terrible. Pero hay que decir que había informantes peruanos que conocían a los chilenos, entonces esas personas ayudaban y pasaban el dato a los que estaban en peligro, así podían esconderse. Cuando llegaban los chilenos a las casas ya no había nadie, se arrancaban.

Lo otro que contaba mi tía Trinidad Llerena es que el gobierno de Perú puso un barco, el *Ucayali* y se llevó a los que no querían ser chilenos a Perú, al puerto del Callao. Pero qué pasa, es que a ellos los recibieron mal, su misma gente los molestaba y no había trabajo, entonces también se generaba mucha pobreza. El Estado peruano les prometió que como peruanos iban a tener tierras y trabajo, o que después iban a recuperar sus territorios, pero nunca pasó.

Mi abuelo Mariano no quiso irse, él quería ser chileno. Las tropas chilenas se lo llevaron con todos sus hijos a la salitrera Santa Laura, ahí le dieron trabajo y techo. Los peruanos no podían estar acá en Arica, en la misma tierra que los chilenos porque podían pasar información, así que de aquí los sacaron para evitar el contacto. No sé cuántos meses estuvieron y después regresaron. En este momento Mariano se separa de sus hermanos, él se va solo con sus hijos y su hermano Julio se fue al Perú. Mi tía era la que me contaba que ellos se fueron en un vapor –así le decían a los barcos antiguamente–. Él vuelve de forma

normal después de un año a trabajar a su chacra y aunque ya era conocido por las tropas no tuvo problemas. Él quiso ser chileno por sus tierras.

Yo de casualidad supe una historia en la que estaba implicado mi abuelo Mariano, resulta que hace un tiempo se hizo el lanzamiento de un libro donde se investigó a los afros en Arica y se consiguieron documentos del archivo de Arequipa. Ahí salía que Julio Corvacho y Mariano habían asistido a la fiesta del siete de junio de la toma del morro. Estaban los chilenos celebrando y cuando llegaron les dicen: *peruano tal por cual, qué te viniste a meter a esta fiesta chilena*, los trataban de peruanos denostándolos, pero mi abuelo Mariano era maceteado así que los agarró a golpes y finalmente se lo llevaron detenido. Es que los negros son peleadores, no se dejan pisotear.

Existe el rumor de que un familiar fue declarado “persona no grata” para el Perú. Él informaba a los chilenos dónde estaban asentados los peruanos, les pasaba información y ahí empezaron a pintar alguna de las casas del valle, con la cruz. Este tío decía *en esa casa tanto, en esa parcela tanto* y después las tropas chilenas se dejaban caer en el lugar. Mi abuela contaba que una amiga peruana, la chimbotana, le avisó que iban a pasar tal día las tropas de la chilenización. Entonces lo que hacía mi abuela –y la mayoría de las familias amenazadas del valle– era irse al río a esconderse, podían estar todo el día en los matorrales esperando que todo se calmase.

Pero las tropas no se tiraban a cualquier casa, estando marcada ellos sí o sí llegaban, porque en ese tiempo también habían italianos y croatas, Perú tenía hartas familias migrantes europeas, los

Lombardi, los Mozó, por ejemplo, y a ellos no los hostigaban.

Hay una historia famosa de Juan de Dios Corvacho, él vivía en Las Maytas y dicen que se escondió en un pozo de los chilenos. Era la única forma de arrancar, era como una guerra, llegaban los chilenos y significaba *vamos corriendo*. Y no era tanto que se escondieron de los militares, sino que eran civiles que andaban revolviendo todo, había mucho miedo, algunos se fueron y muchos no retornaron.

La mayoría de los que se fueron eran agricultores que se asentaron en Tacna, pero en la parte que se llama Sama, se fueron a pie hasta allá y se ponían a trabajar en las chacras. Muchos se llevaban su plata y escondían las escrituras de las propiedades, dejaban todo enterrado y luego partían al Perú. Muchos familiares se fueron al Callao, la familia Llerena, nuestros parientes que están en Camaná, cerca de Arequipa. Los Corvacho están principalmente en Sama.

Hubo gente que dejó encargada sus tierras, como la familia Sucesión Cornejo, pero ellos las perdieron, nunca alegaron por sus tierras, a pesar de que podían reclamar, ya que en el tiempo del plebiscito había una ley que apoyaba esa causa porque pasó que muchos ariqueños estuvieron largo tiempo en Tacna, entonces ellos podían volver e ir al cónsul a legalizar las tierras.

Los plebiscitarios

Había un grupo de hombres y mujeres, los “plebiscitarios”. Era gente peruana que aún seguía en Arica y hacían campaña para que en la supuesta

votación triunfara Perú. A todos los plebiscitarios el gobierno del Perú le dio tierras en Tacna. Incluso en Tacna los plebiscitarios peruanos hacían desfiles para las fiestas patrias, en Arica no se veía tanto eso. Los primos que quedaron en Tacna dicen que allá se hizo una reunión donde se iba a hacer una votación para ver si se devolvía a Perú, pero que quedó “la crema” porque se pelearon todos. A Chile no le convenía esa votación, porque eran pocos los chilenos que estaban allá, entonces la votación quedó en nada. Cuando Estados Unidos interviene, hace que Tacna quede para el Perú y Arica para Chile. Pero también muchos peruanos que salieron de Arica tenían la esperanza de que se devolviera aquella ciudad, porque siempre se lo prometieron, se decía que Perú recuperaría Arica.

Uno escuchaba historias de cuando la familia se juntaba, por ejemplo en las fiestas patrias, porque la familia de Perú viajaba para las fiestas chilenas y nosotros a la de ellos, llegaban todos a la casa de la abuela Julia. Aunque muchas veces el tema era complicado porque generaba conflictos, ya que había mucho resentimiento, ¡que el morro, que la Guerra del Pacífico!

Mi madre nació justo el 29, ella contaba que ir al colegio era muy sacrificado, tenían que cruzar el río, con todos los primos. Ella llegó hasta segundo y tercero básico, les enseñaban los himnos y lo principal era leer y escribir, sino los castigaban.

Cruz de mayo

Mi abuelo Mariano contaba que una vez las tropas chilenas iban por el valle, por el camino antiguo que era por la orilla del cerro. Él tuvo que arrancar hacia donde estaba la cruz, se la encomendó y no

lo vieron. Podía tener problemas, las tropas chilenas eran gente violenta, que discriminaba a los negros y por ahí no tenía dónde esconderse porque es todo plano, a pesar de eso no lo vieron, los chilenos pasaron de largo sin percatarse de su presencia, fue un milagro de la cruz. La “cruz de las ánimas” se llamaba y mi abuelo se comprometió a venerarla. Mis tíos y toda la familia también lo hacían. Después ellos murieron y quedaron a cargo de la cruz unos padrinos, que son los que se preocupan de la ceremonia. Y después fui yo a rescatarla.

Actualmente es una forma de reunir a la familia en torno de lo religioso, cuando se baja la cruz llega toda la familia. Se comparte y se hace una comida que se arma con puras cooperaciones de familiares. Viene familia de distintos sectores de Azapa y Arica, pero también de Perú como la familia de la tía Simona de Tacna, ellos ahora viven en Lima pero igual van a algunas fiestas como a la “Virgen de las Peñas”.

Reflexiones finales

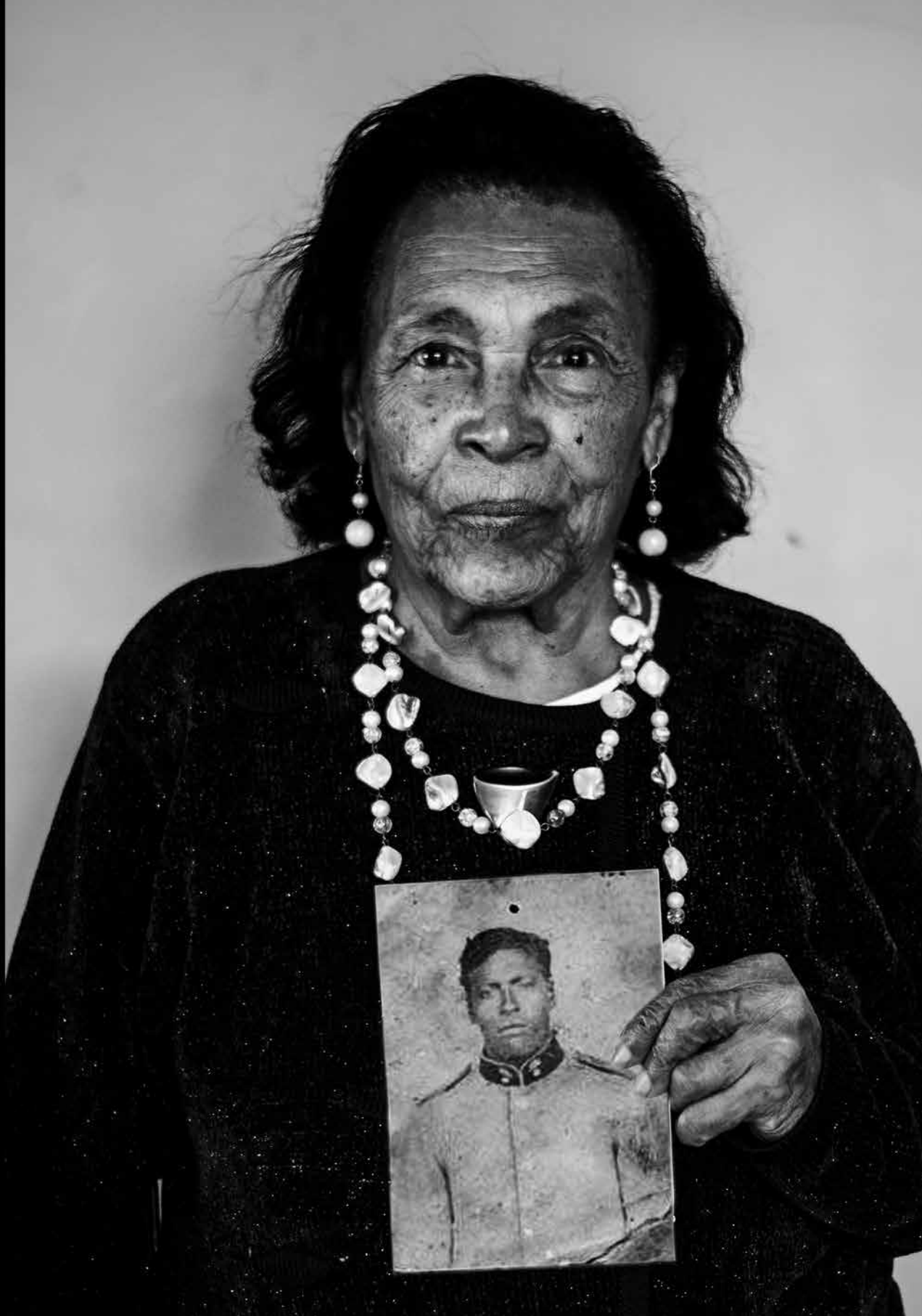
Yo ahora me encuentro alejado del movimiento porque no he visto de parte del gobierno decir

palabras que nos van a reconocer. Pero uno lucha por esto, ojalá algún día tengamos apoyo educacional y agrícola porque nosotros hemos aportado a la cultura chilena. Políticamente no he visto nada, muchos enganchan con los bailes, pero yo digo que se olviden de eso, ¿qué imagen tenemos en Santiago? solo la de los buenos para bailar.

Nuestros antepasados sufrieron, porque nosotros ahora estamos bien, pero imagínense los del pasado, los que no se vinieron porque quisieron sino que los trajeron. Pero acá yo tengo mi propia opinión acerca de este tema, si bien es real que ellos sufrieron porque les cambiaron la vida, perdieron su cultura, su lengua, hay que pensar en qué hubiera pasado con nosotros en África, el sufrimiento y la hambruna, yo estaría allí sufriendo por muertes, crímenes y el hambre.

En cuanto a la chilenización para mis antepasados fue algo caótico, a ellos les tocó lo peor porque justo estaban en el lugar, ni siquiera estaban combatiendo, ellos eran inocentes y sufrieron mucho, sobre todo los que tuvieron que irse, desde ahí las familias se vieron obligadas a dividirse.

Guillermina y su padre
Saturno Flores vestido con
uniforme del ejército militar.



Guillermina Flores Corvacho

Mi nombre es Guillermina Flores Corvacho. En mi acta de bautismo dice que nací el 25 de julio de 1927, en Ilo, Perú.

Mi papá se llamaba Saturno Flores Cornejo, más conocido como “Macho Flores”, le decían así porque le gustaba mucho pelear, ¡como los gallos de pelea!, era amiguero pero se enojaba con facilidad, a pesar de eso fue buen papá, se preocupaba de que no nos faltara nada. Él se dedicó más a la chacra y a los caballos en el valle de Azapa, cuando era del Perú. Fallece el año 55, con 75 o 80 años, aproximadamente.

Mi papá y mamá eran de Azapa, ambos eran afrodescendientes. Mi mamá se llama María Corvacho Sansoro y sus padres María Sansoro Tapia y Bartolo Corvacho Corvacho.

Mi abuelo paterno, Juan de Dios Flores Cornejo era del lado indígena de los diaguitas. Él estuvo en la guerra, lo sacaron de Tarapacá y cuando tenía unos 14 años lo mandaron a Arica para que peleara, pero se escapa porque no quería matar gente. Mi abuelo con su hermano cuentan que se escondieron para el lado de Livilcar donde está la Virgen de las Peñas, cuando ya pasó todo, ellos se fueron a Azapa. Ahí conoce a mi abuela, Manuela Cornejo Ríos, a ella le decían “Niña”. Mi abuela era negrita, ¡bien “motuda”!, no le entraba el agua para adentro.

Nosotros fuimos nacidos y criados en el campo, lugar donde la vida siempre fue dura. Teníamos que trabajar bastante cuando éramos chicos en

la chacra, teníamos que madrugar y alimentar siempre a los animales, mi abuela nos decía: *primero tienen que darle de comer a ellos y después ustedes*. Recuerdo que cuando no teníamos pan comíamos maíz tostado y a veces lo molíamos en un batán para hacer el ulpo. Ese era nuestro desayuno junto con la leche de las cabras, bien nutritivo. Nosotros comíamos bien aunque no teníamos mucho dinero, no pasábamos hambre porque teníamos de todo en la chacra.

Mi mamá bajaba a vender a burro sus cosechas hasta Arica, era “comerciante”. A veces yo la acompañaba, mientras ella entregaba la mercancía que traía de Azapa, vendía leña, caña de azúcar, zapallos, choclos, porotos verdes, maíz, etc. Todo se cortaba en pedazos que se amarraban con totora. De Arica se llevaban mercadería también a Azapa, como aceite, géneros, entre otros.

Autorreconocimiento

Yo me reconozco desde pequeña como afrodescendiente aunque antes no se usaba ese término sino que nos decíamos morenos o negros. Creo que fue algo bueno cuando empezó el movimiento porque antes estaban todos como escondidos y les costaba reconocerse, el negro estaba oprimido, entonces ahora como que hemos resucitado, estamos presente y tenemos derechos.

Yo llevo como 20 años de presidenta del club de adultos mayores de mi barrio, y antes no se imaginaba nadie que una negra podía mandar al resto pero aquí somos todos iguales, siempre me reeligen. Esto demuestra que ha disminuido la discriminación porque ahora los negros están por todos lados, incluso en la municipalidad.

A mí la gente me respeta y me tienen mucho cariño.

Yo he participado en el movimiento afrodescendiente y ahora estamos tratando de organizar un comité de afros adultos mayores para no perder nuestras raíces. Actualmente pertenezco a la organización “ONG Lumbanga”.

Nosotros hemos estado aquí hace mucho tiempo, en el valle todos éramos negros. En tiempos de la esclavitud, mi abuela materna me contaba que su abuela tenía una cicatriz que se la vio hasta que murió, era una letra que estaba puesta con fierro caliente igual como lo hacen con los animales. Dicen que así marcaban a los esclavos traídos de África y aquella letra debía ser la inicial del dueño, para que se supiera que ya tenía, así que ella debió ser una esclava. Acá trabajaban mucho los negros en la caña de azúcar y algodón.

Chilenización

Mi papá mandó a toda la familia a Perú a un lugar seguro porque acá estaba todo muy peligroso, era el tiempo de la “chilenización”, cuando Arica se lo tomaron los chilenos después de la guerra. Él se quedó en Azapa para ver cómo dejar las chacras, para que no se las agarraran los “bachiches”, como le decían a los italianos, quienes llegaban con hambre de apoderarse de todo en el valle para trabajar el campo.

Mi padre siempre contaba una historia, él decía que se quedó porque tenía que vengar lo que habían hecho y la muerte de un amigo suyo del valle. Mataron a muchos en esa época, decía que *los chilenos vinieron y los mataron*, no solo a ese

amigo sino que a varios de sus conocidos también, entonces mi padre tenía esa rabia en su ser. Los mataban porque era como estar en guerra, se ensañaron con los negros que eran más jodidos, incluido mi papá que era considerado como rebelde y por eso le agarraron “pica”.

Entonces mi papá con otro amigo iban a vengarse, se escondieron en una zanja en la noche. Los pacos salían en la noche y les ponían a los caballos unos trapos en las patas para que no metieran bulla, iban despacito. Mi papá y su amigo, se metieron por las chacras y cuando los pacos pasaron por un camino angosto, ellos se lanzaron encima. Ahí venía el paco que más mandaba en Azapa, mi padre decía que *¡un indio negro!*, que era *un indio renegado*, oriundo de acá y que se lo llevaron al sur y después de nuevo lo trajeron, porque él ya conocía bien el lugar. Entonces, con rabia, lo pescó y lo tiró a la acequia, ahí lo agarró del cogote hasta que lo ahogó. Él no sabe si vivió o se murió, si no que vio que no se movía, apretó cachete y se fue con los otros amigos. Nunca supo si es que había muerto o había quedado vivo.

A los que atacaron eran parte de la “policía montada”, les decían así porque andaban a caballo, no había carros en ese tiempo. Ellos salían a buscar peruanos, muchos tenían que esconderse en los cañaverales para que no los encontraran y así podían salvarse. Eran muy malos ellos, recuerdo una historia de una tía abuela a la que le pegaron, la azotaron porque ella dijo *que no se iría de acá, que la sacarían muerta de sus tierras* y con la penca le empezaron a golpear, le quitaron la ropa y la dejaron ensangrentada, todo esto lo justificaban diciendo que ella se

había puesto atrevida y tenía que respetarlos. Mi papá vio todo eso, entonces más cosas se le iban juntando en su rabia.

En la misma noche del ataque a la policía se fueron a pie por la orilla de la playa hasta que llegaron a Ilo. Dice que pasaron penurias grandes, no tenían agua ni comida, de Tacna para allí, había pastores que andan pastando ovejas y que ellos les daban agüita, queso, charqui y también maíz tostado. Ellos los socorrieron, le llenaban su alforja y le decían *ya, sigan caminando por la orilla del mar, no se desvíen por los cerros porque allá se pierden, se apunan y de ahí tienen que llegar a Ilo*. Les contaban a los pastores que ellos eran peruanos, pero que se escapaban de Chile y que iban para el puerto de Ilo, así que ellos mismos los encaminaban y les indicaban cómo tenían que seguir. Más allá estaban los pastores del valle de Ite y se repetía la historia.

Mi papá contaba que cuando llegaron, toda la gente que se había ido de acá salió a recibirlos, fue grande porque eran como cinco o seis los que andaban con él y a ellos también los estaban esperando.

Ucayali

Nosotros nos fuimos con mi abuelo, pusieron un aviso que iba a venir un barco que se iba a llevar a todos los peruanos que quisieran irse gratis. Es el barco que puso el presidente peruano Augusto de Leguía, el *Ucayali*, el que iba parando en los puertos. El barco estaba lleno, lo que más quería la gente era irse, muchos se fueron hasta el Callao porque hasta allá llegaba, así que los primeros que bajaron fueron en Ilo, después se fueron

quedando en Mollendo, en Pisco y finalmente en el Callao.

En la nave se fue mi mamá con tres hermanos; Lalo, Berta y Manuela. La abuela por parte del papá ya había fallecido. Y mi abuela por parte materna se fue para Sama. Mi abuelo –el que peleó en la guerra– se llevó a todas sus hijas, porque él decía que tenía que cuidarlas para que los “cachacos” no las tomaran y violaran. Los cachacos eran como los que ahora le dicen pacos, pero ellos no eran uniformados, era gente mala que mandaron del sur para que sacaran a los peruanos y obligarlos a que se fueran, pero la gente no quería irse ni dejar su tierra, les hacían una cruz en la puerta, ese era el aviso que dejaban, los que no se iban los mataban. A mucha gente cercana les ponían la cruz, a mi papá no se la pusieron porque le dieron el aviso y dijo que se iba a ir, como él mandó a toda su gente antes, quedaba él no más.

Ilo

En Ilo, mis tías llegaron a trabajar a un hotel de lavandera, mi mamá cosía para los chinos, porque allá había muchos, así que ahí tenían que trabajar porque no había otra alternativa y mi abuelo ya estaba viejito. Como eran recién llegados allá, no les daban trabajo así no más, porque también en Ilo los discriminaban. A los chilenos los acusaban, les decían *no, si estos son chilenos renegados, ¡váyanse pa' su tierra!*, pensando que los que partían para allá eran chilenos. Así que estaban entre la espada y la pared, nos decían “los despatriados”, y era verdad, porque como que no teníamos patria en realidad, si nos botaban para allá y después nos despedían para acá, obligados a venirmos e irnos de un lugar a otro.

El regreso a Arica y la discriminación

Mi familia decide volver a Azapa cuando las cosas estaban más calmadas, porque ya había pasado lo del plebiscito que no se hizo porque dicen que faltó más gente chilena, había más peruanos que sureños, la gente del sur no quería venir porque se corría el rumor de que acá estaba la fiebre amarilla, la malaria o también llamada “terciana”. Finalmente no se hizo el plebiscito sino que un tratado.

Mi padre quería ser chileno para recuperar sus tierras, de hecho hizo el servicio militar acá, creo que antes de irse a Ilo. Yo pienso que él retorna cuando estaba seguro que Arica era de Chile, por eso mismo se enroló en el servicio militar chileno. Él quería Azapa porque había nacido acá y uno quiere la tierra donde nace, si las tierras se compran en cualquier parte donde uno vaya pero el lugar donde él nació era impagable, tenía toda su juventud, sus recuerdos y su familia.

Se vino mi papá primero a recoger sus chacras que le había dejado a un italiano, pero no se las devolvió todas, se quedó con una, con la más grande. Le dijo que se quedaba con la chacra porque él la había cuidado, pero el italiano vendió toda la yunta de bueyes, los animales, se hizo rico y no le dio casi nada a mi papá. Todas las cosechas de mi familia que quedaron del año que se fueron a Perú se las quedó él, dice mi papá que estaban listas para recoger las aceitunas pero las tomó el italiano. De ahí, el italiano fue viendo que era negocio eso y se fue quedando con tierras de muchas personas de Azapa. El italiano llamado Ismael Gandorfo era reconocido porque vino a hacerse “la América” al valle.

Una vez que estuvo arreglado todo lo de las tierras, mi papá mandó a llamar a la familia y se vinieron mis abuelos con mis tías. La familia había crecido, porque mi mamá ya tenía más hijos, éramos seis y después acá nacieron dos más, fuimos ocho en total. Cuando volví yo tendría unos tres o cuatro años, porque de algo me acuerdo: unos tíos que llegaron a esperarnos acá al muelle nos llevaron a Azapa y pasamos por el río a caballo. Recuerdo que por el galope de los animales, salpicaba el agua y nos mojaba, eso es lo tengo grabado. Pero no recuerdo cuando salimos de allá de Ilo y nos embarcamos, bueno eso ya no era gratis sino que se pagaba.

La misma gente que se había escondido y que no se había ido, salieron a recibirnos. Porque ya estaba todo más calmado. Lo que sí había era discriminación, había mucha gente que era del sur que eran racistas, le llamaban los “aventureros”, que venía para acá sin trabajo y sabían que acá estaba “la papa”, llegaban y se agarraban todo, les daban terrenos en cualquier lado. El gobierno daba de sus tierras porque les convenía que viniera gente del sur para acá. Los chilenos que iban llegando discriminaban a los negros, les decían “cholo negro”, y lo que molestaba era la palabra “cholo” más que todo, porque no lo éramos. Negro no importaba porque ese era su color pero “cholo” era muy feo.

Eso pasaba también cuando yo iba en el colegio en Arica, pero era peor, no se podía venir un negro a estudiar de Azapa para Arica, lo pasábamos mal, nos pegaban y botaban. Los niños se juntaban una patota y decían *a la salida del recreo le vamos a pegar a este, pa' que no venga más*, y así los echaban.

Mi mamá se fue por segunda vez a Perú, pero no a Ilo sino que a Sama con mis abuelos. Se llevó a mi hermano mayor y a la guagua María, se fue embarazada de otro hermano que nació allá. Entonces se separaron mis padres porque él era muy borracho y quedamos solos. Ahí en Sama la mayoría de la gente era negra y no había discriminación.

En Arica, ser negro era ser peruano, porque en ese tiempo no existían los cubanos ni los brasileños acá. Todos los negros eran azapeños y los de Lluta también. Más bien los que eran cholos o indios serranos eran los que estaban para arriba, en la frontera con Bolivia. Y del valle para acá abajo eran todos negros, sobre todo acá en Azapa.

Yo me quede acá con mi papá y mis hermanas. Me acuerdo que en el colegio nos enseñaron el himno chileno, me pasó varias veces que cuando las profesoras hacían que nos formáramos, yo me confundía y cantaba ...*somos libres...*, el himno peruano. También cantábamos el himno del 21 mayo de cuando habían ganado la guerra. ...*cantemos las glorias marcial, el pueblo chileno...* era obligatorio cantarlo y todos los días teníamos que

saludar a la bandera y después comenzamos a cantar el himno nacional. Me acuerdo que teníamos que ponernos en filas, a nosotros con mayor razón, porque nos decían que éramos peruanos y como ahora estábamos en Chile había que aprenderse la canción chilena.

Yo me vine a Arica a los 14 años a la ciudad, mis tías me trajeron porque me quedaba sola en Azapa. A ellas les importaba mucho que nosotros aprendiéramos a escribir, que nos educáramos, decían que lo principal era saber firmar y escribir su nombre, para demostrar que teníamos educación.

Reflexiones finales

Estos son mis recuerdos, que ya no son los mismos de antes pero aún están en mi memoria, a veces me da mucha pena acordarme de esas cosas porque sufrimos mucho. Sin embargo, es importante contar esta parte de la historia porque muchos no la conocen, no saben de lo que hemos vivido los negros desde que nos trajeron a estas tierras. Fue dura esa época en la que si no nos íbamos nos mataban, todos los días debíamos ver si nos pintaban la cruz.

Lucía junto con un retrato
familiar; abajo sus padres
Antonia Estoraica y Mariano
Huanca, arriba sus hermanos
Silveria, Siriaco y ella.



Lucía Ana Huanca Estoraica

Nací el 25 de septiembre de 1936 y vivo en el km 17 del valle de Azapa.

Mi madre se llamaba Antonia Estoraica Albarracín, era una peruana de pelo crespo, “negra neta” como decimos acá, nació y vivió en el valle. Mi padre Mariano Huanca Beltrán era boliviano e indígena, él migró de su país a la edad de 10 años y se crió en el valle de Lluta. Se dedicaba a la crianza de animales; caballos y vacas, también sembraba maíz y otras cosechas.

Mis padres se conocieron durante la juventud, se enamoraron y se casaron en 1930. Después él trabajó en la mediería, por lo que estuvimos viviendo por muchos sectores; desde Alto Ramírez hasta el km 14. Mi madre también salía a trabajar, además de ocuparse de las labores del hogar, ella fue una de las conocidas “comerciantas”, las que se iban en burro desde el valle a la ciudad de Arica a vender frutas y verduras. Mi abuelo materno era José María Estoraica Rosas, él crió a mi mamá y a todos sus hijos –de los cuales sobrevivieron tres de los doce– porque mi abuela falleció en el parto junto con su último hijo. De los hijos quedaron mi tío Juan, Agapo y mi mamá.

Mis recuerdos de niñez comienzan entre risas y juegos con mis hermanos –Siriaco y Silveria– y con los burros que teníamos; el “Roto” y el “Poroto”. Los tres somos morenos y tenemos el pelo motudito. El terreno donde vivíamos no era de nuestra propiedad, mi papá trabajaba para el dueño y este le cedía un pedazo de terreno

para nosotros. Después mi abuelo juntó dinero con la venta de carbón y fue quien finalmente compró el terreno donde vivo actualmente. Yo era muy apegada a él, recuerdo que tenía un rancho que estaba hecho de caña –tejida por él mismo–, ahí comíamos todos los domingos “picante de guatita”. También me acuerdo que tenía corderos, burros y chivatos, siempre había leche en su hogar. A veces faltaba el té y mi mamá me decía *¡vaya a buscar tecito de la acequia!*, y yo traía unas piedras chicas que calentábamos en el fogón, cuando la piedra estaba bien caliente, le echábamos azúcar y eso le daba el color, a aquella preparación le llamábamos “cherere”. Tengo hermosos recuerdos de mi niñez junto con mi familia, de juegos, alegrías y risas aunque no teníamos mucho dinero la comida nunca nos faltó.

Estudios en Arica

Primero y segundo básico lo hice en el colegio de Azapa, pero después tuve que migrar a la ciudad, donde fui a la “Escuela Modelo” hasta sexto. Fue en ese momento donde mi vida cambió y dejó de ser todo bonito, porque en esa ciudad extraña y ajena me empezaron a molestar en primer lugar por venir del campo y, en segundo, por mi color de piel. Mis compañeros de curso se encargaron de hacerme vivir del llamado *bullying*, me decían: *Llegó la negra curucha*, y yo me ponía a llorar en un rincón.

Esto lo experimenté en Arica, nunca en el valle porque allá todos éramos morenos y nadie se cuestionaba el color de piel. Mi salvación fue mi profesora jefe quien me ayudaba y retaba a los niños, ella me enseñaba con dedicación pero aun así no pude salvar el año y repetí.

Además, mi gran dolor continuaba en la casa donde alojaba. Mi madre creyendo que quedaría en buenas manos, me encargó a mi madrina de la primera comunión. La casa quedaba en San Marcos y la escuela estaba casi a la vuelta, pero yo nunca llegaba a tiempo porque tenía que hacerle todo a ella, me tenía de empleada. El tiempo que viví en esa casa fue uno de los peores momentos de mi vida, tengo muy malos recuerdos y me marcó profundamente. Después de enterarse mi familia de esto, mi padre consiguió un pedazo de terreno y me hizo una pequeña casa de caña. Luego comencé mis estudios en el “Instituto Comercial”, los que no pude terminar porque quedé embarazada y me casé.

Transcurrido el tiempo, con dos matrimonios fallidos a cuestas y con mis hijos más crecidos, volví a vivir a Azapa en 1971 y construí mi casa en la que habito actualmente. Ya van más de 15 años que volví para quedarme pues nunca más quise volver a vivir en la ciudad.

Autorreconocimiento

Mi proceso de reconocimiento como afro fue silencioso y sencillo. Como la mayoría de las familias antiguas, la piel morena no era tema, ya que no se hablaba acerca del origen del color que habíamos heredado. Por eso nunca le pregunté a nadie ni me cuestioné por qué mi piel era más morena que la del resto, hasta que llegué a Arica y sufrí discriminación. Mi familia no me dijo nada, era un tema tabú.

Pasado el tiempo y que nació el movimiento afro, comencé a participar en la organización “Lumbanga”, empecé a asistir a las reuniones y

actividades en el “barrio negro” de San Miguel. Me parece que está bien que hagan cosas pues antes no existía nada que nos visibilizara y éramos segregados por la gente. A pesar de tener dos ascendencias me identifico y autodeclaro perteneciente a la comunidad afro. La actividad que más disfruto es la “mesa redonda” de los abuelos, donde nos reunimos, compartimos experiencias, recordamos y revivimos ciertos momentos, costumbres de antaño, reencontrándome con los antiguos que aún quedan en la zona.

La negritud viene definitivamente de mi abuela materna Jesusa Albarracín y mi madre. Supongo que a la llegada de los esclavos, mis antepasados africanos recibieron el apellido de quienes se apropiaron de ellos como sirvientes para que trabajaran sus tierras. Yo siento que me quitaron algo de mi vida, una verdad que permanecerá oculta y que se ha perdido en el tiempo.

La verdad es que no sé exactamente cómo llegaron los negros al valle de Azapa, pero creo que se debió al trabajo en la caña de azúcar. Según lo que me han contado, provenían de Nueva Guinea y de la República del Congo, a veces me gustaría averiguar más respecto de mis raíces. Me da mucha pena pensar que mis ancestros fueron apresados y embarcados a tierras lejanas, traídos como esclavos para sufrir bajo el yugo de desconocidos en lugares tan diferentes a los suyos, a lo que me imagino que es África, pues nunca he tenido la oportunidad de ir a conocer ese bello continente.

Lo único que sé es que siempre hubo negros azapeños en San Miguel. Cuando digo gente “netamente azapeña” me refiero a los morenos, que según creo fueron los primeros pobladores del

valle. Todos mis hijos saben del tema y no reniegan su afrodescendencia, les inculqué el respeto y el orgullo ya que tienen que defender a sus abuelos, porque gracias a ellos están donde están y nunca les faltó nada, es el honrar a los ancestros.

Chilenización

Recuerdo que cuando era pequeña escuchaba los testimonios de que antes este territorio pertenecía a Perú y de las historias de cómo dejó de formar parte de aquel país, pasando por la “chilenización”. Mis abuelos eran peruanos pero cuando yo nací esto ya era parte de Chile. Todo surgió por la Guerra del Pacífico, en 1879. Antes de eso, Arica estaba poblado por peruanos porque la ciudad era de ese país.

Mi mamá era la que me contaba de esta época. Ella y mi abuelo sufrieron mucho. Él siguió y murió siendo peruano, nunca se cambió la nacionalidad, festejaba sus fiestas el 28 de julio, le gustaban las canciones peruanas, ritmos como la marinera y el vals, hacía sus comidas típicas y cantaba el himno de allá. En cambio mi mamá tuvo que cambiar su nacionalidad, hizo los papeles en el servicio civil en identificación y pasó a ser chilena, porque antes tenía que pagar por extranjería. Pero no quería ser chilena, lo hizo por obligación. Yo creo que no quería perder sus raíces ni el legado de su familia porque eran todos del Perú, mi mamá siempre traía una botella de pisco sour peruano a mi abuelo. Por otro lado, mi papá era de Bolivia y tuvieron que pedir a Santiago el papel para que también se nacionalizara, así que mis padres murieron siendo chilenos. Mi familia siempre vivió en este espacio y por más difícil que fuera la situación,

no querían irse a Tacna o a algún otro lugar, deseaban permanecer en su hogar.

Del período de chilenización no tengo recuerdos vividos en primera persona, pero mi madre me contaba que debían esconderse de la gente que venían a matarlos y que muchos negros cambiaban de nacionalidad, otros tantos se escapaban, por lo que dejaban las tierras botadas. También me acuerdo que me hablaban de las “ligas patrióticas”, me contaron varias cosas. Hasta que todo se normalizó y ya no hubo persecución de gente, sin embargo esa época siempre quedará en nuestras memorias.

Uno de los relatos más crudos era que a mis tíos Juan y Agapo, les dijeron que los iban a matar si no se iban de acá. Y a los días se los llevaron encadenados, así como estaban, sin zapatos, los echaron en un barco y se los llevaron a Copiapó, allí los obligaron a hacer el servicio militar para que se chilenizaran. Y mi abuelo no sabía dónde estaban y no los vio en mucho tiempo. Después volvieron cuando terminaron de hacer su servicio militar, ¿cuánto tiempo estarían ahí? La verdad es que no lo sé porque yo no existía todavía. Pero mi tío Agapo me contaba que sufrieron mucho durante el servicio porque los maltrataban por el hecho de ser del Perú. Y cuando terminaron, los sacaron del regimiento y los dejaron a su suerte, sin plata ni nada. Así que se vinieron de allá a pie, trabajando con hambre, durmiendo por donde pudieran, andaban sin maletas, sufrieron bastante. Hasta que llegaron a Tiliviche, cerca de la subida para Iquique, ahí consiguieron trabajo y con esa plata pudieron volver al valle. Luego ellos ya se sentían chilenos porque habían hecho el servicio militar, y ya cantaban el himno nacional de acá.

Por otra parte, mi mamá me contó que la pusieron en un colegio acá en el valle y que tuvo que ir porque los obligaban a que fueran a aprender la cultura chilena. Me decía que un hombre quería abusar de ella y tuvo que meterse en unos huecos, por unas acequias, enmarañada, pero se salvó porque salió corriendo. Yo creo que esto sucedió porque era peruana, indicaba que eran carabineros, menos mal que no le hicieron nada. Después siempre andaba con uno de sus hermanos al lado.

Respecto de los exilios, dentro de los relatos escuché que solamente el papá de una sobrina se fue a Sama y ya no volvió nunca más. A él lo obligaron a irse porque los que se querían quedar debían convertirse en chilenos, como él no quiso se tuvo que escapar al Perú por los cerros. La verdad es que no se sabe hasta hoy si es que llegó o habrá muerto en los cerros.

Ligas patrióticas

Mi madre me contaba que se arrancaban cuando estaba la matanza, porque los mismos lugareños de acá tenían caballos y les ofrecían dinero para que indicaran dónde vivían los peruanos. Incluso se dice que a varios les marcaban la casa con una cruz. Eran conocidos como “ligas patrióticas” o “ligas a favor de los chilenos”, así que los peruanos se escondían para que no los encontraran. La familia se tenía que esconder en unas chilcas y en unas cuevas, mi abuelo los metía ahí a todos sus hijos con unas mantas. A veces mi abuelito los encerraba dentro de unas cuevas sin haber comido pero con el fin de salvarlos. Y así lo hizo hasta que pasó el tiempo y fueron creciendo.

Dicen que había un negro que andaba de “sapo” en el valle, que denunciaba dónde vivían sus pares y amigos. A él le pagaban, yo creo que el gobierno chileno, y por eso siempre andaba con ropa bien elegante. Los malos salían a caballo con rifles, esas armas supongo que también se las daba el Estado de Chile. Mi abuelo tenía un rifle tremendo de madera, era pesado, yo lo conocí, pero él lo tenía para defenderse por si acaso venían los sapos, no sé de dónde lo sacaría, nunca me contó. Tal vez se lo quitó a alguno de las ligas, no estoy segura.

Los peruanos fueron despojados de todo, muchos terrenos les fueron expropiados, sobre todo en Arica. Por ejemplo, a mi abuelo le quitaron sus propiedades que tenía en el centro de la ciudad y por San Marcos. A los peruanos les expropiaban, más aún a aquellos que se sabía que ya no iban a volver, así que los chilenos le pedían esos terrenos al fisco y se los daban. En el valle también tenían que dejar todo: casas, tierras, animales y lo que tenían en las siembras.

Creo que en Arica se vivió más el asunto, ahí se cuenta cómo los chilenos se embarcaron en ese proceso, que llegaron hasta Tacna y se instalaron a vivir los patriotas en esa ciudad y en Arica también. Mi suegro –que era chileno– tuvo problemas con la justicia y lo enviaron para allá en barco con su familia como una manera de castigo, así lo hacían con muchos chilenos para que ocuparan espacios en esas zonas. Con el plebiscito se supone que iban a decidir cuál ciudad quedaba para Chile y cuál para Perú, pero nunca se hizo. Después con el “Tratado de Ancón”, el primer país se quedó con Arica y el segundo con Tacna. Entonces todos los chilenos tuvieron que abandonar Tacna y venirse acá, y los peruanos irse para allá, pero casi nadie se movió realmente.

Celebraciones

Mi mamá celebraba la Virgen de las Peñas, allá me bautizaron a mí. Era una costumbre peruana, y cuando pasó todo esto los peruanos se querían llevar la virgen a su país, pero no pudieron porque se vertió en sangre la imagen. Creo que ahora existe una réplica porque ellos la siguen celebrando y varios continúan viniendo acá también. La virgen es la madre de Dios, es sagrada, representa la fe que uno tiene.

Además, el 18 de septiembre se empezó a celebrar inmediatamente aquí en San Miguel, junto con la “Fiesta de la Primavera”, que era una celebración que se alargaba durante días y bailando cueca. Esa fiesta comenzó durante la chilenización y yo creo que fue una más de las estrategias para fortalecer la soberanía en estas tierras.

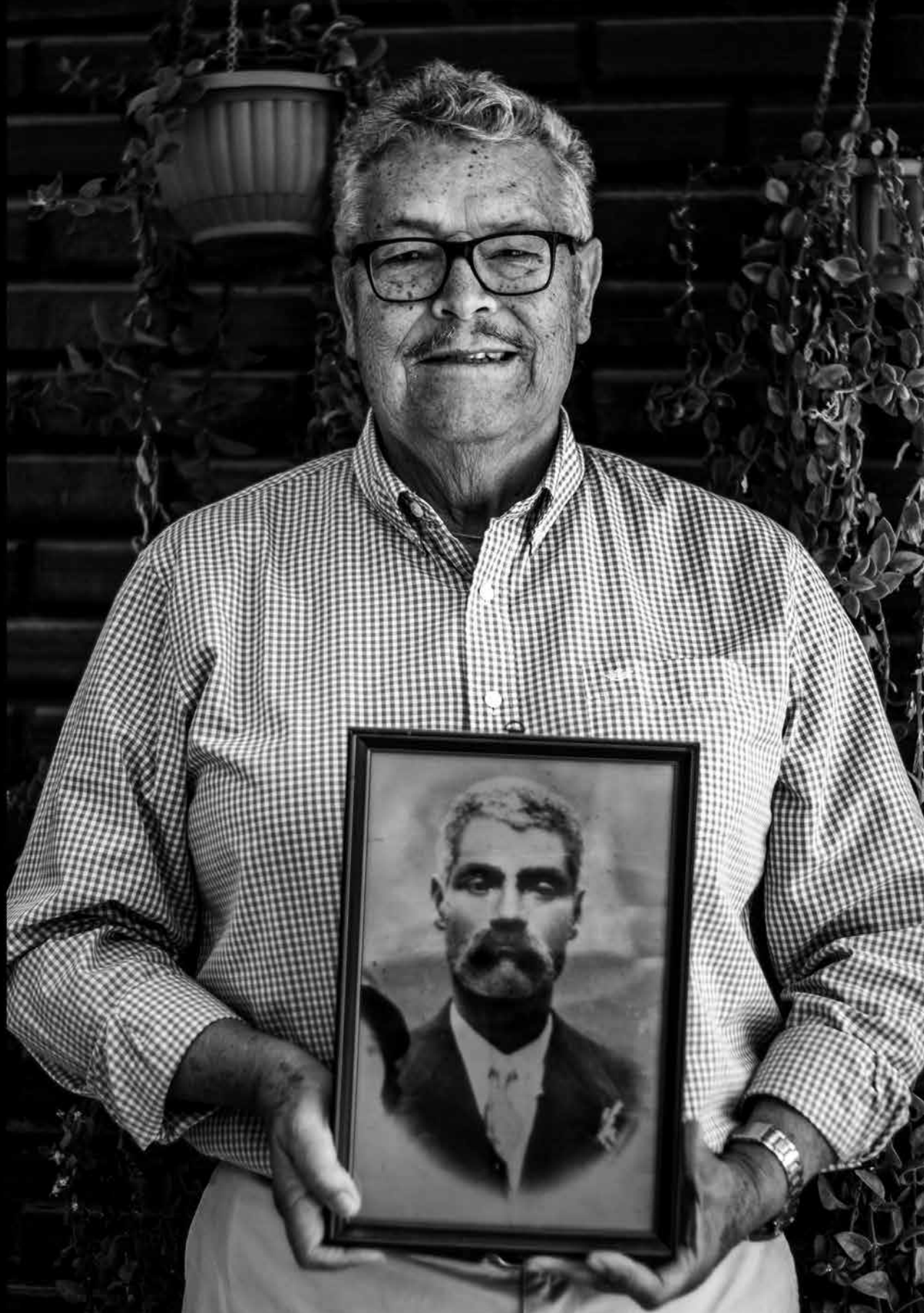
Reflexiones finales

Hoy participo en la organización “Lumbanga”. Pero lo que me llena el alma es ser deportista,

yo formo parte del “Club de Atletas Sénior de Arica”, donde soy lanzadora del disco, la bala y el martillo.

Me siento conforme de mis logros en la vida, mi gran orgullo son mis hijos y que ellos me han dado la dicha de ser abuela y bisabuela. Además gozo de una vejez feliz en mi casa y mi parcela, que son mi paraíso y de aquí nadie me mueve, así que no me imagino lo que vivieron esas personas que tuvieron que irse obligadamente de sus tierras, todo por una lucha entre países. Para mí, el lugar donde habito es sagrado.

Al pensar en la chilenización, creo que al final mi abuelo fue el que más padeció porque él tenía nueve hijos y a todos debía esconderlos. Sufrió por mi mamita que iba creciendo y estaba pendiente de ella, porque los chilenos violaban a las mujeres. Además se llevaron a sus hijos, mis tíos que pasaron tantas penurias, entonces él siempre vivió preocupado. Es una pena que mi familia haya vivido esto, espero que no vuelva a ocurrir.



Máximo junto con el retrato
de su abuelo, Cayetano Salas.

Máximo Cayetano Karl Salas

Nací el 21 de mayo de 1935 en Arica, tomé el nombre de mi abuelo y papá.

Mi papá se llamaba Máximo Karl Guillaume y mi mamá Olga Salas Pino, ella era morena. Mi padre era de familia francesa pero no sabía una palabra en francés, nació acá. Mi abuela era una gringa seca, una señora alta que se vestía igual que las campesinas europeas con vestidos largos y cabeza protegida.

Mis abuelos paternos llegaron separados de Francia como por 1890. Mi abuela fue contratada por un gobernador de Arica como institutriz y mi abuelo era farmacéutico en Tacna. Dentro de la colonia de inmigrantes que había eran los únicos franceses, entonces los comunicaron y ya luego se casaron.

Por parte materna, mi abuela era peruana y blanca, se llamaba Fernanda Pino. Siempre salía a las siete de la mañana a la recova a comprar frutas y verduras que traían de Azapa. Mi abuelo era moreno, Cayetano Salas Bravo, alto, yo calculo 1,80 m. Sus hijos fueron Palmira, Dominga, Aída, Olga –mi madre–, Nicanor, Segundo y Carlos. Aprendí muchas cosas de él porque fui el primer nieto de esa familia, de esa herencia que se deja para el futuro.

Me crié en Azapa pero a raíz de la gran sequía en el valle que hubo en 1938, a los siete años volví a la ciudad.

Mis papás se conocieron en el valle de Azapa. Mi mamá con mi abuela vivían en una hacienda por

el km 5 y mi papá arrendaba una propiedad también. Como era gringuito él tenía su pinta, además tenía caballo. Recuerdo que cuando estaba chiquitito en la mañana pasaba mi papá hacia Arica en un caballo precioso. Yo salía corriendo, él bajaba y me daba un paquete de galletas o algo. Siempre iba a encontrarme con él pero una vez vi una pareja de carabineros a caballo que venía en vez de él, me di la vuelta porque me dio mucho miedo y me entré corriendo a la casa. Había escuchado por la gente del mismo barrio que los carabineros eran malos.

Infancia en el valle

Mi abuelo Cayetano vivía en Azapa y dentro de todo no era millonario pero sí de buena situación. Tenía parcelas donde sacaban aceitunas, naranjas, chirimoyas y pacay, que también hacía de límite con las otras chacras. La aceituna se sacaba para la raima en mayo y junio, algunas las salaban pero el gran porcentaje de la cosecha, más madura, la secaban para sacar aceite. Cuando se terminaba la raima se hacía el manteo, una costumbre para dar un agradecimiento a la gente por haber trabajado.

Mi abuelo era patrón, tenía como 15 trabajadores y recuerdo que los llamaban a comer pegándole a un fierro. En todas las chacras había uno como campana y cada comida tenía un sonido especial, cuando sonaba inmediatamente sabías de qué parte venía. A las once de la mañana se servía el almuerzo, a las cuatro el *lunch* y ya a las siete se terminaba la obra, pues ya no había más luz.

Él me inculcó todo lo de la agricultura, por eso a mí me gusta tanto. Para cultivar los antiguos sabían mucho de cuando bajaba el río o había

sequía. Yo me acuerdo que partía por la chacra conmigo “a tota”. Cuando bajaba el río iba con un vaso, me dejaba a un lado, se agachaba y tomaba agua, la palpaba y decía *vamos a regar la próxima semana*. El río trae muchas sales que suben cuando se secan y después bajan, cuando pasaba eso decía: *hoy día regamos* y mandaban el agua para dentro de la chacra. Recuerdo que en cada bajada del río yo perdía dos pares de zapatos: me gustaba jugar con el barro pero como tenía las piernas cortitas, me metía y se me quedaban enterrados, mi mamá me pasaba retando.

Viví con mis abuelos y papás en la misma chacra pero yo pasaba con mis abuelos. Almorzábamos todos juntos pero cuando él se sentaba no volaba una mosca, cuando pasaba algo levantaba la cabeza no más y todos en silencio.

En cierta época del año llegaban muchos arrieros que venían de Codpa o Ticnamar con fruta. Mi abuelo les daba un espacio de terreno para acampar entonces ahí pernoctaban, descansaban y se preparaban para comerciar en Arica su producción. Cargaban, compraban harina, sal y se iban de nuevo para volver el próximo año, siempre nos dejaban cajones de uva y membrillos.

Mi abuela una vez le pasó un racimo de uvas a mi hermano y a mí no me dio nada, cuando mi abuelo se dio cuenta me pescó de la mano y me llevó para la pieza. Era costumbre que en su velador guardaba fruta para comer en la noche, entonces sacó un racimo y me lo dio, al rato doña Fernanda tuvo que irle a dar explicaciones para la pieza. Nunca más volví a pasar eso, si se supone que éramos todos iguales. Yo era el regalón de mi

abuelo y mi abuela quería mucho a mi hermano, él era más blanquito.

Iquique y Arica

En 1940 nos fuimos de Arica, en esa época había mucha cesantía a causa de la sequía, entonces cuando mis padres se separaron, mi mamá con nosotros nos fuimos a Iquique, en ese momento ella habrá tenido unos 20 años. Mi hermano tenía el pelo medio rubiecito, entonces siempre le preguntaban de quién era el niño y se enojaba. Ella era de carácter fuerte, agarraba un saco papero y no había problemas, de su esfuerzo sacamos el ejemplo nosotros.

En Iquique empecé a tener una formación que no era normal en un niño porque a los siete años me tuve que hacer cargo de mi hermano. Mi mamá venía a Arica a comerciar mercadería en unos vapores y yo me quedaba a cargo de mi hermano. Fuimos todos los días a la escuela y nunca faltamos.

Mi madre empezó a comerciar albacora de Iquique a Calama en tren. Con ocho años nos llevaba a mí y mi hermano a comprar a la caleta tres o cuatro albacoras, después a embalarla en cajones especiales de pasto y luego había que ir a esperar el tren para enviarla hasta Baquedano. El tren llegaba de Antofagasta siempre de noche y de ahí pasaba a Calama.

En vacaciones mi tía Palmira, su hermana, me invitaba y me venía por un mes a Arica. Siempre fui a visitar a mi papá de repente, pero no le permití nunca que me retara porque tal como llegaba, desaparecía. Cuando se separaron, mi padre

trabajó como obrero en la “Caja de Colonización” en Cuya, pero cuando pasaban los camiones en la noche hacia Iquique él los atendía con su nueva familia: vendían tecitos, cafecitos y empanadas como un ingreso extra. La Caja tenía grandes propiedades con mucha alfalfa, pues les vendían a las salitreras.

En la escuela nos pasaban idiomas como inglés y francés, aún no terminaba cuando me vine a Arica de nuevo a vivir con mi tía. Ella estaba sola, mi primo se había ido a Iquique al colegio inglés.

En 1954 dejé botado los estudios para meterme al ejército, no quería depender de nadie y quería probarme. No dije nada, pues en esa época me había enojado con mi madre, mientras tanto mi hermano Osvaldo se fue a la escuela normal de Antofagasta y mi hermano más chico se quedó con ella en Chuquicamata, pues se emparejó con un minero de la compañía.

Pasó un mes que nos citaban a la orden del día para entregar cartas, paquetes o comidas a algunos. Un día de repente escuché *Máximo Karl* y dije *chuta ¿cómo saben?*, me llegó un paquetito con pasas, nueces e higos secos que siempre nos daba mi mamá. Cuando recibí el paquete le escribí enseguida y le pedí perdón, ella me dijo que era un indio porque era de genio corto.

Solo duré un año, fui aspirante pero me fue muy bien. En el escuadrón trabajaba con explosivos y siempre me tomaron en cuenta porque era muy cuidadoso, hacíamos ejercicios demostrativos en la planicie del cerro la Cruz y los colegios iban a vernos: teníamos que simular una guerra contra el enemigo y ellos miraban. Tengo una medalla

del mejor conscripto, premio “18 de Septiembre” e incluso fui escolta del estandarte del regimiento de Rancagua, eso que solo hacen oficiales.

En ese tiempo pololeaba y recibí una invitación de que mi futuro cuñado se casaba e iba a hacer una fiesta en el Hotel Pacífico. Un uniforme no era apto para un casamiento de esa importancia entonces pedí permiso al teniente del guardia para que me autorizara a vestir de civil. *¿Acaso usted se avergüenza del uniforme chileno? No. No hay autorización*, me dijo. Al día siguiente fui donde el comandante, le dije que iba a volver a mis estudios, le di las gracias y dejé de ir: consideré que habían vulnerado una parte mía.

Trabajo

Cuando salí del liceo el rector me dijo: *Máximo, me llamaron del banco que hay una vacante. Me la ofrecieron para mi hijo pero quiere estudiar y pensé en usted. Vaya inmediatamente al banco pero antes se pone un terno y se lava la cara*. Esto era puerto libre y teníamos de todo; ropa inglesa, francesa, italiana, zapatos, calcetines, pantalones, entonces me puse un terno café de alpaca que un tío sastre me había hecho a la medida.

Me dejaron al tiro trabajando y llegué como a las once a la casa cuando a las nueve estaba siempre en la cama, mi tía no me creyó en una semana. Me levantaba todos los días a las siete de la mañana y partía al trabajo donde éramos siete empleados: cinco del sur y dos de Arica, pero de apellido Wolf y Karl. Yo no sabía nada de máquinas y para las matemáticas era nulo, lo que menos pensé que trabajaría era en un banco,

pero siempre he sido rápido de mente y aprendí. Allí estuve 31 años.

Territorio de negros

En Arica se radicaron los negros porque eran los que aguantaban todas las enfermedades que existían. Prueba de ello es que quedaron de capataz de los cargamentos de llamas –que venía de Bolivia con plata– y en el camino se morían algunas llamas, llegaba el negrito-caporal a hacer un hoyo y enterraba la plata para recogerla luego. Antes se daba mucho que de repente se encontraba un entierro y era pura plata. No sé lo que tendríamos pero nuestros ancestros eran resistentes a la malaria, aquí no duraba seis meses un fulano.

A principio del siglo pasado se creó un estatus en torno a los oriundos de Arica, los morenos, y empezaron a llegar extranjeros franceses, polacos, suizos y alemanes en barco a vapor. En mi opinión eran los últimos emigrantes que arrancaron de la guerra de Europa, ellos se fueron casando con las negritas porque para los morenos la máxima aspiración era casarse con un blanco, había una distinción con ellos. Yo recuerdo que veía a mis tías cuando salían a hablar con el abogado: salían con sombrero y traje de sastre, quedaba un tinte de mirar más alto a los blanquitos. A las mujeres siempre les decían *tenes que casarte con un blanquito* y muchas lo hicieron. Cuando nacimos nosotros incluso nos decían los *gringos chicos* y eso que yo soy el más morenito y crespo, pero éramos hijos de un francés.

Los inmigrantes que llegaron se casaron con las morenas por interés, pues ellos venían con otra noción de la agricultura y las negras eran dueñas

de las tierras, entonces se las “pololearon”. Los que no se mezclaron mucho fueron los Lombardi que llegaron comprando tierras y no se emparejaron con negros, entre ellos hacían familia.

Cuando comenzó a llegar toda esa gente comenzó a agrandarse la ciudad, si antes Arica era puro bosque de chañar. El aimara entró después a trabajar en casas en Arica o en chacras de Azapa, pero no eran de acá, si esto era territorio de puros morenos que tenían apellidos de blancos como Salas, Baluarte y otros más que no recuerdo.

Plebiscito

El plebiscito lo escuché siempre, significaba que los países habían repartido las tierras. Mi abuelo vivía acá en Arica con toda la familia para esa época: el que quería ser chileno se quedaba y el que no se iba para el otro lado. Lo deportaron con sus hijas y se los llevaron para el Perú en barco, no sé qué parte pero supimos luego que tuvo que pagar el pasaje con un reloj que tenía. Estuvo varios años allí, luego se vino nuevamente pues acá estaban sus tierras y familia. Cuando volvió recuperó algunos terrenos, otros no.

Cuando lo deportaron mis tíos eran jóvenes, incluso un tío nació en el barco y por el hecho de nacer en un barco extranjero podías elegir tu nacionalidad a los 21 años. Mi tío se quedó en Chile pero cuando quiso ingresar a la marina y se presentó lo echaron para afuera por negro. En vista de eso se fue para Perú, allá lo aceptaron y se nacionalizó peruano.

Yo nunca entendí por qué el plebiscito no se hizo pues al final solo se llegó a un acuerdo y los que

se quedaron acá pasaron a ser chilenos hasta hoy. En esa época era común escuchar que teníamos parientes en Tacna.

Mi abuelo sufrió para esa época porque lo deportaron, pero en ningún momento nos criaron con algún rencor de los peruanos a los chilenos, si nunca habló ni una palabra de todo esto, ni en tertulias, nosotros descubrimos esto ya de adultos.

El tren Arica-Tacna

Con mi mamá me acuerdo siempre andábamos en el ferrocarril, en el tren que va a Tacna. Eran como cinco horas para allá porque había cinco controles en el camino donde te revisaban: uno en Arica, tres en plena pampa y ya después otro al llegar a Tacna. Una vez fui con mi mamá, mi tía Palmira y mi primo. Mi tía estaba casada con un yugoslavo, entonces fuimos a comprar cosas para Navidad y a mi primo le compraron una bicicleta. Cuando venía de vuelta mis tías se ponen en el último asiento a arreglar en una maleta el matute que traían y al lado había un caballero que inmediatamente supe que era aduanero, yo no sabía cómo decirles que estaba el jefe de aduana. Cuando llegamos a Arica, comenzaron a revisar y mi primo salió rápido en la bici. *Ya, pasen no más*, les dijeron, menos mal porque eran re fregados

en la aduana por la estupidez de que esto es de Chile, Perú y Bolivia.

La línea del ferrocarril entre Tacna y Arica tenía la misma distancia, pero los pueblos no están igual. Arica queda justo pero Tacna no, entonces los del tren hicieron una vuelta en la línea para llegar a la ciudad en vez de llegar recto, todo para que fuese parcial, que ninguno tuviese más o menos.

Arica nunca significó nada ni para Perú ni para Chile si la cuestión es que era puerto, lo único que le interesó a Perú y a los chilenos fue Lluta y Camarones, porque les daban pasto para el ejército. Pero Arica no tenía siquiera un adelanto, esto era un pueblo que llegaba hasta la calle Chacabuco no más, no había ni alcantarillado, las casas tenían pozo negro y una noria. El desarrollo fue con la Junta de Adelanto, la institución pública que se encargó del desarrollo de Arica.

Reflexiones finales

A mí me da lo mismo eso de ser negro o no, yo soy chileno, tengo una patria que se llama Chile y tengo sangre de los dos lados: Perú y Francia, pero de donde sea, para mí prima donde estoy ahora, ese es mi principio.

María portando el retrato
de sus padres, Luis Nieto y
María Cerca.



María Edelmira Nieto Valverde

Nací en Iquique el 22 de diciembre de 1929. Mi papá se llamaba Luis Nieto Rodríguez y mi mamá María Cerca Valverde Urrutia; ella era de Lima y mi papá del Callao, nacieron y se criaron allá. Mi mamá era blanca y mi padre negro.

Mi papá era moreno, alto, como mi hijo Luis y simpático. Era el menor de los hermanos y tenía todas las facciones de los negros antiguos. Su hermano, mi tío Ciriaco, era igual que él pero aún más negro, en cambio sus hermanas eran más blancas. Mi mamá también era simpática, una blanca de ojos claros.

Se conocieron en Lima. Mi papá trabajaba en una empresa de muebles finos y mi mamá era estudiante de colegio cuando empezaron a pololear. La familia de mi mamá era blanca, entonces no querían a mi papá por su color de piel, y es que había muchos negros que trabajaban a pie pelado en la agricultura, como antiguamente lo hacían los esclavos. Pero el amor manda, así que mi mamá se arrancó con él, se casaron y se vinieron a Arica. Llegaron cuando en esta ciudad había unas pocas casitas y se hicieron de propiedades en San Marcos y Yungay. De ahí se fueron a Iquique varios años, luego a Tacna cuando volcaron a los peruanos porque esto se volvió peruano, y después volvieron a Arica.

Nosotros fuimos seis hermanos, cinco hombres y una mujer: Carlos, Roberto, Manuel, Oscar, Armando, yo y Jorge. Yo soy la última que queda, todos han fallecido.

Mi esposo Gustavo Pinto González fue hijo de padres peruanos: mi suegra Alicia González Berríos era morena y mi suegro Emilio Pinto Balcarce era blanco-colorado con ojos verdosos. Nos conocimos porque era amigo del barrio de mi hermano. Luego de casarnos nos fuimos a Puquío, trabajaba de mecánico de máquinas diésel en el ferrocarril entonces lo trasladaron. Estuvimos dos años, luego bajamos a Central, nos trasladaron para Arica y vivimos en la calle Chacabuco, ahí nacieron los niños y levantamos nuestra casa. Tuvimos seis hijos, cinco hombres y una mujer: Eric, Gustavo Roberto, Emilio Luis, Néstor Humberto, Armando Alberto, Aryoli Eda y Nelson.

La calle San Marcos y Arica antiguo

Cuando volvieron vivíamos en la calle San Marcos, al lado del mercado central donde me crié. Recuerdo todo lo que pasamos en esa calle, sobre todo el estilo de vida que teníamos; éramos pocos pero nos conocíamos y aunque había pobreza no era como la de ahora, pues entre todos nos ayudábamos.

Mi papá tenía propiedades: unas casitas de adobe que para adentro eran construcción de material ligero, ocupábamos dos casas. Luego llegó uno de los hermanos, “Chuleta” Villanueva, pescadores apodados así por sus patillas en el pelo, a vivir con su familia en la casa del lado así que en una mitad vivíamos nosotros y en la otra ellos.

Yo estudié en la Escuela N° 3, que quedaba en 21 de Mayo con San Martín, ahora ya no existe porque está el American College. Éramos poquitos alumnos, solo mujeres, tenía tres salas y era

chiquitito. Lo que más estudiábamos era historia de Chile, nada de lo que sucedía con Perú. Se respetaba al profesor y si llegabas a mirarle con mala cara o contestar te llegaba un varillazo en la pierna con puntero, un palo grueso que es fino en la punta. Teníamos clases en la mañana y en la tarde pero no nos daban almuerzo solo el desayuno, un día nos daban cocho, que es harina tostada con leche y al otro día bacalao: el día que había cocho todos estábamos en el colegio pero el día de bacalao no iba nadie, era muy malo. Recuerdo que nos servían en unos jarros que eran de durazno y le ponían alambre, así de pobre era el colegio. Todos los ariqueños que vivíamos en el centro sabíamos lo que era la miseria porque no éramos gente acomodada.

Mi mamá era dueña de hogar y mi papá trabajaba en carpintería. Con los años entró al “Hotel Pacífico” como barnizador de muebles. El hotel quedaba en la ranfla en frente del puerto, era bonito y hecho de mármol, ahí llegaban muchos extranjeros; blancos de Santa Cruz, cónsules, gente importante y es que era el único hotel elegante que había en la ciudad. Adentro trabajaban solamente blancos y a mi papá lo tenían en el subterráneo, en unas bodegas grandes con puertas independientes, no tenía comunicación ni se lucía arriba. Después desarmaron el hotel porque decían que filtraba agua por debajo y quedó sin trabajo. Nunca más ha habido ni habrá un hotel como ese.

En esos tiempos había en Arica varias familias negras, muchos tenían sus sastrerías o eran ayudantes. Trabajaban también en Azapa donde Mozó o Isijara que era un japonés, en la mañana temprano partían en la micro que los llevaba al

valle, a las cinco o seis ya venían bajando por el camino de tierra y sin luz. Arica era pequeño, acá no había fábricas, uno vivía de lo que ganaba en el día o del pescado que regalaban, por ejemplo, antes abundaba la albacora, no es como ahora.

Me recuerdo igual de “La Chimba”: parcelas chiquitas donde vivía bastante gente. Ahí estaba la Manuela Huisa con su papá, el negro Vargas con su mamá Lanchipa, todos negros. Vendían berro, acelga y zanahoria que abundaba. Los atados los partían y comenzaban casa por casa a vender, tocaban la puerta y preguntaban *¿Quiere comprar berros? ¿Quiere comprar acelga?*. También vendían a unos 10 o 5 pesos en el mercado central, el único que había en ese tiempo. Otros iban a tirar la red o lavaban los botes para que les dieran pescado. Después se puso la fábrica de pescado allí, desarmaron y vendieron para el casino, a toda esa gente le dieron casa frente a la “Población Pacífico”, todos ellos eran chimberos.

En Arica estaba la ranfla y la playa, no necesitaba ir hasta la Lisera, estaba el “Hotel Pacífico” y los juegos infantiles. La gente se movilizaba y de Azapa bajaban las burreras, a veces venían a pie con el burro a la rastra, y en las anchacas traían guayaba, pacay, naranjas. Todos cocinábamos con leña así que vendían por rodela, no se conocían las comodidades.

El ferrocarril era también muy bonito, subía de Arica hasta Bolivia haciendo escala en distintas estaciones: Central, Puquío o Umapalca. Eran campamentos de casas donde vivían los mecánicos, palanqueros, maquinistas, pues allí se reparaban y revisaban los trenes, ruedas y motores. Una vez al mes llegaba la cooperativa: un vagón del tren

dividido con mostrador que traía víveres, de ahí se hacía la lista y cuando llegaba la presentaban, en la tarde ibas con tu canasta y te llamaban para entregarte lo que habías pedido.

Una vez que terminaban todos, la máquina seguía a la otra central donde hacía lo mismo, llegaba a Charaña, se regresaba y no subía hasta el otro mes. Una vez al mes debías comprar de todo porque si pasaba la lista y querías volver a pedir ya no podías. Pero si te faltaba el aceite la vecina te prestaba y cuando llegaba la cooperativa lo primero que se hacía era devolver lo que habías pedido prestado. Santos era el carnicero, él era del valle y subía de Putre los corderos fileteados. La carne y el vino eran más seguido aunque no se podía tomar pero igual se conseguía. La distracción en las centrales era jugar fútbol o ir a la piscina. Cuando paró el ferrocarril, jubilaron los trabajadores, murió la cooperativa y empezaron a cancelar. Unos se fueron y otros se quedaron, lo cierto es que ya no subió más el tren y todos esos campamentos –que eran como ciudades– quedaron despoblados.

La liga de estudiantes

Nosotros íbamos seguido a Azapa a buscar caña de azúcar, allí vendían mucha así que nos íbamos el sábado y nos traíamos un atado de caña para la semana. Mi papá las pelaba y después llenaba una fuente de gajos. La gente tenía buena dentadura, muy blanquita porque la caña la limpiaba.

Subíamos a pie y dependiendo de la hacienda íbamos más lejos o cerca. Estaba la hacienda de Mozó, Isijara, los Baluarte que eran antiguos, doña Julia Corvacho, que era la matriarca de Azapa y

varios parceleros chiquititos porque las haciendas grandes arrendaban pedazos.

En esos años existía la “Liga de Estudiantes” en Baquedano, solo para la juventud. Nos juntábamos de diferentes colegios, todos los sábados en *patotita* a bailar. Cuando bajaban los cabros a burro de Azapa venían con camisa blanca, brillaban y bailaban bonito, ¡eran puros negros simpáticos! Guardaban los animales en el corralón de Vicuña Mackenna y nos traían naranjas, guayaba, pacay, comíamos bastante. Yo era amiga de Eusebio, el menor de doña Julia Corvacho, él decía *el sábado bajamos*, y ahí nos juntábamos.

Autorreconocimiento

Yo desciendo de negros pero cuando la gente dice que son hijos de negros se avergüenzan, nunca dicen la verdad, pues tratan de ser otra cosa. Antiguamente muchos de los negros de Azapa se casaban entre ellos, porque para casarte con una niña blanca, si no tenías billete no te aceptaban, aunque somos todos iguales.

Plebiscito

Cuando mis padres estaban en Iquique, como se hizo todo chileno volcaron a los peruanos y mi papá se fue a Tacna. No alcanzamos a estar un año porque cuando dieron la orden de que todo peruano podría regresar a Arica, mi papá lo hizo. Volvimos como agrupaciones de deportados; grupos familiares que nos traían en camiones para que regresáramos, así se vino la gente. Otros se quedaron, un tío se quedó y luego se fue a Ica, pero mi papá hizo su vida acá y aquí murió, nunca fue siquiera al Callao a ver a su familia.

Mi papá contaba que en esos años del plebiscito pescaban a los peruanos y los martirizaban, después los mataban y los enterraban por ahí porque no había cementerio. Nos contaba que en la calle San Martín, entre 21 y Sotomayor, había lugares donde traían a los peruanos. Una vez entré a esa casa que estaba al lado de la mía, el patio era largo y una pared estaba manchada con sangre, pasaron muchos años y nunca la pudieron borrar. En la noche se sentían lamentos y quejidos, por eso las personas que vivían ahí no duraban mucho. Había otra casa del plebiscito más abajo en San Martín, pero la demolieron y pusieron un estacionamiento. Allí los torturaban, los castigaban.

Relataba también que Mozó era malo y que como capitán del ejército se había adueñado de los terrenos de unos peruanos. Como todo esto era peruano y no chileno, cuando empezó la bulla muchos arrancaron y dejaron sus tierras botadas con sembrados y olivos, con los años regresaron pero no se las devolvieron. Cuando esa familia volvió a tomar su posición de herencia, dicen que Mozó los hizo azotar tanto que se devolvieron y él agarró todos esos terrenos. Aquí mandaba la bota igual que después con Pinochet.

Cuando entregaron Tacna, en 1929, mucha gente regresó a Arica pero no tenían casa y cuando reclamaron tampoco se las devolvieron porque no había papeles. Muchos de los militares agarraron las mejores casas que había acá en el tiempo del plebiscito y se quedaban ahí, por ejemplo el gobernador Alfredo Raiteri fue muy abusivo, si le gustaba una casa se quedaba con ella. A mi papá le quitaron la casa que tenía en Yungay, cuando volvimos ya había otra persona. Aprovecharon

que la gente arrancó con lo puesto y dejó muchas joyas. La gente peruana dejó mucha herencia acá, porque los antiguos no depositaban en el banco sino que en un tarro juntaba, lo soldaba y enterraba en un rincón de la casa o en un patio. Si fallecías nadie sabía nada, pero con los años escarbaron y fueron apareciendo.

Mi papá cuando hablaba de eso lo decía con sentimiento porque esa gente se regresó ya no los vieron más, él siempre recordaba al negro Marambio, el negro Chile, unos negros altos. Había otro negro que trabajaba en la hacienda de Deisy Jara, él tenía un gran pie y no había zapatos para su talla, así que tenía que vendarse con trapos para caminar y no hacerse tira, era conocido como *el pata grande*. Los días sábados traían aceitunas de Azapa y él siempre le traía a mi mamá. Todos ellos se fueron.

Mi papá nos contaba también de la matanza de Santa María, cuando mataron a tantos peruanos. Decía que los mataban y después los recogían en carreta para tirarlos en una fosa común, la gente ni salía. Él siempre dijo que era peruano y cuando eran las fiestas del 28 de julio ponía las dos banderas; la chilena y peruana.

Círculo de peruanos

Antiguamente siempre había malones, se juntaban los peruanos en el patio de mi casa y hacían albacora frita. Se comía, tomaba y contaban historias. A veces cuando veo películas acerca de las costumbres antiguas me acuerdo del patio de mi casa: allí se tocaba guitarra y arpa, cosas serias no como esos bailes que hacen ahora que yo no los había visto nunca. Se juntaba mi papá, mi tío

Manuel, Lucio que era negro, la mamá de Rosa Huisa y jugábamos bingo o lota.

Con los años se hizo el “Círculo de Peruanos” que estaba en General Lagos con Dieciocho; una casa que aún era peruana. Se reunían todos para las fechas 28 de julio y 28 de agosto –la entrega de Tacna– se hacía fiestas y actos cívicos. Nosotros estábamos en el círculo, en esos años éramos puros negros: la negra Bernarda, la negra Manuela, doña Rosa, doña Quebec, la mayoría negras ¡era la picantería! Cuando íbamos a festejar había un mensajero que decía cuál debía ser el aporte de cada uno. Unos daban plata para el pan o vino, y el día antes de la celebración ya tenía que estar todo donde doña Manuela Cangrejo que vivía en Blanco, entre 18 y Maipú. Ella tenía una casita con un corralón inmenso, entonces para esas fechas se hacía un pequeño aporte y ella hacía picante de conejo o cuyes; pura comida peruana. Muchos iban a izar su bandera y ella también la suya, recuerdo que tenía una afuera y otra en el patio. Cuando uno llegaba ya había grupos de varios negros, nos saludábamos, cantábamos la canción peruana y se pasaba a la comilona, después se bailaba vals o marinera. Siempre nos reuníamos para recordar, conversar y tomar. Éramos como

una familia. Se festejaba también la Cruz de Mayo, eso hasta ahora. Se hacía chocolate, vino caliente y le cantaban a la cruz, me acuerdo que había un cieguito que cantaba muy bonito. Siempre la familia negra ha sido unida, hasta ahora.

Reflexiones finales

Yo tenía muchos amigos negros que han fallecido, creo que con ello se va perdiendo la tradición. Yo también voy a fallecer y a medida que pasen los años nadie se va a acordar de mi papá o de mi mamá. Mis nietos viven en el nuevo mundo y yo me pregunto cómo es que van a recordar que su abuelo fue negro, pues con los años todo se olvida. Ahora la gente se ha agrupado en las diferentes organizaciones buscando sus derechos, como antiguamente lo hacíamos los negros en el “Círculo Peruano”. Quieren integrarse y eso es bonito pues todos somos hijos de Dios, no porque tengo menos plata y soy negra me van a mirar en menos, no tendré dinero pero tengo corazón. Me reconozco negra, incluso siempre quise un nieto negro y nunca pude ¡me salieron todos blancos! pero yo no reniego lo que soy, si la sangre no me la voy a sacar y mis hijos, a su vez, tienen la mía.



Brígido, no poseía
fotografías.

Brígido Vásquez Corvacho

Nací el 8 de octubre de 1941 en Azapa, por tanto soy un azapeño, abrí los ojos en la época de la Segunda Guerra Mundial, cuando la pobreza era para todos en el mundo. Mi madre se llama Rosa Corvacho Moreno, nace en 1918, una mujer afrodescendiente, hija de Mariano Corvacho Corvalán, un negro de origen africano directo, era indudable. Mi abuelo Mariano tenía su certificado de nacimiento en Lluta de 1875, por tanto nace antes de la Guerra del Pacífico.

Mi padre es Matías Vásquez Alejandro, un hombre de la etnia aimara nacido en Socoroma. Él viene con su padre –mi abuelo paterno que no recuerdo su nombre– a trabajar al campo de mi abuelo Mariano, ahí se conoce con mi madre y se emparejan. Mis padres se separaron por razones socioeconómicas, fue muy difícil salir adelante, para estudiar, para todo. A los 16 años ya era tripulante de naves marítimas, lo que fue casualidad porque en ese momento no había otro trabajo pero finalmente me gustó el mar. Logré ser capitán de fragata, estoy registrado. Mi juventud la pasé en el Perú, no me casé sino que conviví con una negra buena moza, mis hijos ya están aquí, esa es mi vida.

Autorreconocimiento

Yo siempre supe que era afrodescendiente, en Arica cuando yo era niño estaba lleno de negros, en la época de mis padres y abuelos también. Por esos años los negros se trataban de “primos hermanos”, “carnales”, podrían no ser primos, pero si veías a un negro le decías *bola primo*, eso hace

referencia que todos tienen la misma sangre, ya que antiguamente lo más probable es que eran de la misma tribu. Era algo que no se hablaba pero creo que era porque entre nosotros no había necesidad de discutir, todos lo sabíamos, era evidente que veníamos de África.

En cuanto al reconocimiento las cosas van bien, la gente se siente orgullosa de ser afro, sobre todo porque hemos resistido y cada vez somos más considerados. Yo siendo uno de ellos me siento orgulloso, incluso mi hijo también me ha dicho ahora último que se siente orgulloso de sus ancestros porque es de ahí donde viene todo.

Esclavitud

En Arica, nuestros ancestros fueron traídos en los tiempos de la Colonia para ser esclavizados. Resulta que en estas tierras el río San José pasaba y dejaba agua todo el año, había varias plantaciones de caña de azúcar, entonces necesitaban para las plantaciones gente de trabajo. Se prefirió traer gente como esclavos, Ramón Castilla, presidente peruano, los liberó pero luego de eso igual quedaban algunos por ahí esclavizados.

Acá no solo hubo esclavos africanos sino que también asiáticos, se dice que hasta la Guerra del Pacífico había chinos esclavos. Pero hay una cosa curiosa que también vale la pena decir, eso ocurrió cuando Chile era república. Recuerdo que comenzaron a hacer el camino que lleva al actual terminal internacional, la gente mientras trabajaba con sus maquinarias fueron encontrando cadáveres, esto quiere decir que a los chinos los bajaban aquí en el puerto y los iban a tirar allá, porque ni siquiera los metieron al cementerio que estaba

cerca, ellos estaban en una fosa. Como ya los barcos esclavistas no los compraban, los chinos se morían de hambre en el mismo barco, por enfermedades como la fiebre amarilla, quién sabe cuántas enfermedades, los salían a tirar afuera, en la ciudad y también los botaron al mar.

Nosotros los negros hemos sido los más resistentes a todas las crueldades a las que hemos estado sometidos, las enfermedades no pudieron acabar con nosotros, tampoco la hambruna, los azotes ni la esclavización. Yo estoy orgulloso de mi raza, de mis padres, de mi ascendencia y descendencia, porque tengo 75 años y me encuentro vital. Los negros en todo el mundo han sido bien recibidos como esclavos. Los esclavistas vendieron africanos por el pacífico a Perú, Ecuador, Estados Unidos. Por el lado atlántico, Brasil fue el que más compró, por eso es que los brasileños tienen tan buena raza, los negros buenos para el fútbol; a Uruguay también se les vendió pero en menor cantidad porque era un país muy chico; y Paraguay parece que compró muy poco negro. Estados Unidos y Cuba también compraron lo mejor; Colombia no, porque era como un depósito.

Yo soy investigador y buceo hasta lo más profundo, dice la historia que antiguamente los veleros con los esclavos, cuando aún no existía el canal de Panamá, daban la vuelta por el Cabo de Hornos, la mayoría de los buques –yo conozco, he navegado y estado ahí incontables veces– en esos territorios marítimos y terrestres, el clima es muy complicado, si se hundía el barco se perdía la carga y esta era muy valiosa. Entonces, hicieron que en Buenos Aires, Argentina, desembarcara toda la negrería y los hacían cruzar la

cordillera a pie. La parada era Quilpué, donde había un “tambo” que era un depósito de la carga de negro, porque Santiago también tuvo esclavos, aunque muchos chilenos lo niegan, la historia lo dice y yo también. Los esclavos que resistían eran los más recios y fuertes, incluso a veces en pleno invierno llegaban con vida, quizás cuántos son los que morían a la mitad de camino, los traían sin zapatos y encadenados para que no se arrancaran. Los que vivían tenían mejor precio de venta y después venían los veleros por el Pacífico, ellos los compraban y llevaban a Estados Unidos, República Dominicana, Panamá, entre otros.

Hay historiadores que descubrieron que en Lluta se encontraban los “criaderos de esclavos”, donde los obligaban a reproducirse entre puros negros. Los dueños los mantenían para que tuvieran relaciones entre un hombre semental y las mujeres, igual como lo hacen con los animales. Seguramente mi abuelo Marino nace producto de este criadero. Incluso cuando se originó la Guerra del Pacífico, en estos territorios la mayoría de la población eran descendientes directos de africanos.

Chilenización

Para entender este periodo hay que saber que Arica era una ciudad que tenía alrededor de 15.000 habitantes antes de la guerra, un puerto peruano en el que había mucho trabajo, se traían los minerales de Bolivia y había movimiento, lo cierto es que la mayoría de los estibadores que trabajan en el puerto, eran negros.

Tenemos otro caso más: los mapuches cuando se inició la República de Chile se negaron a ser

chilenos y el ejército les dio por matarlos, hasta ahora la Guerra de Arauco no ha terminado y la historia dice “la pacificación”, aquí vemos cómo se prestan para tal horror. La mayoría de los generales que se enrolaron en la Guerra del Pacífico como el general Lagos, Manuel Baquedano, Arteaga y oficiales del ejército de Chile que estaban matando indios en el sur, dejaron una tregua para venir a matar indios acá. Entre Bolivia y Perú sumaban entre 24 y 30 mil soldados, Chile tenía 18 mil. Resulta que la mayoría de los generales estaban entrenados, Perú y Bolivia no le habían pegado ni a su mamá, ni a su hermano, toda esta cantidad de soldados peruanos y bolivianos eran de la chacra, unos paisanitos. En una guerra se necesita gente entrenada y los chilenos lo estaban, el éxito era indiscutible, por eso que el Perú –yo conversé con muchos de ellos– piensan que Chile fue muy bárbaro, incluso antes de llegar a Lima, hay un pueblito que tiene una viña y los chilenos encontraron el vino, se curaron y fueron a matar a la gente.

Tratado de Ancón

Patricio Lynch y las autoridades chilenas se dejaron presionar por Estados Unidos y firmaron el Tratado de Ancón, el que dice textualmente que del río Camarones al sur el Perú lo cede y firma una entrega total donde nunca más va a reclamar nada del río Camarones al sur. Ahí se encontraban todas las salitreras, está Pisagua, incluso el Perú llegaba hasta el río Loa. Del río Camarones a río Sama, lo dejaron en veremos por 10 años.

El compromiso que tenía Chile era aceptar y chilénizar a toda la gente, de hecho en Tacna se jugaba a la rayuela, se comía porotos con riendas,

bailaban cueca y festejaban el 18 de Septiembre, en Arica era igual, estaba todo en el poder de Chile, pero a nosotros nos trataban –y hasta ahora último– como que éramos peruanos, bolivianos, gran equivocación, porque esta gente, incluido mis abuelos, mis ancestros, hicieron soberanía por su tierra y resistieron, con los que quedaron y firmaron, porque tanto en las pampas salitreras como en Tacna y aquí en Arica, había muchas familias peruanas que cuando venía el funcionario del Registro Civil a inscribir a los hijos como chilenos, los escondían, dicho textualmente por gente que vivía en esa época.

Después estuvo el Tratado Rada Gamio, el Perú presionaba que tenían que entregarle el territorio, entonces como había genocidio y exterminio aquí, se firmó el segundo tratado en 1904, que dice que ambos países se ponen de acuerdo para hacer la línea de la concordia y que se comprometen a hacer la línea fronteriza, Tacna para Perú y Arica para Chile. Cuando terminó todo este trabajo de límites –en agosto de 1929– Chile retira las tropas de Tacna y se vienen todos a Arica, pero muchas familias chilenas santiaguinas se quedaron en Tacna porque encontraron que había buenas tierras que en Santiago no tenían.

Época plebiscitaria y las “ligas patrióticas”

La situación para la época plebiscitaria estaba muy tensa, Estados Unidos tenía una fragata frente al mar, cuidando que no hubiera matanza. Había gente ariqueña que llegaba al hospital por un resfrío y los chilenos decían: *este es peruano, voto menos*, así que los dejaban que murieran no más. No le vendían a los peruanos nada, la gente tenía que buscar cómo.

En Arica en los tiempos más difíciles se les ponía una cruz negra en las puertas, que significaba *vayan partiendo a Perú sino los matamos*. Eran chilenos, como los CNI de la época, servicios de inteligencia, que habían contratado a gente para hacer esos trabajos sucios. En Azapa también se vivió eso que marcaban las casas, pero lo más grave era que llegaban en la noche y le pegaban a toda la familia porque el plebiscito iba a venir, estaban creando las condiciones que existieran menos peruanos.

El plebiscito fue en 1924 en Tacna, entonces ya estaban las urnas ahí a las 8 de la mañana para que la gente llegara a votar, chilenos y peruanos, la cuestión era re fácil, Chile o Perú. El ejército y todos los malvados que Chile había contratado, antes que empezara la votación, destrozaron todo, le pegaron a la banda de música, rompieron las urnas. Porque Chile llevaba las de perder y si perdía en Tacna, también lo haría en Arica y ahí Estados Unidos dijo *Ya, hagan la frontera*.

Yo vi en un documento que decía *Señor Mariano Corvacho Corvalán, chileno, nacido en el tiempo del Perú*. Porque lo que Chile buscaba era que se chilenizaran los peruanos, ya que así le daba la garantía de tener esos carnets en caso de una votación. Mi abuelo vio los horrores de la guerra, dijo textualmente: *yo no tengo nada que hacer en el Perú, mis aceitunas y mis hijos están acá*. Él no quería deambular, porque a muchas familias les pasó eso, pero los que partieron lo hicieron con la esperanza que podían volver, que sería peruano de nuevo este territorio. Una comadre, Josefa Suárez Jiménez, me dijo: *no sabe todo el sufrimiento, desembarcamos en un puerto en Pisco, la mayoría fue al Callao y de ahí a buscar trabajo*,

porque no había fábrica ni industria textil, nada. Me contó que cuando iba a la chacra con su mamá y hermano, los peruanos les gritaban *chilenos muertos de hambre, regresen a su tierra, aquí no hay trabajo, devuélvanse a su país*, así que de allá también nos botaban. La familia de mi comadre se bajó en Pisco, que queda antes de llegar al Callao, las condiciones eran pésimas, estaban hacinados en el barco, porque el Perú les había ofrecido “el oro y el moro” y estaban ahí en el buque. Salieron a hacer protesta desde el Callao hasta Lima a pie, para que los escucharan. Entonces a la gente que protestó, le dieron esos terrenos entre Lima y el Callao, ahí se encuentra la población de “los tarapaqueños”. Yo fui un día para allá a pasear, la mayoría tenía pinta de pampino, ya que en Iquique habían personas que se negaban a ser chilenos, gente de la pampa salitrera, ellos se instalaron y asentaron en ese lugar de Perú.

Mi mamá Rosa contaba acerca del período de chilenización pero lo hacía muy vagamente. Ella recordaba que el ejército era muy cruel, había muchas injusticias y por eso es que a ellos les temía. Mi abuelo, Mariano, recibía a los militares en Azapa porque era un hacendado en ese tiempo y tenía muchas tierras, pero no les permitía a sus hijos que fueran a escuchar lo que ellos hablaban, él contó muy poco de la chilenización por miedo a represalias, desconfiaba hasta de su propia familia, dice mi mamá que no podían ni por la ventana asomarse, si los descubrían los castigaban. Mi abuelo era un informante, apenas se detectaba un movimiento sospechoso de Bolivia o Perú, él tenía que avisar a los militares chilenos, yo encuentro que estaba haciendo lo correcto, porque no había más opciones era estar por Chile

o irse al Perú. Los militares iban a tomar a Azapa con mi abuelo, cada cierto tiempo llegaban y hacían asados, habían hecho amistad porque ya el negro se había chilenizado.

El plebiscito nunca se realizó al final, porque como dije los chilenos en Tacna tumbaron todo, entonces después de eso en Arica se canceló también. Después vino el árbitro norteamericano y dijo *ya, hagan un acuerdo entre las partes*, y acordaron entregar Tacna y hacer la línea de la concordia. La mayoría de la gente tenía una vaga esperanza que el Perú recuperaría todo. Mi abuelo no, tuvo que irse de esta zona porque él había firmado para defender la soberanía y él era chileno.

Entonces de aquí, a los que ya estaban chilenizados –que es lo que decía el Tratado de Ancón– les pusieron un barco para llevarlos a Iquique a la salitrera Santa Laura, parece que hubo varios barcos que hicieron este trabajo, creo que el que llevó a mi familia fue el buque *Angamos*. Mis abuelos, Mariano y Elyasar, se fueron a la salitrera con toda la familia en 1923, mi madre tendría unos siete años, porque aún se acuerda de cuando desembarcaron en un muelle de Iquique. La familia regresó un año después, cuando las cosas ya estaban un poco más calmadas en Arica. También familia y amigos de ellos se fueron a Perú, fue muy triste, algunos parientes se fueron y no volvieron más, nunca más. En esos momentos había muchos sicarios contratados por Chile para matar

a cualquiera, llegaban a Azapa a darle duro a las familias para que se fueran.

Hay un caso que debería mencionarlo, que yo lo conversé con un viejo de la época, me dijo: *en el buque norteamericano vino una periodista a reportar, enviaba por telegrafía a Estados Unidos todo, tenía un auto de la época un Ford A, en él se iba a Azapa a entrevistar a todos los negros que estaban en mi situación precaria y de violencia*, entonces dice que los chilenos en el Puente Saucache que está en la entrada de Azapa, la violaron, eran como diez, la razón fue porque hacía reportajes contra Chile, ella denunciaba injusticia.

Reflexiones finales

Siento que es importante escribir de esto, yo me dediqué a investigar acerca de esta historia porque para mí era un misterio, quería ahondar más respecto de lo que pasaba en esa época, tenía muchas dudas de por qué mi abuelo ocultaba tanto ser chileno, incluso a sus hijos. Es necesario conocer la realidad, conversando con la gente que vivió la época, así uno se entera de quién es y por qué pasan las cosas.

En Chile se desconoce mucho la historia, por eso es bueno que se hagan estos trabajos. Acá la historia oculta, cambia y niega la realidad, eso no es bueno para las futuras generaciones.

Abuelo de La Chimba¹

Nací en Arica el 5 de noviembre de 1941. Mi padre vivió hasta los 98 años y 6 meses. Él no era “moreno”, era hombre negro. Mi madre era una mujer blanca nacida en Iquique que luego llega a Arica. Mi abuela paterna era de apellidos diferentes al de mi papá porque ella se los cambió. La vieja era muy buena para bailar y el papá que era chileno quería meter disciplina, entonces para no tener más problemas se cambió el apellido, sino mi papá hubiera tenido otro. El hombre llegó del sur, a mi papá su mamá lo llevaba a una casa de un viejo, pero nunca supo que era su abuelo. En cada negro hay muchas historias, no solamente una.

La historia de mi abuela comenzó con mi bisabuela: mujer negra peruana con cuatro hijos de diferente padres, que conoce a un hombre blanco que vino del sur. Y es que después de la guerra, para proteger el salitre, llegaron al norte muchos chilenos *enganchados* para hacer patria que se fueron metiendo con la mujer negra: de ahí salió mi abuela, inscrita como chilena por su padre en 1881.

Mi abuelo paterno arrancó de Arica, ese viejo tenía mucha diferencia de edad para mi abuela, entonces la violó y de ahí nace mi padre. Como acá y en Tacna la policía era chilena, luego de denunciarlo se fue al Callao e hizo su vida allí, en ese tiempo lo único que tenían los chilenos era la policía. A mi padre lo inscribieron como chileno

en 1903, pero como una parte de la familia era peruana comenzaron a odiarse, incluso la mamá de mi abuela nunca más volvió a verla y sus hermanas empezaron a detestarla.

Mi papá siempre le tuvo mucho odio a mi abuelo por engendrarlo e huir, él nunca lo conoció. Una vez un muchacho de acá que se fue a trabajar al Callao lo puso en contacto con una hermana de él. Comenzaron a escribirse e incluso se mandaron una foto, era bien negra, pero cuando el padre descubrió la correspondencia le dijo a su hija que no podía seguir comunicándose con un “traidor” aunque fuese su hermano. Mucha gente dice que se dividieron las familias en el plebiscito, yo digo que no, que se dividieron cuando se inscribieron ariqueños chilenos y no ariqueños peruanos. Yo conocí gente de Azapa que hace unos 20 o 30 años recién se hizo chilena.

Yo me casé con una mujer blanca de Antofagasta, pero enviudé hace muchos años. Mi papá decía que había que cambiar la raza, que había que emparejarse con una mujer más blanca para que los hijos no salieran muy oscuros. Cuando empezó el “puerto libre” en la década de los 50 llegó mucha gente blanca del sur que se emparejó con los pocos negros que quedaban, ahí cambió la raza completamente. Muchos se fueron a vivir a La Chimba, que tenían lo principal: agua.

Con mi esposa tuvimos ocho hijos, con la última hija ella falleció después del parto en 1977, nuestra hija mayor tenía solo 15. Mi hermana me ayudó con la última y a todos los demás los crié yo. Antes de irme al trabajo tenía que dejarles cocinado, en el puerto me decían que estaba con olor a comida pero después cuando supieron que

¹ Por motivos personales del protagonista, el siguiente relato omite nombres.

yo era viudo ya no me decían nada. No fue nada fácil.

La comunidad chimbera

Mi padre y yo vivimos en La Chimba, atrás del regimiento, pero en diferentes épocas. Allí vivieron muchos negros más, también para el norte, lejos de la ciudad. Construían sus casas con trapos, totora, desechos y el cielo era el techo. También estaba La Chimba verde, donde crecían plantas y vegetales que la gente llevaba a vender a la recova. Muchos creen que todos los negros son azapeños o que los que vivían en La Chimba eran negros libres pero eso es mentira, porque el negro que vivió allí era ariqueño chileno y sufrió mucho a causa de la pobreza.

Mi padre con mi abuela vivieron allí en una época en que hubo una pobreza muy grande, pues lo único que existía en abundancia era el agua. Había mujeres negras que vivían con cuatro hijos, a muchas no les dejaban trabajar porque eran chilenas entonces hubo casos de hambre, de miseria y de mucha prostitución. Mi papá siempre decía *sufrimos nosotros que yo era hijo único, imagínate cómo sufrieron las familias que eran más*. El negro chimbero era muy pobre, por eso empezaban a trabajar de muy niños, mi padre llegó hasta segundo año y se puso a laburar.

Mientras los hombres tiraban la red, las mujeres se quedaban con los niños y aprovechaban de ver si podían lavar o cocinar en la casa de los peruanos. Mi abuela trabajó como cocinera pero por ser chilena le costaba encontrar algo fijo. Mi papá lloraba mucho cuando recordaba, decía que pasó mucha hambre y que a veces no había más

que comer que un pan duro con sal, tomate o cebolla que sacaba por la parte verde. Esperaba que llegara su mamá del trabajo, ya que a veces en los restaurantes dejaban comida y llevaba esa vianda que sobraba para la casa.

Mi padre luchó mucho contra la pobreza, entonces cuando nacimos nosotros vivimos en diferentes partes de Arica. A causa de un incendio en 1955 volvimos a La Chimba, pero a otra clase, pues ya no era la miseria de antes. Ahí conocí a otros negros y recuerdo que los niños se criaban a cuero pelado y se tiraban a la vertiente *aguaita*. Había unos negros muy buenos para el fútbol, incluso se formó el club “Matadero”. Donde hubo mucho negro fue también en Esmeralda con Azola, allí eran puros motas, por el pelo, que jugaban a la pelota y crearon el club deportivo “Esmeralda”.

La vida del negro costero fue muy dura pero de esa Chimba salió una comunidad: gente muy pobre que se ayudaba entre ella. Los hombres iban a tirar la red para las machas, había mucha lisa para hacer ceviche, incluso manchas de pescado. La gente tiraba un cartucho de dinamita y salían todos los pescados sin cabeza o cola, luego había que meterse al agua y sacar. Sacabas lo justo y debías ayudar a los niños que no pescaban nada porque cuando se pescaba era para que todos pudieran comer.

Muchos negros también trabajaban en el puerto, como mi padre, que cuando había desembarque de harina blanca y se caían algunos sacos daba aviso a la población. A las cuatro de la mañana, gracias al reflejo de la luna, sacábamos un saco y había que ir con otro para recuperar la harina seca. Cuando venía la gente de la población

sacaban el resto y después comíamos todos sopaipillas. Comíamos a veces carne de burro que quedaba atropellado de la línea del tren y se usaban cocinas de fierro fundido que se les echaba leña, carbón de piedra. Cuando pasaba el tren los hombres partían a sacar carbón del segundo carro, unos iban con sacos otros tiraban hacia abajo y los más chicos pescaban el carbón que después llevaban a la casa. El maquinista, astuto, igual sabía.

Esa fue la vida de los negros, muy sacrificada, pero nos ayudábamos.

Servicio militar

En 1958 entré a hacer el servicio militar por 14 meses.

Me eduqué en la Escuela 14, donde llegaban niños a pies pelados, uno llegaba incluso con su papá a carreta. Fui medio burro para los estudios, porque no tenía ayuda de nadie, como todo negro. No me iba a ayudar mi padre que tenía solo segundo año ni mi abuela que era analfabeta, entonces lo único que me quedó fue irme a trabajar para el puerto como estibador marítimo. En ese tiempo mi papá conocía a un sargento ariqueño que me inscribió en el servicio. Para esa época traían mucha gente del sur porque aquí la gente era reacia, entonces cuando fui entraron dos hombres sureños. A uno le faltaba un dedo y el otro era medio cojo, así que los mandaron de regreso, me llamaron a mí y a otro cabro. Adentro había muchos negros que como yo no tenían educación, no habían más oportunidades pues incluso para trabajar te exigían el patrón de licencia.

Me tocó en la “Tercera Compañía Infantería Motorizada”, fui primera pieza de ametralladora. Tuve en mis manos fusiles de la Segunda Guerra Mundial: uno norteamericano de varios tiros, otro alemán de tiro a tiro y una ametralladora japonesa. La pregunta que uno se hacía es quién tuvo ese fusil en sus manos y a cuántos habría matado. Me mandaron a cuidar “El Polvorín” que quedaba cerca del estadio. Todos decían que este lugar estaba lleno de pólvora pero un día abrieron y cuando miré no había ni una cosa, solo unas carretas antiguas tiradas por caballos que servían para mandarles la comida a los soldados, era para que los peruanos lo creyeran.

Después me fui al morro. Todos los días me iba a las seis de la mañana con un cabo de planta y un conscripto ariqueño. El almuerzo llegaba recién a las cuatro, pero como tuve un padre y una madre muy buenos y me mandaban comida. El cabo tenía anteojos larga vista entonces yo se los pedía y me iba a la virgen a mirar hacia la casa. De repente aparecía mi hermano con la comida y había que convidarles a todos.

Chilenización

Mi padre fue muy partícipe de la historia de Arica, pero no fue solamente él, fueron muchos negros.

Él empezó a trabajar a los 12 años, como todos los negros, tirando la red o mariscando. Tenía a cargo un bote pequeño de pescadores, una *chalu-pa*, entonces todos los días a las tres y media de la mañana tenía que tirarse al agua, nadar, subirse y remar a tierra para que se subieran los pescadores. Después que llegaban del mar le pasaban pescado que llevaba para la casa y el resto lo vendía.

Desde pequeño se volvió muy bueno para los puñetes pero por una razón especial. Como toda la gente pobre, mi abuela le hacía pantalones con sus vestidos viejos, cuando iba para la escuela los niños hacían burla de cómo andaba mal vestido y se formaban las peleas. La mayoría de los negros ocupaban esa ropa e iban a pies pelados, entonces hicieron una pandilla para defenderse de los ariqueños peruanos. Ahí empezó a dar los primeros pasos de boxeador, después continuó profesionalmente pero por necesidad de alimentar a sus hijos. Su nariz la tenía chueca, se la rompió una vez que le tiraron un puñete y cayó a la lona.

Él fue también estibador marítimo en los barcos mercantes, cargaba y descargaba las naves, diferente del portuario que ya cuando se construyó el puerto trabajaba recibiendo la carga. Eran distintos, pero con Pinochet todos quedaron como portuarios.

Plebiscito

Mi padre tenía una silla donde se mecía y desde allí me contaba del plebiscito y cómo participó. Me decía que ariqueños chilenos inscribieron negros de 14 o 15 años a realizar el servicio militar en Tacna, les dijeron que tenían que hacerlo porque eran chilenos y él fue uno de ellos. Como soldado chileno tenían que ir al cine mientras pasaba la matiné y llevarse a todos los hombres mayores de 18 años, era una gran pelea porque el peruano no quería hacer el servicio militar. Ellos fueron cobardes porque mandaban a sus mujeres a tirar piedras a los militares, mi padre siempre decía que lo pasó muy mal con esas cosas.

Después de hacer el servicio en el regimiento de Rancagua lo trasladaron para Arica con un grupo de negros ariqueños chilenos. Al llegar les dijeron *ustedes van a pertenecer a la guardia nativa de Arica* y tuvieron que golpear incluso a su familia por estar del lado peruano. Esa guardia nativa no ocupaba pistola porque los chilenos aún tenían desconfianza de los negros, ellos tenían sangre peruana y eso no se podía olvidar. Trajeron guardia de Chile que sí usó armamento.

Me contaba que los peruanos también tenían sus guardias y en la noche había enfrentamientos muy grandes, ellos no se dejaban pegar. Algunos chilenos salían a pintar cruces en sus casas para dejar claro que ahí vivía un peruano “activo”, que era aquel que hacía reuniones y peleaban para no ser chileno, entonces entraban en la noche y les sacaban “la chucha”.

Ya de grande, cuando entré al sindicato en el puerto un viejo me dijo que mi papá había matado a muchos peruanos. Yo solo le dije *mira, a mí la historia me la contó él y le creo*. Siempre me decía que murió mucha gente, pero tenía enemigos por su color político.

La pampa y el movimiento sindicalista

Como muchos otros negros, después que Arica quedó para Chile, en 1935 mi papá se fue a trabajar a la pampa, acá nadie les daba trabajo. Como era boxeador y jugaba fútbol de la oficina Santa Laura le dijeron que le pagarían bien.

Él me contaba que había muchos dirigentes sindicales que venían de Santiago y que se formó el movimiento sindical obrero con Luis Emilio

Recabarren. Los más viejos contaron cómo había sido lo de la matanza de Santa María y que todo lo que producía la mano del trabajador lo disfrutaban los ociosos.

Cuando cerraron las salitreras, los pampinos bajaron con sus mujeres e hijos a Iquique; los iquiqueños se habían comprometido a ayudarlos, incluso arribaron militares de Valparaíso. Pero al llegar cerraron las puertas de sus verdulerías, fruterías, despachos, casas y les decían “llamos” porque pensaban que todos venían del interior. Las únicas organizaciones sindicales que se portaron a la altura ayudando con comida, fueron panaderos y lancheros que cargaban el salitre y se lo llevaban al barco. Les cerraron las puertas a los pampinos cuando fueron ellos quienes cambiaron la historia.

Cuando llegaron los viejos de la pampa eran todos comunistas. Mi papá fue muy metiche políticamente y en 1940 formó el primer Sindicato de Estibadores Marítimos donde trabajó él, mis hermanos, sobrinos y yo. Antes del sindicato los capataces tenían diez fichas que les daban a las personas para trabajar. Les entregaban la mayoría a sus preferidos y las que quedaban las tiraban: los mismos compañeros se peleaban por una ficha. Pero esos viejos venían con otra mentalidad y cuando formaron el sindicato –con mucha oposición de los privilegiados– se hizo una lista de

todos los trabajadores para compartir el trabajo. Con la dictadura y Pinochet quedó la cagada, se hizo otro sindicato y ya sabemos cómo continúa la historia.

Reflexiones finales

La gente no escucha a los abuelos aun cuando somos la biografía de las familias. Yo cuando hablo del hambre que pasaba mi papá, no solo hablo de él, sino que de muchos negros que pasaron lo mismo.

Yo también fui dirigente sindical en momentos difíciles, luché contra la dictadura y milité políticamente, mis ideas siempre fueron de izquierda. Formamos la confederación marítima con empleados de otros sindicatos para que hubiera más fuerza: Iquique, Antofagasta, San Antonio, Valparaíso, Puerto Montt. En 1988 viajé incluso Estados Unidos y Venezuela becado por el Instituto Americano para el Desarrollo del Sindicalismo Libre. Antes de irme mi papá me dijo: *hijo, si me sucede cualquier cosa no te vengas porque es un viaje soñado por cualquier dirigente sindical.*

Siempre les digo a mis hijos que en esta vida hay que dejar huellas, pero estas deben ser profundas para que te respeten y recuerden después de que uno muere.

CONCLUSIONES

Los presentes relatos de vidas de abuelos y abuelas manifiestan cómo la imposición de un Estado y sus prácticas de chilenización dejaron huellas profundas en las diferentes subjetividades, reflejando cómo este particular período en la historia del país se inscribe significativamente en la memoria colectiva de las comunidades afrodescendientes.

En sus narraciones es posible encontrar el cruce de relatos: la convergencia en torno a un particular hecho que pone múltiples biografías en interacción. La diversidad de perspectivas en torno a ciertos acontecimientos enriquecen los relatos originales, posibilitando una visión más holística, en este caso, de las políticas chilenizadoras. Al respecto, los abuelos afros han sido protagonistas directos o indirectos, ya sea por la vivencia en persona del proceso, ya sea mediante el relato de sus antepasados.

Ahora bien, la chilenización no es un hito aislado en el tiempo, sino más bien el producto de una historia. Por tanto, más allá de ser comprendida como una etapa aislada que marcó la vida de los afrodescendientes, se trata de las consecuencias de un pasado colonial.

La evocación de la esclavitud corrobora la idea anterior, y es que la conformación de los Estados modernos responde a la consolidación de un proyecto civilizatorio impuesto desde la administración española: un mundo piramidal de culturas superiores e inferiores diferenciadas biológicamente. La llegada de poblaciones africanas

al territorio se efectúa al alero de este nuevo patrón de orden mundial.

Esclavitud

La esclavitud surge como un proyecto político afín al discurso hegemónico de civilización y dominación impuesto por Occidente. Durante épocas, este sistema socioeconómico, sustentado en la concepción piramidal de las sociedades, creó la imagen de un mundo con diferentes “razas” y, en función de los fenotipos, se validaron relaciones de poder de unas culturas por sobre otras. Lo “negro” emerge entonces para clasificar y diferenciar a una población supuestamente inferior en la escala evolutiva.

La industria esclavista sustentó la recaudación y acumulación capitalista, dando inicio a cientos de años de un fructífero negocio basado en el tráfico de cautivos africanos: un fenómeno transversal en lo social, político y económico. Ejemplo de esto son las múltiples historias que emergen entre los abuelos de un pasado oprimido, uno que a pesar de la distancia temporal, persiste en sus memorias.

Los relatos recopilados –si bien poseen como eje central el período de chilenización– rememoran la migración forzada en barcos negreros hacia el virreinato del Perú, su llegada a tierras ajenas, el trabajo en las haciendas y la explotación en cañaverales, algodóneras, violaciones a mujeres, los criaderos de esclavos en el valle de Lluta durante el siglo XVIII y el control de reproducción

de mano de obra. A su vez, referencias hacia un pasado africano esclavizado como el trabajo de sirvientes, sus marcas en la piel, las sistemáticas torturas o la existencia de lenguas, costumbres y creencias negras.

Instalada en la conciencia colectiva, constatamos que existe, por medio de las generaciones, el recuerdo de una etapa traumática vivenciada por sus antepasados. Desde esta perspectiva, las relaciones de poder a las que estuvieron sometidas sus poblaciones han sido un elemento permanente en el tiempo, y como tal lo “negro” –entendido sujeto de explotación– se convierte en una marca racializada heredada a sus descendientes, influyendo en su historia e identidad.

Entre el proyecto colonial y la conformación del Estado chileno queda develada de esta forma una línea lógica y coherente de desvalorización humana. Esto trató de ocultarse con el fin de la esclavitud y el cambio de “esclavos” a “ciudadanos”, sin embargo esta nueva categoría no trajo consigo mejores oportunidades para esta comunidad, continuando las prácticas opresivas generadas y validadas ahora desde los Estados.

Imposición del Estado-Nación

Durante el siglo XIX y principios del XX, la conformación de los Estados nacionales significó duras épocas para una población negra supuestamente libre tras la desvinculación española, iniciándose primero con la República del Perú y más tarde con el Estado de Chile.

Bajo este último, la “chilenización” y sus consecuencias son recordadas por los abuelos como

una política de gobierno violenta y discriminatoria. Y es que en definitiva la imposición del Estado moderno chileno significó para la población indígena y afrodescendiente una segunda colonización.

La ocupación forzada del territorio por parte de Chile trajo consigo hechos que afectaron radicalmente su vida y cultura: el despliegue de un nuevo aparataje militar en defensa de la soberanía; el arribo de poblaciones provenientes del sur para “blanquear la raza”; el hostigamiento de ligas patrióticas hacia opositores de la nación; el éxodo en barco, burro o a pie hacia otros territorios; la consecuente fragmentación familiar; la inmigración europea y la usurpación de tierras como de casas; el retorno de los exiliados y la evocación nostálgica de su regreso.

Además, la introducción de las escuelas al espacio rural y su reconfiguración en centros urbanos, inserta en sectores populares con diferencias étnicas, los símbolos patrios de una nación única. Con ello los programas educacionales responden a las políticas nacionalistas de la época, siendo el himno, la celebración de fiestas patrias o la conmemoración de fechas bélicas favorables a Chile. En la misma línea se insertan las remembranzas de un servicio militar obligatorio, promoviendo este la idea de Perú como país enemigo y la defensa del territorio en pos de la soberanía. La escuela, el servicio militar y los medios de comunicación fueron dispositivos de control que fomentaron sentimientos xenofóbicos y patrióticos entre la población local. Creemos que el nacionalismo exacerbado presente en los abuelos es la expresión de la fuerte implantación de estos símbolos.

Invisibilización de una identidad

Desde las referencias, es posible identificar dos efectos consecutivos del proyecto de chilenización: el blanqueamiento de rasgos físicos y el ocultamiento de particularidades culturales asociadas a una negritud.

El primer momento revela sus consecuencias en cada uno de los discursos recopilados, pues los abuelos evocan reiteradamente la idea de “mejorar la raza”. Se instala en la época la práctica del alejamiento entre negros y su “mezcla” con blancos con el fin de perder rasgos físicos de fenotipos, transformándose el “blanqueamiento” de su comunidad en una estrategia para sortear la discriminación de generaciones venideras.

Por lo anterior, se retrata claramente la negación a un color de piel, donde el ser “negro” –como elemento diferenciador– significaba sobrellevar los impuestos e históricos efectos negativos y discriminatorios. En consecuencia, las poblaciones decidieron esconderse o camuflarse físicamente como alternativa para incluirse y adaptarse, esto pues, en un contexto de un alto nacionalismo, donde se generaba una doble carga, ser peruanos y a su vez, negros: ambas categorías peyorativas para el nuevo Estado chileno.

Por consiguiente, el “blanqueamiento” no significó solo un cambio en los cuerpos, sino también el ocultamiento de prácticas sociales asociadas a ellos. Homologadas a manifestaciones de la peruanidad, los negros debieron esconder su devoción a las Cruces de Mayo y la Virgen de las Peñas; creencias y usos de la curandería y brujería; celebración de fiestas efemérides, además de

manifestaciones en la música y baile. Asumiendo el proceso de blanqueamiento iniciado desde los distintos dispositivos de poder, la comunidad negra fue negando su identidad, desestructurando su mundo tradicional y con ello creencias, prácticas y costumbres comunes.

Ahora bien, lejos de una pérdida cultural, surgen entre los sujetos otras formas de organización para enfrentar la asimilación forzada y las políticas de homogeneización. En consecuencia, la reagrupación de las familias en los nuevos círculos peruanos, ligas de estudiantes, clubes de fútbol, malones, comunidades chimberas y Cruces de Mayo, se vivencian como estrategias colectivas, basadas en lazos solidarios, para mantener viva la cultura.

Resistencia

Las actuales preguntas acerca de la identidad no pueden pensarse al margen de la globalización, ello pues, el flujo constante de ideas y prácticas más allá de sus lugares de origen, ha relevado particularidades de cada grupo a su vez que el correlato social de desigualdades históricas. De ahí que desde los 90 surge en América Latina un gran movimiento indígena y afrodescendiente que, resaltando relaciones de explotación y dominación sobrellevadas hace más de 500 años, reivindican identidades y derechos particulares. Inspirados en este contexto, surge el movimiento afrochileno como respuesta al sistema dominante y segregacionista instalado en el país.

Por años, los afros se reconocieron a sí mismos como “negro/a”, “moreno/a”, “azapeño/a” o “chimbero/a”. Sin embargo, en un ambiente

de reivindicación étnica, se instala la categoría “afrodescendiente” en los discursos y autodenominación de su gente, entre ellos, sus abuelos. Lo “afro” se convierte en el motor principal de organización del movimiento en Chile, siendo apropiado y activado por sus organizaciones en la lucha por la obtención de derechos. Surgen así nuevas categorías; “afrochileno/a”, “afroariqueño/a” o “afrozapeño/a”, como estrategias hacia la movilización de recursos orientados a romper con las dinámicas de exclusión.

Lo “negro” da entonces un giro en sus características atribuibles, pues si bien para los abuelos representó la marca de la discriminación y la negación de su identidad, hoy –a menos de un siglo de la época más cruenta– la negritud simboliza el orgullo y la reivindicación de una historia común de resistencia. Ejemplo de esto es que el 60% de ellos se autoidentifica, entre otros elementos sociales y culturales, como afrodescendiente por medio de su color de piel y apariencia física (INE, 2013).

Con alianzas urbanas/rurales y la particularidad de sus luchas, los afros conforman actualmente un gran movimiento etnopolítico, pues refiere a una identidad cultural que busca presionar a los organismos estatales en favor de espacios de participación y beneficios particulares, constituyéndose en sujetos y fuerzas motoras de un fortalecimiento étnico. La aseguración de estos derechos democráticos se torna esencial para combatir la desigualdad que como pueblo los ha afectado, avanzando así hacia la tan anhelada reparación histórica.

Memoria e identidad

La valorización de la memoria y la práctica de ejercerla resulta fundamental para los afrodescendientes y la demanda por develar su historia oculta en Chile. Mediante ella recordamos de dónde venimos, qué hemos vivido e imaginamos un futuro; elementos esenciales para responder quiénes somos. Para el caso afro, sus memorias expresan una ancestralidad remontada a tiempos de esclavitud, un recorrido por diversas etapas históricas –entre ellas la chilenización– y el componente esencial de sus demandas actuales, siendo por excelencia el elemento cohesionador de sus comunidades.

La memoria se construye en una relación dialéctica entre olvidos y conservación de hechos: un ejercicio constante en cada uno de nosotros para seleccionar remembranzas con el tiempo. No obstante, más allá de ser simplemente acumulación de hechos, ella es también afectiva, siendo las emociones componentes primordiales de la memoria colectiva.

Cada historia contada por los abuelos es narrada desde la emotividad, enfrentando en el “hoy” momentos del pasado a diversas correlaciones, juicios y contrastes. En sus narraciones coexisten multiplicidad de sentimientos al respecto de una historia compartida, no obstante, aquellos acontecimientos rememorados desde un dolor convergen en sus biografías y se tornan reiterados y comunes. En este punto, los caminos parecieran transitar entre el olvido o la evocación de sus recuerdos, desde una mirada crítica y consciente lejana al sometimiento de injusticias vividas.

Al respecto, los hechos ocurridos por la chilenización se reviven por los más antiguos desde la angustia, siendo recordada en la memoria colectiva y definiendo esta época como traumante en el devenir de sus comunidades. Ahora bien, al someter las vivencias pasadas a una evaluación y reinterpretación desde el presente, se producen grandes cambios sociales y personales. De ahí que sea en el actual contexto de reivindicación étnica que abuelos afros decidan contar y difundir sus experiencias biográficas.

Es innegable que los afros han desarrollado con los siglos diversas historias y prácticas comunes ligadas a un territorio, generando lazos de pertenencia y cohesión hacia un grupo, este a su vez heterogéneo. Entendiendo así que las identidades no son elementos fijos, sino en constante movimiento, la identidad afrodescendiente de abuelos/as de Arica y sus valles es producto de una construcción histórica y, como tal, un patrimonio cultural colectivo.

Fundada en la memoria, la identidad se transforma en el motor primordial para la reivindicación de clases, géneros o etnias particulares, siendo su puesta en marcha un ejercicio político y recurso

de poder para los pueblos. En este sentido, los presentes relatos de vida representan la difusión de la historia afrodescendiente en la voz de sus mismos actores, consolidando entre ellos acciones de empoderamiento social, valorización y dando fundamento a sus demandas étnicas.

El ocultamiento y negación de la historia afro en los discursos oficiales ha propiciado una amnesia colectiva al interior de nuestra sociedad, ocultando las diversas identidades y, en consecuencia, nuestras particularidades como sujetos. Tales hechos manifiestan y confirman la reproducción de lógicas esclavistas gestadas desde la Colonia y que perduran hasta nuestros días por el Estado chileno y su aparataje social, jurídico y político.

En pos de una sociedad más inclusiva e intercultural, destacamos el importante rol que juegan los abuelos en la transmisión oral de las culturas, manteniéndolas vivas con el tiempo y recordándonos con ello la importancia del pasado para construir el futuro desde el presente. La memoria colectiva emerge entonces para los afrochilenos, y los pueblos en general, como una poderosa arma de lucha hacia la dignidad, el reconocimiento y la reivindicación histórica.

BIBLIOGRAFÍA

ARAYA, I. (2015). "Identidad afrodescendiente en el valle de Azapa, XV Región. Una aproximación desde la economía desarrollada en el territorio", Tesis de licenciatura. Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

ARAYA, K. (2012). Salvaguardia del patrimonio cultural inmaterial de los afrodescendientes en América Latina. Crespial, Chile.

ARTAL, N. (2011). "A(f)rica: relatos y memorias afrodescendientes en Arica tras la chilenización y el conflicto entre Perú y Chile (1883-1929)". Aletheia, Vol. 2, N° 4. Disponible en Revista de la Memoria en Historia y Memoria de la FaHCE. ISSN 1853-3701

BÁEZ, C. (2010). "Lumbanga: memorias orales de la cultura afrochilena". Arica, Chile: Herco Editores.

BARTOLOMÉ M. A. (2006). "Procesos interculturales. Antropología política del pluralismo cultural en América Latina". Siglo XXI. México.

BARRENECHEA, P. (2015). "Patrimonio, narrativas racializadas y políticas de la memoria. Abordaje a un manuscrito afrodescendiente en el Valle de Azapa" en *Estudios Avanzados* (23), 15-31.

BRIONES, V. (2004). "Arica colonial: libertos y esclavos negros entre el Lumbanga y las Maytas". Revista Chungara (36), 813-816.

BELLO, A. y AYLWIN, J. (comp.) (2008). "Globalización, derechos humanos y pueblos indígenas". Observatorio de Derechos de los Pueblos Indígenas. Temuco.

BENGOA, J. (2000). "La emergencia indígena en América Latina". Ed. Fondo de Cultura Económica Chile S.A, Santiago de Chile.

CANDAU, J. (2002). "Antropología de la memoria", Ed Nueva Visión.

CASTRO-GÓMEZ, S (2011). "Ciencias Sociales, violencia epistémica y el problema de la 'invención del otro'", en *La Colonialidad del Saber; eurocentrismo y ciencias sociales*. Perspectivas Latinoamericanas. Lander, E. (Comp.) Ed. CLACSO.

CHÁVEZ, N. (2015). "Mujeres afrodescendientes de Arica y el valle de Azapa, raíces africanas en el norte de Chile". Tesis de licenciatura. Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

CUSSEN, C (2006). "Huellas de África en América; perspectivas para Chile". En *Cuadernos de Historia*, Universidad de Chile.

CUSSEN, C. (2006). "El paso de los negros por la historia de Chile". En *Cuadernos de Historia*, Universidad de Chile.

DÍAZ, A. (2013). "Y llegaron con cadenas." Universidad de Tarapacá

ESPINOZA, M (2013). "Reconstrucción identitaria de los afrochilenos de Arica y el Valle de Azapa". Tesis de licenciatura. Universidad Academia de Humanismo Cristiano

FRIGERIO, A (2008). "De la desaparición de los negros a la reaparición de los afrodescendientes". Ed CLACSO.

GONZÁLEZ, M. (2004). "El dios cautivo", Ed LOM.

GREENWOOD, D. (2000). "De la observación a la investigación-acción participativa: una visión crítica de las prácticas antropológicas". Revista de Antropología Social (9), 27-49.

GROS, C. (2000). "Políticas de la etnicidad: identidad, Estado y modernidad". Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA (INE) (2014). Primera Encuesta de Caracterización de la Población Afrodescendiente de la Región de Arica y Parinacota. Chile.

QUIJANO, A (2011). "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina", en *La Colonialidad del Saber; eurocentrismo y ciencias sociales*. Perspectivas Latinoamericanas. Lander, E. (Comp.) Ed. CLACSO.

PUJADAS, J. (2002). "El método biográfico: el uso de las historias de vida en ciencias sociales". Madrid, España: Centro de Investigaciones Sociológicas.

RESTREPO, E (2012). "Etnitización de la negritud", Ed. Universidad del Cauca, Popayán, Colombia

SALGADO, M. (2013). "Afrochilenos. Una historia oculta". Arica: Herco Editores S.A.

WORMALD, A. (1966). "El mestizo en el departamento de Arica". Santiago, Chile: Editorial Ráfaga.

Desde el 2000 se inicia en Arica y sus valles un gran movimiento afrochileno que, incorporando demandas de reparación histórica, busca ser reconocido por la sociedad y el Estado de Chile. Se trata de grupos pertenecientes a la diáspora africana; personas que descienden de la población negra traída como esclava al territorio durante la Colonia y que por siglos han aportado a la conformación de la sociedad local y nacional.

En su devenir la Colonia no ha sido el único período violento para sus comunidades, sino que también la imposición del Estado-Nación y la denominada “chilenización” ocurrida en el norte del país a principios del siglo XX. Para los afrodescendientes este período significó constantes violaciones a sus derechos humanos sin ser reconocidos aún en la historia oficial.

Como una manera de rescatar la memoria colectiva de un pueblo y avanzar hacia la reparación histórica, el presente libro documenta los relatos de abuelos y abuelas afrodescendientes acerca del período de chilenización, recobrando las narraciones desde la voz de las fuentes más directas de aquel proceso.